UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN, LIBRO 6

D.D. BLACK



EL AHOGAMIENTO EN DYES INLET

A veces, el asesinato llega en oleadas...

EL AHOGAMIENTO EN DYES INLET

UN THRILLER CRIMINAL DE LA SERIE THOMAS AUSTIN,
LIBRO 6

D.D. BLACK

DARKNESS AND LIGHT PUBLISHING

Una nota sobre la ambientación

Aunque muchas de las localizaciones de este libro se corresponden con la realidad, se han modificado algunos detalles de la ambientación. Solo un personaje de estas páginas existe en el mundo real: el corgi de Thomas Austin, *Run*. Su personalidad es un reflejo de la de mi propio corgi, Pearl. Cualquier otro parecido entre los personajes de este libro y personas reales es pura coincidencia. En otras palabras, me los he inventado todos.

Gracias por leer,
D.D. Black

—El curso del amor verdadero nunca fue fácil.
-William Shakespeare

—El amor es un campo de batalla.
-Pat Benatar

¿Te gusto?
⬜ *Sí* ⬜ *No*
-Anónimo

ÍNDICE

I. El amor está en el aire
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

II. Caja en forma de corazón
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

III. Hasta que la muerte nos separe

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Nota del autor
Más novelas de D.D. Black
Sobre el autor


Juan de Fuca
Whidbey Island
Skagit Bay
Camano Island
Saratoga Passage
Port Susan
Stillaguamish R.
Whidbey Basin
Port Townsend
Sequim Bay
Port Discovery
Everett
Admiralty Inlet
Possession Sound
Snohomish R.
Edmonds
Central Basin
Dabob Bay
Poulsbo
Canal
Bainbridge Island
Lake Sammamish
Seattle
Snoqualmie R.
Dyes Inlet
Bremerton
Sinclair Inlet
Duwamish R.
Lake Washington
Kitsap Peninsula
Vashon Island
Cedar R.
Federal Way
Skokomish R.
Harstine Island
Case Inlet
Carr Inlet
Green R.
Shelton
Tacoma
Totten Inlet
Tacoma Narrows
White R.
South Basin
Eld Inlet
Budd Inlet
Olympia
Nisqually R.
Puyallup R.
Carbon R.
Deschutes R.



PARTE I

EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE

1

Tracyton, costa este de la ensenada Dyes

—Robin, ¿has oído eso? —preguntó Velma Wakefield mientras cerraba la puerta a su espalda y giraba el pomo de la puerta principal, de color rojo, para asegurarse de que estaba cerrada con llave.

Robin no respondió.

—Robin, ¿qué *ha sido* eso?

Esta vez el golden retriever se detuvo en mitad del camino de entrada y se quedó mirando a Velma como si dijera: *Vamos, mamá*.

El aire del amanecer era fresco, incluso para ser octubre, y Velma se ajustó la chaqueta de ganchillo mientras cruzaba el camino de entrada. La lana acrílica era sorprendentemente cálida y los tonos pastel jaspeados en amarillo, azul y rosa se ceñían con elasticidad a su delgada figura.

Bajó del porche. —Ha sonado como…, no sé…, un silbido. —Velma emitió un silbidito como para ilustrarle la idea a su querido perro.

Robin, que había cruzado el aparcamiento y se había metido en el sendero que bordeaba la orilla de la ensenada Dyes —su ruta matutina habitual—, se detuvo con las orejas erguidas ante el sonido.

—Así, Robin, un *silbido*. ¿Lo has oído?

Robin se sentó pacientemente, ladeando la cabeza como si dijera: *¿Puedes terminar de darle vueltas a lo que sea para que podamos seguir con nuestro paseo?*

Siempre les había hablado a sus perros como si pudieran entenderla, y no le importaba que a veces la miraran como si estuviera loca. Y Robin, un golden retriever de orejas caídas y ojos pensativos, era el perro más listo que había tenido jamás.

Velma lo alcanzó y le acarició la cabeza. —Vale, tienes razón. Probablemente no sea nada. O quizá era alguien en una barca. —La temporada de pesca de finales de verano ya había pasado, pero algunos pescadores salían al agua hasta bien entrado octubre.

Ya en el sendero de tierra que se dirigía al sur, hacia el Lions Park, ella y Robin se quedaron helados al oír el zumbido lejano de un motor, que tenía un ligero silbido, y el gorgoteo del agua. —¡Eso es! Solo alguien en una barca. No hay de qué preocuparse, Robin. —Señaló el sendero con la mano—. Continúa.

Velma había vivido en la casita blanca de la puerta roja durante sesenta y seis años, toda su vida. Sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando ella tenía diecinueve, justo un mes antes de que fuera a mudarse a su primer apartamento. Había heredado la casita frente al agua y nunca se mudó. Cada mañana, al amanecer, Velma recorría el sendero que bordeaba la costa este de la ensenada Dyes. Un kilómetro y medio de ida y otro de vuelta. No era ninguna atleta, pero era suficiente para dar unos 4500 pasos. Un buen comienzo para su objetivo diario de 10 000.

Usando una pequeña linterna que llevaba en el llavero para iluminar el sendero, Velma continuó, manteniéndose a unos metros de Robin, que conocía aquel camino como sabía encontrar las costuras débiles de un peluche. No sabía *por qué* seguía comprándole patos, caballos y pollos de peluche; siempre los destrozaba en uno o dos días. Pero él parecía disfrutarlo y, al fin y al cabo, era su mejor amigo, uno de sus *únicos* amigos.

Juntos habían recorrido ese sendero cada mañana durante más de diez años. Antes de eso, Velma lo había recorrido con alguna combinación de Dangerfield, Pryor y Lampanelli. Cuatro décadas de

paseos por ese sendero con cuatro golden, todos con nombres de sus humoristas favoritos. Sabía que estaba de moda llamar a la gente como ella TOC u obsesiva, pero a ella simplemente le gustaba hacer lo mismo para empezar cada día. En un mundo caótico e impredecible, era bueno tener algo con lo que contar. Lloviera o hiciera sol, ese pequeño sendero, un kilómetro y medio de ida y otro de vuelta, siempre estaba ahí para ella. Tenía su casa, su Robin y este paseo.

Respiró hondo, aspirando el aire frío y fresco y el olor a hojas viejas. Entonces se detuvo. ¿Dónde estaba Robin? Había estado justo delante de ella y le había perdido la pista en sus ensoñaciones.

—¿Robin?

Ninguna respuesta. Escuchó atentamente, pero no oyó nada.

—¿Robin?

¡Guau!

Ese era el tercer tipo de ladrido de Robin.

Tenía tres ladridos distintos —como mínimo—, y el tercero indicaba que algo iba mal. A diferencia del ladrido educado que usaba cuando quería entrar desde el jardín, o del ladrido emocionado que usaba cuando ella volvía de algún sitio, este tenía un matiz de *algo va mal*.

¡Arrrfff!

Esta vez, el ladrido de Robin vino acompañado de más ruido, el del golden retriever corriendo hacia ella por el sendero. Llegó dando brincos, derrapó hasta detenerse en la tierra y casi la derriba antes de dar una vuelta a su alrededor y seguir en la dirección de la que acababa de venir. Antes de doblar la curva, se giró y la miró como diciendo: *Venga, tengo que enseñarte una cosa.*

Velma miró instintivamente a su alrededor, por el sendero, y recordó la última vez que Robin había hecho eso. Había sido un par de años atrás, y la había guiado hasta la base de un árbol donde yacía una ardilla de color marrón claro, muerta. Probablemente la había atropellado un coche y, malherida, se había arrastrado los pocos metros que la separaban de la carretera y bajado por el terraplén para morir en paz, apartada del sendero.

—Vale, vale, Robin. Ya voy, pequeñín.

Dobló una curva, y luego otra, hasta un claro entre los árboles que descendía por una suave pendiente hacia las aguas tranquilas. Décadas de pescadores habían allanado la orilla y dejado sedales y algún que otro señuelo enganchado en los árboles que se cernían sobre sus cabezas.

Robin se había detenido a un metro, más o menos, de la orilla.

¡Arrrfff!

La miró a ella y luego al agua. No, al agua no. Intentaba enseñarle otra cosa. ¿Qué *era* aquello en la oscuridad?

Velma se salió del sendero y bajó por la pendiente, alzando su pequeña linterna.

Cuando lo vio, se quedó helada.

Robin estaba de pie sobre la mitad superior de un cuerpo, desnudo de cintura para arriba. Apenas se veía la parte de arriba de unos vaqueros; el resto de la mitad inferior de la persona desaparecía en el agua.

Soltó un grito ahogado y retrocedió instintivamente, llevándose una mano a la boca.

Robin se inclinó más, olisqueando, y apretó el hocico contra la mejilla de la… ¿era una mujer? Velma pasó la luz de la linterna por el rostro. Sí, una mujer, de pelo canoso, largo y enredado en una maraña húmeda. Yacía boca abajo, con los brazos a los lados. Parecía mayor, de unos cincuenta o quizá sesenta años, de una edad cercana a la de la propia Velma. Y su pálida espalda estaba arañada y…

Dios mío.

No arañada.

Tallada.

—¡Robin, ven! No, no lo toques. No la toques.

Velma le puso la correa a Robin y se alejó apresuradamente unos pasos por el sendero, pero se detuvo en seco y volvió a mirar el cuerpo de la mujer.

Cuarenta y cuatro años atrás, cuando Velma tenía dieciocho, encontraron a una chica llamada Miriam Maria McKenzie en Dyes Inlet. Podría haber sido un accidente de no ser por un detalle

espantoso: Miriam tenía un corazón tallado en la parte baja de la espalda.

Los periódicos de la época habían publicado las fotografías, y desde entonces habían permanecido en los recovecos más profundos de la mente de Velma. Carne pálida, piel ligeramente húmeda y un corazón tosco e impreciso tallado a medio centímetro de profundidad en la carne de Miriam, como si la malvada tarea se hubiera realizado con un viejo cuchillo de caza.

El caso había conmocionado a lo que, por aquel entonces, era una comunidad mucho más pequeña. Miriam había sido una chica popular: hija de un apreciado vendedor de coches de Bremerton, exjefa de animadoras del instituto local y vivaz ayudante de un florista de la zona.

A Velma le revolvía el estómago pensar en ello.

Parpadeó bajo la pálida luz del amanecer, intentando ver el grabado, intentando *no* ver el grabado, intentando convencerse a sí misma de que se marchara. Enfocó de nuevo la linterna hacia el centro de la espalda de la mujer.

El grabado era similar al que se le había quedado grabado en la mente a raíz de las fotografías.

No similar.

Casi idéntico.

Tenía que llamar a la policía, pero no llevaba móvil. Se dobló sobre sí misma; las náuseas y el pánico le invadían todo el cuerpo.

¡Aaarrrf!

Robin soltó su ladrido de preocupación y empezó a tirar de la correa hacia casa.

Velma se dejó arrastrar sendero arriba, con la mente sumida en el pánico y los pensamientos danzando como hojas secas de otoño en un viento gélido.

2

Christopher Palini, Gretchen Voohrees, Jorge Diaz Lopez y Jackson Baker III. Thomas Austin se repetía los nombres mentalmente, como si fueran un mantra silencioso.

Les dio la vuelta a los huevos con un rápido giro de muñeca y luego removió la cebolla y los pimientos, que chisporroteaban en la sartén. Sacó los panecillos de la tostadora y los colocó en dos platos limpios, en los que ya había dispuesto unas rodajas de manzana y unas uvas.

Christopher Palini, Gretchen Voohrees, Jorge Diaz Lopez y Jackson Baker III. Hacía unos meses, esos cuatro nombres habían surgido como anomalías al examinar la ingente cantidad de documentos que había recibido, documentos relacionados con una importante investigación sobre el clan mafioso de los Namgung, una banda con vínculos con el narcotráfico del Sudeste Asiático y de Colombia, así como con las fuerzas del orden de Nueva York. Y, posiblemente, con el asesinato de su mujer, Fiona.

La policía de Nueva York y el FBI llevaban años intentando acabar con los Namgung, pero era un caso lleno de complejidades, jurisdicciones superpuestas y callejones sin salida. Sabía que esas cuatro personas podían estar relacionadas con la muerte de su mujer, pero no tenía ni idea de cómo. Tras meses de frustración y de no llegar a ninguna parte, había hecho algunos progresos

recientemente. No *muchos* progresos, pero, a estas alturas, cualquier avance era positivo.

—¿Está casi lista la comida? —gritó Anna desde el dormitorio. Era la segunda vez que se quedaba a dormir en su casa en el último mes, pero oír la voz de una mujer llamándolo desde el dormitorio todavía lo sorprendía.

—Un minuto —respondió él, mientras ponía los huevos fritos sobre la base tostada del panecillo, añadía los pimientos y la cebolla salteados, echaba unas gotas de salsa picante y lo tapaba con la otra mitad del panecillo para hacer el bocadillo.

Con los platos en la mano, entró en el dormitorio, donde Anna estaba sentada en la cama, mirando el móvil distraídamente. —Huele de maravilla —dijo ella sin levantar la vista.

—Dijiste que debíamos comer más sano —replicó Austin, sentándose a su lado y dándole un beso en la mejilla—. Así que me he saltado los dónuts y las tortitas y, lamentablemente, he dejado el beicon en la nevera. —Le entregó un plato—. Un bocadillo de huevo al estilo neoyorquino con pimientos en vinagre.

Anna cogió el plato, sonriendo. —Necesito algo que me anime.

Austin se sentó a los pies de la cama y se colocó el plato en el regazo. —¿A qué te refieres?

Ella tiró el móvil sobre una almohada. —Sigo buscando trabajo y… —dejó escapar un suspiro de frustración— el panorama es desolador para las reporteras de mediana edad que no tienen un millón de seguidores en Instagram y ni siquiera saben usar TikTok. ¿Desde cuándo crear vídeos cortos tiene algo que ver con ser periodista?

<"western" style="margin-bottom: 0in; line-height: 150%"> Austin se rio. —Cómete el bocadillo. Es lo único que te curará las penas.

Tras años trabajando como reportera de sucesos autónoma, las oportunidades para Anna llevaban un tiempo escaseando. La tirada de los periódicos locales estaba disminuyendo y, con ella, su remuneración. Últimamente, había estado solicitando empleos a jornada completa por todo el estado, pero parecía que las ofertas se trasladaban a las plataformas en línea más rápido que nunca.

Le dio un bocado al bocadillo. —Mmmmm —consiguió decir mientras masticaba.

Run, la corgi de Austin, entró en la habitación con cautela. Sus cortas patas sostenían un cuerpo largo y bajo, y la franja blanca que le nacía entre los ojos le llegaba hasta el hocico y se unía a su boca, enmarcada por el collar de pelo blanco que le rodeaba el cuello. Esa mañana no lucía su habitual sonrisa. En su lugar, ladeó la cabeza, mirando fijamente a Anna. Era como si Run supiera que algo era diferente. Y, pensó Austin, algo lo era.

Anna era la única mujer que se había quedado a pasar la noche desde que él se había mudado a Hansville. No era que a Run no le cayera bien Anna —le caía bien—, pero todavía se mostraba escéptica con todo el asunto de *quedarse a dormir*. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a tener a Austin para ella sola. Pero Run nunca podía resistirse al olor de la comida. Observó a Austin por un momento y luego se tumbó junto a la pared, lo más lejos posible de ellos sin salir de la habitación y al alcance de una mirada fulminante. Austin le había hecho unas cuantas fotos a su mirada y las había añadido al grupo de Facebook de «Corgis que desaprueban» —lo único que había compartido en redes sociales— para la posteridad. Ningún perro sabía lanzar una mirada de desaprobación mejor que Run.

—El secreto —dijo Austin— está en el orégano y el vinagre de vino tinto de los pimientos y las cebollas. Se puede conseguir muchísimo sabor sin añadir mucha mantequilla y sin ponerle queso al sándwich. —Se levantó, dejó el plato en la mesilla de noche y se pasó una mano juguetonamente por la camiseta blanca que le cubría el estómago—. Hay que cuidar esta tableta de chocolate.

Ella frunció el ceño con sarcasmo. —Me conformo con unos abdominales más blanditos si vienen con el desayuno en la cama.

Comieron en silencio durante un rato hasta que Anna estiró el pie y le dio un toque en el costado. —¿En qué piensas?

—¿A qué te refieres?

—Venga, sabes que ya te conozco, ¿no?

Christopher Palini, Gretchen Voohrees, Jorge Diaz Lopez y Jackson Baker, III. En eso pensaba. Levantó la vista. —Solo estoy un

poco distraído.

Ella enarcó una ceja. —Es el caso de Fiona, ¿verdad? Vi esa misma mirada en nuestra primera «cita». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos después de dejar el sándwich a medio comer en el plato.

—Lo siento —dijo él.

En su primera cita, ella le había preparado albóndigas suecas y había dispuesto una cena preciosa en la mesita del patio de su apartamento, que estaba conectado a su cafetería, economato y tienda de cebos. Él se había distraído con un titular de un periódico de Nueva York, un pequeño dato que había pensado que podría acercarlo a encontrar al asesino de su mujer, pero que, en cambio, no lo había llevado a ninguna parte.

Anna se deslizó por la cama y lo abrazó. —No tienes que disculparte. ¿Recuerdas aquella noche, cuando hice las albóndigas y me marché hecha una furia, diciendo que no podía estar con alguien tan obsesionado con el pasado?

Él giró la cabeza ligeramente, pero no dijo nada.

—Te acepto como eres, lo que necesitas hacer. —Suspiró—. Después de lo que hemos pasado últimamente, tenemos suerte de estar aquí. Simplemente, ya sabes, *vivos*. Pero, Austin, *quiero que me dejes entrar*. No tienes por qué ser el oscuro y melancólico exdetective que lo hace todo solo.

Lo soltó y se tumbó de lado, con la cabeza apoyada en la mano. —Bueno, cuéntame qué pasa.

—¿Recuerdas que conseguí esos cuatro nombres de Samantha, la gurú informática del departamento del sheriff de Kitsap?

—Claro, conozco a Samantha. ¿No usó algún sistema de IA o algo así?

—Básicamente, revisó cientos de miles de páginas de documentos digitalizados y sacó esos cuatro nombres como si fueran anomalías, como si hubiera habido un esfuerzo sistemático por censurarlos u ocultar su implicación en el caso.

—Vale, ¿y eso qué significa?

Austin se encogió de hombros. —Esa es la cuestión. Podría significar que son funcionarios corruptos o agentes encubiertos o...,

bueno, podría significar muchas cosas. O nada. Todos mis intentos de sacar información sobre ellos no dieron resultado. Así que hace diez días contraté a un equipo de investigadores privados. *Search Systems, LLC*, de Tacoma. Fueron a Nueva York y volvieron anoche. Quieren que nos reunamos.

—¿Search Systems? Es el nombre más genérico que he oído en mi vida.

—Intentan mantener un perfil bajo, pero son los mejores de la zona, según Ridley. Tienen gente sobre el terreno, un hacker que trabaja desde Seattle. No sé.

Anna lo miró con cautela. —Si quieren reunirse, son buenas noticias, ¿no?

—Es algo.

—¿Alguna idea de lo que han encontrado?

—No han querido hablar por teléfono.

—Parece serio —dijo Anna, volviendo a su sándwich—. Oye, ya que te vas a reunir con ellos, mira a ver si contratan a alguien. *Prestigiosa agencia de detectives de alta tecnología busca reportera de mediana edad y de la vieja escuela, más conocida por casi saltar por los aires en un partido de fútbol*—. Se rio—. ¿Cómo puede ser que Ridley haya aprovechado esa noche horrible para presentarse a gobernador y yo no consiga ni un trabajo de autónoma? Al fin y al cabo, ¿quién fue la que escaló el muro para salvaros el culo a todos?

Austin se rio.

Ridley Calvin, amigo de ambos y antiguo jefe de Austin, había sido el inspector jefe del Departamento del Sheriff de Kitsap durante una década y ahora se presentaba a gobernador en unas elecciones anticipadas. El cargo había quedado vacante cuando el anterior gobernador lo dejó de forma repentina para formar parte del gabinete del presidente en Washington D. C. Aunque Ridley iba muy por detrás en las encuestas, había alcanzado la fama en todo el estado, impulsado en gran medida por un vídeo viral que lo mostraba ayudando a frustrar un reciente atentado terrorista en Seattle.

Austin estaba a punto de pedirle a Anna su opinión sobre las posibilidades de Ridley de remontar en la carrera electoral cuando su

móvil vibró. Al darse cuenta de que se lo había dejado en la cocina, entró a toda prisa, seguido por Run, que probablemente supuso que era hora de salir a jugar con el suave frisbi verde neón con el que Austin y ella habían estado jugando todo el verano y hasta bien entrado el otoño.

El identificador de llamada era de Lucy O'Rourke.

A Austin se le encogió el corazón al mirar el reloj del horno. Eran las seis y media de la mañana y solo había una razón por la que pudiera estar llamándolo a esa hora.

—¿Qué pasa? —preguntó tras deslizar el dedo para aceptar la llamada.

—Lo siento, Austin. Sé que pidió una semana o así, pero…

—No se preocupe. No llamaría si no fuera importante —. Lucy era casi diez años más joven que Austin, pero una gran inspectora que había sido ascendida recientemente para ocupar el puesto de Ridley. También estaba planeando una boda con una ayuda un tanto reacia, su prometido Jimmy, y Austin sabía que no daba abasto.

—Tenemos un cuerpo flotando. Lo han descubierto hace menos de una hora. En Dyes Inlet, un poco al noroeste de Lions Park, en Tracyton.

—Conozco la zona.

—Ya sabe que estamos a la desesperada para cubrir los puestos después de que Jimmy y yo ascendiéramos y…

—No diga más —dijo Austin—. Se lo debo todo a usted y al departamento. ¿Dónde me reúno con usted?

—¿Puede estar en la oficina en una hora?

Cogió los zapatos de su sitio junto a la puerta y se sentó a la mesa de la cocina. Entonces, al darse cuenta de que todavía iba en pijama, volvió al dormitorio.

Anna tenía el ceño fruncido.

—¿Te tienes que ir?

Él se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—A lo mejor puedo darte una buena exclusiva.

Ella suspiró.

—El periódico local solo me paga cien pavos por artículo últimamente. Apenas merece la pena —. Luego, con más alegría,

dijo—: No dejes que te desanime —. Levantó el móvil—. Puede que no entienda TikTok ni sea una experta en Instagram, pero esta maravilla de la ingeniería moderna me va a ayudar a encontrar un trabajo hoy.

3

La gravilla crujió bajo los neumáticos de su camioneta cuando Austin salía del aparcamiento. Puso la calefacción a tope para combatir el frío que se había instalado en el coche durante la noche, pero siempre tardaba más de lo que le gustaría en calentarse.

Junto con el frío penetrante, se apoderó de él una sensación a la que se había acostumbrado últimamente. No era culpabilidad. No exactamente. Era más bien una sensación general de que algo iba mal, o de que *él* había hecho algo malo.

Nunca había intentado ser perfecto, pero siempre había procurado ser sincero, resolver los problemas en cuanto surgían. Y, sin embargo, ahora algo le carcomía sin que pudiera identificar exactamente qué era. Su sinestesia se activó y saboreó regaliz salado, demasiado dulce y demasiado salado a la vez. La sensación le secó la boca por completo y agudizó su malestar.

La carretera salía de Hansville, flanqueada por imponentes árboles de hoja perenne y largos caminos de entrada que conducían a casas y cabañas de veraneo en la playa. A lo lejos, el agua estaba bastante en calma; pequeñas olas coronadas de espuma rompían suavemente en la pedregosa playa. La carretera ascendía a través del bosque, y los destellos del agua desaparecían tras matorrales de pinos y abetos.

Odiaba la sensación de haber hecho algo malo, sobre todo cuando no sabía qué era exactamente, lo que hacía imposible solucionarlo. Entonces se le ocurrió que tenía algo que ver con Anna.

Le gustaba. De verdad que sí. Pero no podía quitarse de la cabeza la sensación de que algo en su relación le inquietaba. ¿Era justo salir con ella sin querer —o sin poder— pasar página con el asesinato de Fiona? ¿Estaba abocando su relación al fracaso?

Él *creía* que no. Durante el último mes o los dos últimos, había intentado darle una oportunidad de verdad y había sido sincero sobre su necesidad de seguir el caso adondequiera que lo llevase.

Unos kilómetros más adelante, las casas empezaron a surgir del bosque; se vislumbraban volutas de humo de las chimeneas entre las ramas de coníferas. Luego, las casas dispersas dieron paso a supermercados, restaurantes y colegios a medida que volvía a entrar en lo que parecía un poco más la civilización.

Quizá se sentía mal por las dificultades que estaba pasando la propia Anna. En su tienda —el Hansville Cafe, General Store, and Bait Shop— acababan de terminar la temporada de verano de más trabajo que Austin había visto nunca. Su participación en varios casos de gran repercusión durante el último año había atraído un flujo constante de visitantes que buscaban un trozo de él, y a veces de Ridley, además de los clientes habituales que acudían desde mucho antes de que él comprara el local. Así que, económicamente, se encontraba en una muy buena situación. Pero Anna lo estaba pasando mal.

Sí, se dijo, eso era. No le gustaba verla pasarlo mal. Quería ayudarla, salvarla. Pero su lado más sensato sabía que esa no era su labor. Podía apoyarla emocionalmente, pero ella tendría que encontrar su propio camino.

Al llegar por fin a Silverdale, la comisaría del sheriff se alzó a la derecha. Austin aparcó, y luego salió de un salto del coche, sorprendido al ver una cara desconocida que le miraba desde la acera. La mujer medía al menos un metro setenta y cinco y era esbelta sin ser enjuta, con hombros y extremidades largos y gráciles. Su rostro tenía un aire afilado y severo, con los pómulos altos acentuados por un maquillaje perfectamente aplicado.

—¿Es usted Austin? —preguntó la mujer mientras él se acercaba. Sonó más a acusación que a pregunta. Mientras la estudiaba, recordó haber conocido a Anna en ese mismo aparcamiento en su primera visita a la comisaría del condado de Kitsap.

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. —Eso dicen.

Ella le tendió una mano. —Kendall Shaw. La *inspectora* Kendall Shaw.

Le estrechó la mano, pero no respondió, ofreciéndole a cambio una mirada inquisitiva.

Parecía estar inspeccionándolo, con sus finas cejas arqueadas en lo que parecía una expresión de juicio. —No es como me lo esperaba —dijo finalmente.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —Austin retrocedió un paso, examinándola. Ataviada con unos vaqueros pitillo ajustados, botas de tacón alto y una americana de cuero entallada, parecía haber salido directamente de una pasarela de moda de Nueva York al aparcamiento.

Después de trabajar como asesor del departamento durante casi dos años, Austin empezaba a sentir que encajaba. Ella parecía fuera de lugar, como una reina de la belleza en un bar de mala muerte. Pero también tenía un aire vagamente familiar que le recordaba a algunos de los miembros de la tribu local que trabajaban en su cafetería. —¿Y qué se *esperaba*? —preguntó él.

—No quiero ser brusca —dijo ella—, pero después de leer sobre las formas chapuceras en que se hacen algunas cosas por aquí, me esperaba a un paleto gordo con un mono de trabajo, mordisqueando una brizna de paja.

Austin frunció el ceño. ¿De verdad había dicho eso? —Eso ha sido… *bastante* directo.

—Lo que quiero decir —prosiguió ella—, es que, bueno, allí en L.A. tenemos nuestra propia forma de hacer las cosas. Para empezar, rara vez recurrimos a consultores cualquiera del departamento. Especialmente a consultores que son vendedores de cebo a tiempo parcial. Nosotros *sí que nos podemos permitir* detectives de verdad. Afrontamos los casos sabiendo que hay que ganarlos en el juicio. California es especialmente dura con los fiscales. Parece que aquí

sois todos un poco más, bueno, que vais más por libre, por ser generosa.

Austin decidió ignorar la sarta de insultos e intentar averiguar qué quería. —¿Puedo ayudarla en algo?

—No estoy segura de que pueda —dijo ella—. Pero, por lo visto, ahora trabajamos juntos. —Fue como si estuviera dando una mala noticia, pero no a él, sino a sí misma.

Austin ató cabos. Con Ridley presentándose a gobernador y el ascenso de Lucy, tenía sentido que trajeran a una nueva detective.

Kendall apretó los labios hasta formar una fina línea, indicando lo poco que le agradaba la idea, que era exactamente como se sentía Austin.

—¿Estuvo en la policía de Los Ángeles? —le preguntó.

Ella asintió. —Pensé que siempre lo estaría.

En ese momento, Austin casi deseó que se hubiera quedado en L.A. —¿Y cómo ha acabado aquí?

Ella frunció el ceño. —Circunstancias ajenas a mi voluntad. —Era evidente que no quería decir más.

Tras echarle otra mirada a Austin, durante la cual él habría jurado que se había lamido de forma seductora sus brillantes labios, ella dijo: —Sí, no está mal. No es lo que esperaba. —Luego se dio la vuelta y atravesó la puerta de cristal como una modelo desfilando por una pasarela.

En la puerta de cristal se detuvo y se hizo crujir los nudillos, lo que resquebrajó la fachada de su refinado comportamiento e hizo que Austin se encogiera. —¿Viene, hombre del cebo?

Austin ladeó la cabeza. ¿Pero qué demonios le pasaba a esta mujer? —Sí, ya voy.

Avanzó hacia la puerta, pero ella no se movió. Parada en el umbral, bloqueándole el paso, pudo oler su perfume, algo floral pero también especiado.

Él se apartó.

—Hay algo que debería decirle —dijo ella con voz baja y entrecortada—. Ya que vamos a trabajar juntos en este ahogamiento, debería advertirle de que mi último compañero se

enamoró de mí. —Ladeó la cabeza—. Mis últimos *dos* compañeros, en realidad.

Austin no dijo nada, tan solo la miró, intentando averiguar si hablaba en serio.

—Es el efecto que causo en los hombres —continuó—, y también en bastantes mujeres. —Asintió como si le estuviera dando una última evaluación—. Sí, creo que caerá, hombre de la tienda de cebo.

Austin se deslizó a su lado y luego, unos metros más adelante en el pasillo, se volvió. —Estoy saliendo con alguien —dijo—, así que haré todo lo posible por mantenerme en pie.

Ella sonrió con suficiencia.

—Por cierto —añadió él—, no es solo una tienda de cebo. También es una cafetería y un ultramarinos.

Con eso, se dirigió a la sala de conferencias, donde el olor a café recién hecho atraía su atención con mucha más fuerza que la detective Kendall Shaw.

Ni Lucy ni Jimmy levantaron la vista cuando Austin entró en la sala.

Los dos solían coquetear en la oficina, lanzándose puyas juguetonas de un lado a otro como una pelota de tenis. Quizás el compromiso les estaba afectando, o quizás era el caso, pero esa mañana estaban completamente centrados en el trabajo.

El pelo rojo y rizado de Lucy estaba recogido en una coleta y su rostro pecoso estaba contraído en un ceño fruncido mientras leía algo en su móvil. Jimmy tenía grandes ojeras, aunque sus músculos seguían marcándose bajo su ajustada camisa de cuello. Estaba revisando un expediente con expresión preocupada.

Kendall entró mientras Austin se servía una taza de café de la jarra que había en la esquina y, extrañamente, ahora llevaba una cazadora de cuero diferente a la que llevaba en el aparcamiento. Antes llevaba una americana de cuero negro entallada y ahora llevaba una cazadora de cuero marrón más holgada. ¿Qué le pasaba?

Estaba a punto de preguntarle cómo había tenido tiempo de cambiarse de ropa cuando Lucy levantó la vista.

Mirando alternativamente a Austin y a Kendall, dijo: —¿Bien, ya se han conocido?

Austin asintió.

Lucy se plantó delante de la pizarra blanca. —No tenemos tiempo para largas presentaciones ni cumplidos. Es mi primer mes en el cargo y estoy con el agua al cuello, en la parte más honda de la piscina y sin flotador.

—Lucy O'Socorro —dijo Jimmy—. Lucy O'Meahogo.

Ella lo fulminó con la mirada. —Se supone que los apodos tienen que ser monos y divertidos, no subrayar que soy la capitana de un barco que se hunde.

—Lo intento —dijo Jimmy—, pero… lo siento.

—Ya —dijo ella.

Era evidente que estaban estresados, más de lo que los había visto nunca. Las bodas podían provocar eso. Y los asesinatos, también.

Lucy continuó: —No tenemos tiempo para hablar de lo raro que es para mí estar de pie ante esta pizarra. Todos sabemos que ahora mismo en esta sala hay un vacío con la forma de Ridley. Lo mejor que podemos hacer es dejarnos el lomo trabajando, como haríamos si él estuviera aquí.

Jimmy asintió. —Si me preguntas a mí, aquí haría más bien que presentándose a gobernador, pero oye, al hierro caliente, batir de repente.

Kendall soltó una breve carcajada. —*Sabía* que por aquí habría algún paleto cafre —dijo—. Se dice «al hierro *candente*, batir de repente».

—No es un paleto cafre —lo corrigió Lucy—. Es más bien un cachas tontorrón.

—Anotado —dijo Kendall.

Jimmy sonrió y le guiñó un ojo a Lucy. —Gracias por defender mi honor, ricura.

Austin pensó por un momento que había cometido el error a propósito para relajar el ambiente, pero con Jimmy nunca se podía estar seguro del todo.

Lucy dio unos golpecitos en la pizarra blanca con un rotulador. —Este es el plan, la versión corta: el cadáver de Sandra Seville, de sesenta y tres años, ha sido encontrado en Dyes Inlet a primera hora de esta mañana por una mujer que había salido a dar su paseo matutino. Se llama… —Bajó la vista hacia un cuaderno que había sobre la mesa—. Velma Wakefield. Podéis ir a verla más tarde. La marca en forma de corazón tallada en la parte baja de la espalda de la señora Seville coincide con la que se encontró en otra mujer en 1979, también en Dyes Inlet. —Hizo una pausa y negó con la cabeza, asqueada—. Aún no hay más conexiones entre los casos, pero, obviamente, es un dato de interés. El asesinato fue un bombazo en el setenta y nueve, pero nunca llegó a nada. Jimmy y yo estamos empezando a revisar los informes de los agentes que acudieron al lugar. También estamos mirando los archivos —lo que queda de ellos— del caso original. —Señaló con la cabeza a Austin y luego a Kendall—. Vosotros dos, id a ver al doctor Matasanos y averiguad qué opina.

—¿Doctor Matasanos? —preguntó Kendall—. Suena siniestro.

—Te va a encantar —dijo Austin con sorna—. A ver, no es un forense de Los Ángeles. No creo que haya ido a un solo evento de alfombra roja esta temporada, pero *nosotros* creemos que es bastante bueno determinando las causas de la muerte.

4

—¿Es usted el famoso Dr. Bisturí? —preguntó Kendall, guiándolos hacia la sala de exploración.

Un hombre menudo de algo más de setenta años levantó la vista y se puso un par de guantes azules con un chasquido. El doctor Sanjay Patel, una leyenda local, llevaba más de cuarenta años como médico forense jefe del condado de Kitsap. Con su metro y medio escaso y sin llegar a los cincuenta kilos, sus pobladas cejas grises y los siete pelos que le quedaban en la calva, a Austin le costaba asociar el apodo con aquel hombre.

No solo eso, el doctor Patel hablaba tan bajo que se decía que la mitad de los detectives que habían trabajado en Kitsap habían desarrollado problemas de espalda de tanto inclinarse para oírle hablar.

—Algunos me llaman así —dijo el doctor Patel en voz baja.

Austin le lanzó una mirada a Kendall que venía a decir: *déjale hacer su trabajo.*

Pero Kendall no se dio por aludida. —¿No tiene ayudante? —preguntó, mirando alrededor de la sala de un blanco impoluto, vacía a excepción de ellos tres y el cuerpo sin vida sobre la mesa de acero inoxidable del centro. El fuerte olor a antiséptico le quemaba las fosas nasales a Austin.

El doctor Patel la ignoró y se centró en el cadáver que tenía delante.

—Es un condado pequeño —dijo Austin.

—En Los Ángeles tenemos…

—Ahora no —la reprendió Austin, acercándose a la mesa, donde el doctor Patel iniciaba su inspección.

Casi como si no estuvieran allí, el doctor Patel comenzó: —Sandra Seville, sesenta y tres años, residente de Bremerton, Washington. Examen preliminar iniciado a las diez de la mañana.

Austin se dio cuenta de que le estaba hablando a una pequeña grabadora digital que colgaba de un cable improvisado sobre la mesa de exploración.

El doctor Patel retiró la sábana blanca y, por primera vez, levantó la vista hacia ellos. —Debo decir que conocía a Sandra. Éramos voluntarios juntos en el club de jardinería de Kitsap. —Negó con la cabeza—. Una mujer maravillosa. Dicen que algunas personas son como un rayo de sol y siempre pensé que era un mito hasta que conocí a Sandra. Era alguien que —aunque no tenía estudios superiores— era lista para la vida, para las plantas y los animales. Y veía lo mejor en todo el mundo, en todo. —Se aclaró la garganta y adoptó un tono más formal—. Divorciada. Dos hijos, que viven en Austin y Tallahassee. No conocemos muchos detalles de su vida personal actual, pero sé que había vuelto a salir con gente. Solo sé lo de los hijos porque se ofrecía voluntaria para varias limpiezas de jardines y senderos cuando iba a visitarlos a Texas y Florida. Podía hablar durante horas sobre las diferencias entre las plantas de las distintas zonas de Estados Unidos.

—Sin ánimo de ofender —dijo Kendall—, ¿podemos ir a la causa de la muerte?

Austin negó con la cabeza. Le gustaba pensar que era una persona bastante tolerante, pero Kendall estaba empezando a sacarle de quicio.

El doctor Patel le lanzó una mirada fulminante por encima de la montura de sus gafas. —La paciencia es una virtud, señorita Shaw. —Luego volvió a centrar su atención en el examen.

La piel de Sandra Seville estaba pálida y arrugada, como un delicado trozo de pergamino. —Empecemos por el principio —dijo el doctor Patel. Con cuidado, le abrió un ojo; el iris azul y nublado miraba fijamente a la nada—. Hemorragias petequiales presentes en la conjuntiva y los párpados. A menudo indica una muerte por asfixia. —Le abrió la boca—. Líquido espumoso, lengua hinchada. Ningún cuerpo extraño obstruyendo las vías respiratorias.

Le presionó el cuello, palpando cada vértebra. —El hueso hioides está intacto. No detecto fracturas en la laringe ni en la tráquea.

Kendall miró a Austin. —La falta de traumatismo en el cuello hace que la estrangulación sea menos probable.

Austin asintió. Tal vez era la primera cosa que decía Kendall con la que estaba de acuerdo.

El doctor Patel dijo: —Correcto. —Inclinándose hacia el rostro de la mujer, el doctor Patel inspiró—. Un ligero aroma a acetona. Posible indicio de cetosis o cetoacidosis. Tendremos que comprobar los niveles de glucosa en sangre.

A continuación, pasó a las manos y les dio la vuelta para inspeccionar tanto el anverso como el reverso. Austin sabía que buscaba heridas defensivas y, por lo que podía ver, no había ninguna.

—Tiene las uñas bien cortadas y enteras —dijo el doctor Patel.

También eran de un naranja chillón, observó Austin, con pequeñas marcas negras.

Kendall también se dio cuenta. —¿Murciélagos?

—¿Eh? —preguntó Austin.

Kendall dio un paso adelante y se inclinó para ver mejor. —La señora Seville tiene murciélagos diminutos pintados sobre un fondo naranja. Debía de encantarle Halloween y, además, no ha debido de estar mucho tiempo en el agua. El esmalte se habría deteriorado más.

—Buena observación —dijo el doctor Patel—. Así es. Y a Sandra le *chiflaba* Halloween. Ayudaba a organizar un gran evento por la zona de Kingston, en un lugar llamado Heronswood. Un gran evento de Halloween en un jardín. —Negó con la cabeza con tristeza y volvió a fijarse en las manos de Sandra—. No hay restos bajo las

uñas, ni hematomas o abrasiones que indiquen que intentara arañar o agarrarse a algo.

A continuación, le palpó la caja torácica y el abdomen. —El cuerpo está hinchado por la inmersión. No se aprecian traumatismos internos en el examen inicial.

Continuó con el examen, recorriendo su cuerpo metódicamente. De pie, junto a los pies del cadáver, levantó la vista y se dirigió a Austin y a Kendall. —La presencia de agua en las vías respiratorias y en el tejido pulmonar indica claramente que estaba viva cuando la sumergieron, y que luego inhaló agua y se ahogó. Haremos pruebas, pero si encontramos algas u otras partículas microscópicas de la ría en los pulmones, eso sería concluyente. A estas alturas, yo diría que la causa de la muerte es ahogamiento. En circunstancias normales, diría que —a la espera de los resultados del análisis toxicológico— la forma parece accidental. Pero estas *no son* circunstancias normales.

Sujetando con cuidado el cuerpo de Sandra a través de la sábana, la giró sobre un costado; la tela húmeda se adhirió a ella mientras la movía. Su cuerpo parecía hinchado, la piel se deslizaba con rigidez sobre los músculos. La sábana se deslizó, dejando al descubierto su espalda desnuda, salpicada de tenues manchas de la edad y lunares. Y, tallado toscamente en el centro, un corazón irregular de unos quince centímetros de ancho.

El doctor Patel la sostuvo el tiempo suficiente para que Austin y Kendall se inclinaran a inspeccionar la talla. Luego, bajándola lentamente, la cubrió de nuevo con la sábana y retrocedió. —Mi despacho les enviará fotos en alta resolución y un informe preliminar a lo largo del día. —Se quitó los guantes, metiendo uno dentro del otro, y los depositó con cuidado en una papelera—. Por ahora, lo que les diría es que el escenario más probable es este: alguien le talló ese corazón en la espalda a Sandra mientras estaba viva y… —Su voz flaqueó, la emoción era patente en su rostro. Austin pensó que, en décadas de trabajo, lo había visto todo, pero estaba claro que nunca había visto nada como aquello—. Luego, de alguna manera —continuó—, el asesino se las arregló para llevarla a la orilla sin que ella presentara ni una sola herida defensiva, y después la ahogó. —Suspiró, quitándose las gafas y limpiándolas con un

pañuelo—. Me gusta pensar que soy un profesional, pero esto… —Su voz era ahora casi un susurro y se desvaneció como el humo de una hoguera.

Un silencio tan espeso que Austin casi podía saborearlo se instaló en el aire. Sabía lo que Kendall y el doctor Patel estaban pensando porque era exactamente lo mismo que pensaba él. La muerte de Sandra Seville era casi idéntica a uno de los casos sin resolver más famosos de la historia del condado. Austin no conocía todos los detalles del caso, pero la gente todavía hablaba de él en susurros. Por lo que sabía, con el paso de los años los susurros se habían ido apagando hasta que el caso se había convertido en nada más que cajas de archivos viejos —callejones sin salida— y silenciosas especulaciones entre los residentes más ancianos del condado, que todavía compartían teorías sobre el caso mientras se tomaban un café.

Kendall preguntó: —¿Aquí no tenéis laboratorio de toxicología, verdad?

Austin la fulminó con la mirada. Ya estaba harto de que lo comparara todo con Los Ángeles.

Ella levantó ambas manos en un gesto de defensa. —No lo decía con la intención que crees. Simplemente me preguntaba cuánto tardaremos en tener un informe toxicológico completo. —Miró al doctor Patel—. Suponiendo que usted tenga razón —y todo lo que ha dicho parece muy acertado—, tenemos que asumir que drogaron a la señora Seville. Si no, ¿quién se deja tallar y transportar sin presentar heridas defensivas? Solo me pregunto cuánto tardaremos en saberlo con certeza.

—Veinticuatro horas —dijo el doctor Patel con calma—. Le daremos prioridad.

—Gracias —dijo Kendall.

El doctor Patel suspiró y le tapó la cara a la difunta con la sábana en un gesto de respeto.

El olor penetrante de los productos químicos y una leve pestilencia a descomposición flotaban en el aire. El eco de sus zapatos de suela dura resonó cuando salió de la sala, y la puerta se cerró tras él con un clic que sonó a definitivo.

Austin y Kendall salieron tras él, le dieron las gracias de nuevo y se dirigieron al aparcamiento, donde los recibió el sol radiante de media mañana.

—¿Y cuál es su historia? —preguntó Kendall, bajándose unas gafas de sol negras que llevaba en la cabeza.

Austin entornó los ojos mientras caminaban hacia su camioneta.

—Espera un segundo.

Le había vibrado el móvil con un mensaje. Había aprendido hacía poco que podía tener el móvil en silencio en todo momento siempre que lo llevara en el bolsillo para poder sentir la vibración. Un buen apaño, en su opinión. Después de lo que había ocurrido un par de meses antes en el partido de los Seahawks, se ponía un poco nervioso con los ruidos fuertes y repentinos.

El mensaje era de Lucy: *Estoy al llegar. Si habéis terminado, lo comentamos en el aparcamiento.*

Austin se apoyó en su camioneta.

—Lucy llega tarde. Esperémosla aquí.

Kendall asintió.

—Oye, lo del doctor Matasanos... ¿De dónde le viene ese apodo?

—Una leyenda local —dijo Austin—. Ridley habla de él como si fuera el abuelo sabio que ayudó a ganar la Segunda Guerra Mundial. Como si hubiera visto cosas que nuestra generación de blandengues nunca llegará a entender.

Kendall se rio.

—Qué gracioso, pero yo también he visto unas cuantas cosas.

—No es una competición, Kendall. —Negó con la cabeza—. En fin, es de Mumbai, creo. Vino a Estados Unidos para estudiar en la Johns Hopkins, o quizá en la UCLA. Algún sitio con una buena facultad de Medicina. Trabajó en Nueva York un tiempo y consiguió el puesto de médico forense jefe de Kitsap con solo treinta años. Tenía un primo por aquí o algo así.

—Parece que sabe lo que hace —dijo Kendall.

Austin la miró de reojo.

—No parezcas tan sorprendida.

Abrió la boca para replicar, pero lo dejó pasar. Dio una vuelta alrededor de la camioneta.

—¿Cómo se ganó el apodo de doctor Matasanos?

—Por lo que me contó Ridley, fue a principios de los noventa, no mucho después de conseguir el puesto. Resulta que estaba en el puerto deportivo una noche, muy tarde, y un pescador de un barco comercial quedó atrapado bajo la embarcación, que había volcado por un temporal. Una de sus piernas se había enganchado en un borde dentado del casco. Tenía el fémur fracturado en forma de Z, y le había atravesado el músculo y la piel. No había forma de transportar al tipo sin causarle más daños en los tejidos y una mayor hemorragia. Pero la pierna estaba completamente destrozada y no se habría podido salvar. Solo había una solución: una amputación de emergencia sobre el terreno. Así que, con la ayuda de los bomberos que sujetaban las linternas y usando las herramientas del maletín médico que guardaba en el maletero de su coche, lo esterilizó todo con alcohol y, siguiendo las técnicas sobre las que había leído en antiguas memorias quirúrgicas, fue cortando las capas de tejido. Fue un proceso lento sin sierras para huesos ni herramientas de cauterización, pero al final dejó al descubierto el fémur astillado.

—¿Le amputó la pierna allí mismo, en el aparcamiento?

Austin asintió.

—Por lo visto, el hombre vivió. —Levantó la vista cuando el coche de Lucy entró en el aparcamiento.

Ella y Jimmy salieron, con aspecto nervioso y apurado.

—Siento que nos hayamos perdido el examen —dijo Lucy—. Mi respeto por la capacidad de Ridley para hacer este trabajo aumenta a cada minuto.

—Te dije que deberíamos haber hecho una celebración más pequeña —dijo Jimmy—. Lucy O'Bodón, Lucy O'Manteles-de-Encaje, Lucy O'…

—Ya lo han pillado —interrumpió Lucy—. Y lo siento si no quería casarme en el descanso de un partido de los Seahawks mientras tus colegas se beben las cervezas de un trago y se tiran nachos como una panda de monos lanzando heces.

—Oye —dijo Jimmy, sonriendo con suficiencia—, ¡esa era la boda de mis *sueños* desde que era pequeño! Además, ahora también sirven vino en los partidos de los Seahawks. ¡Elegancia! Y la comida

del estadio está buena. Todo el mundo podría haber elegido lo que quisiera.

Austin se rio, recordando la planificación de su boda con Fiona. No había sido tan polémica, pero desde luego ella le había dedicado más atención a la presentación que él.

Kendall frunció el ceño.

—¿El caso?

Lucy carraspeó.

—Dadme la versión rápida.

—Está bastante claro —dijo Kendall mientras Austin ponía en orden sus ideas—. Una talla con forma de corazón en la espalda, sin heridas defensivas y luego ahogada. Me juego lo que sea a que el informe dirá que no llevaba muerta más de seis horas cuando la encontraron.

—¿En qué se basa para decir eso? —preguntó Lucy.

Kendall enarcó una ceja. —He visto unos cuantos casos como este.

Lucy se cruzó de brazos.

Kendall frunció el ceño. —En el grado de hinchazón y el deterioro de la piel —dijo con sequedad—. Además, los análisis van a revelar que la drogaron.

—En eso —le dijo Austin a Lucy—, Kendall y yo estamos de acuerdo. A menos que la talla forme parte de una secta diabólica en la que se hubiera metido o algo por el estilo, a la víctima la drogaron, la marcaron, la trasladaron y luego la ahogaron. —Negó con la cabeza—. Nos enfrentamos a un asesino profundamente desquiciado.

—¿Algún indicio de violencia sexual? —preguntó Jimmy.

Kendall negó con la cabeza. —Nada en el preliminar.

Lucy miró el móvil, que había sonado varias veces desde que había llegado. —Mierda. Tengo que irme, pero… —clavó la mirada en Austin, de repente seria—. Puedes encargarte de esto, ¿verdad?

Austin sabía que esto iba a pasar y tenía la respuesta preparada. —Le prometí a Anna que me tomaría una o dos semanas libres. Está en plena búsqueda de trabajo y, después de lo que pasó en Seattle…, sinceramente…, tanto ella como yo seguimos algo

afectados. —Dio un paso atrás y señaló a Kendall—. Por no mencionar que ella sabe lo que hace. Puede encargarse de este caso sola.

Lo que no mencionó era que, en realidad, no quería trabajar con ella.

—Ah, gracias —dijo Kendall con sarcasmo—. Me alegro de tener su aprobación.

—Joder —dijo Jimmy—, acepte el cumplido, Kendall. Austin ahora será asesor, pero no se graduó en la Universidad Comunitaria Online de Hank para investigadores privados. El tipo estuvo veinte años en la policía de Nueva York, por el amor de Dios. —Le entregó a Kendall una caja de cartón blanca—. Los archivos del caso original.

Ella dejó la caja en la camioneta de Austin. —Y yo estuve quince en la de Los Ángeles. He dirigido equipos de más de veinte personas. Mi brigada tuvo la tasa de resolución más alta de la policía de Los Ángeles de esta década. Resolví el asesinato de Trevor Roberts, *yo sola*. ¿Puede que le suene?

Roberts, recordó Austin, era un director de alto perfil que había sido apuñalado hasta la muerte en su mansión de Hollywood. El caso había acaparado los titulares durante más de un año y, finalmente, su mujer y el amante de esta habían sido condenados por el crimen. —¿Fue usted? —preguntó Austin—. Sabía que la conocía de algo.

Ella echó la cabeza hacia atrás en un gesto coqueto, como para apartarse el pelo negro de los ojos, pero lo llevaba tan tirante que no se movió. —Salí bastante en la tele. —Pareció un poco avergonzada por ello, lo que, pensó Austin, era en realidad una buena señal. Kendall podría ser elitista y tener más que subido el ego, pero también se tomaba su trabajo con una seriedad mortal.

Kendall se acercó a Lucy. —Puedo encargarme yo sola de este caso, jefa.

Lucy la ignoró. —Austin, es la semana de mi boda. Haz esto por mí y no tienes que hacerme ningún regalo.

Austin asintió lentamente. —Iré a la escena del crimen con Kendall. Hablaré con Velma Wakefield. Después de eso, no prometo nada.

5

—Ha encontrado el cuerpo poco después del amanecer —dijo Kendall, mientras consultaba su cuaderno al pasar junto a un Volkswagen escarabajo de color naranja chillón, aparcado en una pequeña rampa de entrada. Estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y presentaba un óxido considerable alrededor de los pasos de rueda. Daba la impresión de que el coche se usaba poco—. El agente ha dicho que era un poco rara y que fuésemos amables.

—¿Es que no pensabas ser amable? —preguntó Austin—. Después de todo, es una testigo, no una sospechosa.

Velma Wakefield vivía en una pequeña casa de campo de una sola planta en la orilla este de la ensenada de Dyes. Una ventanita en un lateral de la casa exhibía una guirnalda de corazones que parecían recortados en cartulina gruesa, como un trabajo de clase para el día de San Valentín de tercero de primaria. Kendall los señaló. —Todo el mundo es sospechoso hasta que deja de serlo. —Llamó a la puerta—. Y no, no soy amable con los testigos a no ser que vaya a conseguir algo que quiero.

Austin la miró de reojo, con una ceja arqueada. Un perro ladró un par de veces desde dentro a modo de aviso, pero sin sonar muy amenazante.

—No pienso disculparme —dijo Kendall—. Si tengo que ponerme borde con un testigo para conseguir la información que necesito más

rápido, que así sea. ¿Crees que a la familia de la víctima le importará cómo lo he hecho cuando resuelva el caso? ¿Crees que a alguien le importará cuando encierre a este cabrón y salve a una posible futura víctima?

Austin sopesó sus palabras, pero no tuvo tiempo de responder porque la puerta se abrió y reveló a una mujer menuda con una rebeca de punto rosa. Parecía asustada de verlos, en contraste con el simpático golden retriever, que parecía encantado de tener visita.

—¿Velma Wakefield? —preguntó Austin.

—Deben de ser los detectives que me dijeron que vendrían. Pasen.

Velma los condujo a un salón abarrotado e hizo un gesto hacia un pequeño sofá de dos plazas, la única zona que no estaba cubierta de trastos. Junto a las paredes había revistas apiladas ordenadamente, casi hasta el techo. Cada centímetro cuadrado de las paredes estaba cubierto de pósteres, en su mayoría de antiguas giras de cómicos, por lo que Austin pudo deducir.

Velma se quedó de pie junto a un sillón de pana azul cáscara de huevo que estaba abarrotado de viejas cajas de puros de cartón y cajas de plástico para aparejos de pesca. Se percató de que Austin se las había quedado mirando. —Ahí es donde guardo mis chapas y pines. Colecciono pines políticos antiguos. La política me importa un bledo, pero me gusta la parte de los objetos de recuerdo.

Abrió una de las cajas y sacó un pin, sosteniéndolo con cuidado. Tenía un fondo blanco y letras azules: *I like Ike.*

—De las elecciones de 1952 —dijo—. Antes de que yo naciera, ¿verdad, Robin? —Miró al perro como si de verdad esperara una respuesta. Robin meneó la cola y se quedó mirando la puerta como si estuviera listo para salir de paseo.

Kendall se aclaró la garganta. —Señora Wakefield, ¿puede contarnos exactamente qué pasó y qué vio?

Durante los siguientes quince minutos, Velma relató su rutina matutina y cómo se había topado con el cuerpo, con multitud de historias secundarias sobre sus cómicos favoritos. Parecía ser algo mucho más que una simple aficionada a la comedia. Hablaba de espectáculos y actuaciones concretas como si describiera los logros

de sus nietos. Pero definitivamente no era una groupie. De hecho, parecía que rara vez salía de casa, excepto para sus paseos matutinos y alguna cita muy esporádica. Por lo visto, nunca se había casado ni había tenido hijos, pero había descubierto recientemente una aplicación de citas para mayores y, en alguna ocasión, había quedado con un hombre para tomar un café. Pasaba la mayor parte del tiempo viendo actuaciones de cómicos en viejas cintas VHS que había coleccionado a lo largo de los años y comprando objetos de recuerdo en Ebay.

Cuando llegó al final de su historia, Austin preguntó: —¿Detalles? ¿Algún pequeño detalle que haya podido olvidar? Aunque parezca insignificante, podría ayudar.

—He mencionado la lancha, creo que era una lancha.

—¿Cuánto tiempo antes de encontrar el cuerpo fue eso exactamente? —preguntó Kendall.

Velma pareció alterada, pasándose una mano por su pelo fino y canoso. —*¿Exactamente?* Oh, ¿cómo podría saberlo?

—Aproximadamente —dijo Austin.

—Entre cinco y diez minutos.

Austin miró a Kendall y luego a Velma. —¿A juzgar por la dirección en la que oyó que se dirigía la lancha, es posible que alguien en la embarcación arrojara el cuerpo al agua y luego se marchara?

—Es posible —dijo Velma.

Austin sintió la mirada fulminante de Kendall sobre él. —No, no lo es —dijo ella tajantemente. No dio explicaciones, sino que centró su atención en Velma, llevando a cabo las formalidades habituales al final de una entrevista: *Aquí tiene mi tarjeta. Llámeme si recuerda algo más. Ningún detalle es insignificante.* Y demás.

De vuelta en la entrada de su casa, Austin se apoyó en su camioneta, preguntándose por qué lo había contradicho con tanta vehemencia. —Bueno, ¿a qué ha venido eso?

—A lo mejor estás distraído, o a lo mejor no eres tan bueno como dicen Jimmy y los demás.

Austin se encogió de hombros. —¿Odias a todo el mundo en este condado o es algo personal contra mí?

—Tengo hambre —dijo Kendall, ignorando la pregunta y subiéndose a la camioneta.

Austin ocupó el asiento del conductor y arrancó el motor. —Yo solo voy a tomarme un batido para comer. —Levantó una botella con un lodo verdoso que Anna había preparado la noche anterior, como parte de su objetivo de comer más sano.

Kendall esbozó una sonrisa burlona. —A lo mejor beber porquerías como esa es por lo que tienes la cabeza en las nubes. Eso parece el tipo de cosa por la que la gente de por aquí se burlaría de alguien como *yo* por beberla. Venga, vamos a por unas hamburguesas. Conozco un sitio.

—Vale —dijo Austin—. Pero dime a qué te referías con lo del barco.

—El primer agente en llegar se presentó en el lugar de los hechos treinta y un minutos después de que Velma avisara del cuerpo. La sacaron del agua inmediatamente.

Hizo una pausa mientras la mente de Austin se aceleraba para intentar ponerse al día. Recordó el estado del cuerpo de la víctima, que claramente había estado en el agua durante horas.

Kendall cogió el batido de Austin y lo tiró en la parte de atrás. —Es imposible que se deteriorara tanto en menos de una hora. El barco que oyó la señora Wakefield no tuvo nada que ver con el asesinato.

El Jack’s Burger Barn era uno de los restaurantes más antiguos de Bremerton, y ocupaba la misma caseta roja en la que llevaba desde 1969. Kendall parecía haber buscado la carta en internet, porque, sin preguntar, pidió dos de sus especiales, las Heart Stopper Burgers,

una hamburguesa de doble carne con doble de beicon y tres lonchas de queso: cheddar, suizo y pepperjack.

—Hacen sus propios pepinillos —le informó a Austin, mientras se sentaba en un reservado y dejaba la caja de expedientes que Jimmy le había dado sobre la vieja mesa de formica—. También lo cocinan todo desde cero. Voy a ver cuánto puedo avanzar en diez minutos.

Con la eficacia de una cirujana experta, Kendall empezó a revisar la caja, organizando los expedientes de una forma que, aunque indescifrable para Austin, parecía tener sentido para ella.

Mientras lo hacía, Austin reflexionó sobre lo mucho que se le había pasado por alto el detalle del barco y el cuerpo. El análisis de Kendall había sido totalmente correcto. Con la hinchazón y las arrugas del cuerpo, había estado en el agua durante al menos seis horas. Así que era imposible que el barco que Velma oyó se alejara a toda velocidad de la escena tras ahogar a la víctima. Podría haber perdido horas siguiendo esa pista si Kendall no hubiera intervenido.

Tuvo que admitir que estaba distraído: Anna, la inminente reunión con los investigadores privados, las secuelas del ataque en Seattle, la ausencia de Ridley. Y esos nombres: *Christopher Palini, Gretchen Voohrees, Jorge Díaz López y Jackson Baker III.* Todo ello contribuía a que estuviera muy lejos de su mejor momento. Se sentía decepcionado consigo mismo y un poco avergonzado.

Después de cinco minutos, Kendall deslizó una pila de expedientes por la mesa. —Léete estos. Entrevistas con amigos, familiares y compañeros de trabajo de la víctima de 1979. Miriam McKenzie. Era florista.

Austin empezó a mirar los papeles. El primer informe era una entrevista con los padres de la víctima, en la que les contaban a los agentes lo que sabían de la vida social de su hija, que no era mucho.

El segundo, el tercero y el cuarto eran de varios compañeros de trabajo de la floristería. Del quinto al noveno eran de amigos.

En conjunto, dibujaban la imagen nítida de una joven simpática, trabajadora y quizá un poco ingenua ante el mundo. Y, suponiendo que sus amigas tuvieran razón —cosa que Austin no tenía motivos para dudar—, una joven que sin duda había abrazado la cultura del *amor libre* de mediados a finales de los setenta.

Un hombre corpulento con una espesa barba pelirroja les dejó las hamburguesas y una cesta de aros de cebolla que probablemente contenía más calorías de las que Austin necesitaba en una semana. —Dos Infartantes y un Cubo de Aros de Cebolla de la Muerte. —Su voz sonaba a papel de lija hervido—. Y nuestro Batido Guillotina de Triple Chocolate. —Dejó un vaso de cartón sobre la mesa.

Kendall dejó un papel sobre la mesa y se frotó las manos. —Le echan trozos de brownie y sirope de chocolate al batido.

—¿Cómo sabías de este sitio? —preguntó Austin.

Ella lo ignoró y le dio un bocado a un aro de cebolla después de mojarlo en una salsa beis. —He echado un vistazo rápido a los expedientes y, bueno, el caso de Miriam McKenzie fue una chapuza monumental.

—¿Y te has dado cuenta en cinco minutos?

Asintió con la boca llena de hamburguesa. Negó con la cabeza y dijo: —Y no lo digo por fastidiar. Fue una auténtica chapuza policial. *Más que* lamentable. Se rindieron al cabo de una o dos semanas, apenas se guardaron registros. Casi como si no *quisieran* encontrar al asesino. Háblame de la víctima.

—No es por faltarle al respeto a la muerta —dijo Austin—, pero a juzgar por lo que contaron sus amigas, era, bueno, promiscua. Si el amor o el sexo fueron los motivos —y dado el corazón que le grabaron, tendría sentido—, había *un montón* de sospechosos potenciales. Se mencionaron cinco líos amorosos diferentes, y eso solo en las pocas entrevistas que he ojeado.

Comieron en silencio durante un buen rato. Kendall devoró su hamburguesa como si no hubiera comido en una semana, mientras que a Austin le costaba terminarse la mitad de la suya. Estaba deliciosa, pero era de lo más grasiento que había comido nunca, y no podía evitar una vaga sensación de culpa por estar saltándose el plan de comida sana que había trazado con Anna. Hacía poco había visto un monólogo de un cómico que decía serle absolutamente fiel a su mujer, *excepto* en lo referente a la dieta que habían acordado. *Lo único con lo que me pillará en la cama es con una caja de pizza vacía*, había dicho.

—Mira —dijo Kendall, limpiándose las manos con una servilleta y empujando los aros de cebolla hacia el lado de la mesa de Austin—. Como le dije a Lucy, no *necesito* la ayuda, pero la quiero. Tu ayuda.

Austin se mostró escéptico. —¿Por qué?

Le dio un sorbo largo al batido. —Necesito a alguien con quien intercambiar ideas. Además, no estás nada mal. Sin ánimo de ofender a la buena gente del condado de Kitsap, pero estoy acostumbrada a estar rodeada de gente guapa.

Austin se quedó con la boca abierta. De no haber estado tan sorprendido, probablemente le habría señalado lo inapropiado que era aquello. En lugar de eso, intentaba averiguar si le estaba tirando los tejos o simplemente tratando de insultar el aspecto físico de todos los demás habitantes del condado.

El móvil de Austin vibró con un mensaje de Anna: *El Seattle New Herald me ha rechazado. Dicen que buscan gente con «una fuerte presencia en redes sociales».*

Antes de que pudiera hablar, Kendall dijo: —¿Es de tu novia?

Austin dejó el móvil, ignorando la pregunta.

Kendall se encogió de hombros. —Mira. Yo haré el trabajo pesado. Colabora conmigo en esto.

La miró a sus ojos verdes y, por primera vez, vio una necesidad, una inseguridad que habitaba dentro de la mujer segura, incluso arrogante, que tenía ante él. Y no pudo decir que no. Al menos, no todavía.

A regañadientes, dijo: —Tengo que volver a casa un rato. Déjame pensarlo. Pásame tu número y te llamo por la mañana. —Algo en su mirada puso nervioso a Austin—. Para el caso, quiero decir —corrigió con torpeza.

Ella sonrió con suficiencia. —Ya sé que es difícil no enamorarse de mí, señor Austin, pero por favor, mantengamos esto en un plano profesional.

—No creo que pueda ayudarte —dijo Austin—. Pero solo me lo plantearé con una condición.

Kendall se cruzó de brazos. —Yo no acepto condiciones.

Austin le sostuvo la mirada con una expresión igualmente neutra. Empezaba a darse cuenta de que, a pesar de su aspecto de modelo

y su aire de confianza, era un poco más frágil de lo que quería aparentar.

—Vale —dijo ella—. ¿Qué?

—Dime cómo supiste de este sitio y me *plantearé* ayudarte.

Kendall levantó la vista hacia la barra y luego recorrió el restaurante con la mirada. —Soy de aquí. Me crie en Dyes Inlet. En Bremerton. Nunca quise otra cosa que largarme de este puñetero condado de paletos. Hice cursos de verano durante dos años. Terminé el instituto con dieciséis. Me escapé a Los Ángeles y nunca miré atrás. —Cogió un aro de cebolla, lo inspeccionó y lo volvió a dejar en su sitio—. Pensé que nunca *volvería*.

Kendall empezaba a tener más sentido. Austin no necesitaba conocer los detalles para saber que había huido de algo o de alguien. Su aparente odio por ese condado —y por todos sus habitantes— tenía un pasado. —¿Entonces por qué *has* vuelto? —preguntó él.

Kendall esbozó una sonrisa de dientes perfectamente blancos, recuperando toda su bravuconería de golpe. —Has dicho *una* condición, Tío del Cebo. Ahora vuelve con tu novia y haz lo que tengas que hacer para decidir que quieres trabajar conmigo.

6

Austin cerró los ojos mientras el sol de la mañana le calentaba la cara. Era una sensación agradable. Sencilla y placentera. Su mente se relajó lo justo para olvidar los pensamientos que le habían estado dando vueltas en la cabeza desde que se despertó a las cuatro de la mañana.

Estaba de pie en la playa, junto a su tienda. Eran ya las nueve y cuarto, y Claire y Sean llegaban tarde. Los investigadores privados que había contratado para que averiguaran sobre los cuatro nombres de su lista habían llegado pronto a todas las reuniones anteriores que había tenido con ellos, así que su tardanza lo preocupaba. Esa era la mañana en la que iban a compartir sus hallazgos, y él había estado con los nervios de punta desde el momento en que se despertó.

Abrió los ojos y sorbió un poco de café, una nueva mezcla que había empezado a servir en su cafetería. Los clientes habituales estaban bastante contentos con ella, y él también. Provenía de un nuevo tostadero a menos de media hora de su local y era tan bueno como cualquiera de los tostaderos de Seattle que había probado.

Estaba a punto de dar otra vuelta alrededor del edificio cuando oyó acercarse un coche. Era su Tesla azul claro y los saludó con la mano con un entusiasmo algo exagerado. Mientras salían del coche, Austin saboreó algo que había llegado a llamar *luminosidad*; no era

exactamente el sabor de una naranja, pero tampoco se alejaba mucho. Era como un cítrico secreto aún por descubrir y siempre aparecía cuando su expectación estaba en su punto álgido. Una de las primeras veces que fue consciente de su sinestesia fue cuando lo saboreó mientras esperaba para subir a una atracción en Disneyland, de niño.

Austin les hizo un gesto a Claire y a Sean para que se acercaran a una mesa de pícnic que había un poco más arriba de la playa, al borde del aparcamiento. Ninguno de los dos dijo una palabra al sentarse. La emoción y la inquietud de Austin aumentaron.

Claire tenía los ojos rojos e hinchados, en contraste con la mujer vivaz que aparentaba cuarenta años a pesar de rondar los cincuenta y cinco y a la que Austin había conocido hacía menos de un mes en su despacho de Bremerton. Quizá el viaje a Nueva York le había pasado factura. Sean, por otro lado, parecía alerta y concentrado, incluso enfadado. Sus ojos azul claro estaban fijos en Austin mientras este se sentaba con ellos.

Sin mediar palabra, Sean deslizó un sobre por la mesa.

No era el sobre grueso de tamaño folio que Austin esperaba, del tipo que estaría lleno de documentos y fotos. Era un sobre normal, y no tenía nada de grueso. —¿Son sus hallazgos? —preguntó Austin, confundido.

—Es el cheque de su provisión de fondos —dijo Sean—. Se lo devolvemos.

Austin miró a Claire, que bajó la vista hacia la mesa. La miraba fijamente, decidida a no levantar la cabeza, como si la áspera veta de la madera pudiera contener algún secreto sobre el sentido de la vida.

—¿Qué pasa? —preguntó Austin—. Han ido a Nueva York, deben de haber gastado miles en el viaje, en mi caso. ¿Por qué me devuelven el cheque?

Sean se pasó una mano por la calva y luego se la limpió en su arrugada americana, una extraña costumbre que Austin había notado que tenía a menudo. —Fuimos a Nueva York y vamos a renunciar a su caso.

—Pero si ya *aceptaron* el caso —insistió Austin—. ¿Qué…? Sean, sea sincero conmigo, ¿qué demonios está pasando?

Sean miró a su alrededor, como si el aparcamiento vacío o incluso la brisa fresca que venía del estrecho pudieran estar escuchando a escondidas. Claire seguía sin decir una palabra, sin levantar la vista. Ahora se entrelazaba los dedos una y otra vez, y Austin se dio cuenta de que no estaba enfadada ni distraída. Tenía miedo.

Sean dijo: —Solo voy a decir esto una vez. Fuimos a Nueva York y empezamos a preguntar. Progresamos un poco con su lista. Enseguida nos dio la sensación de que… ¿hasta qué punto debería contar? —Miró a Claire con nerviosismo—. A ciertas personas no les gustó la idea de que hiciéramos preguntas sobre esas cuatro personas. Pasaron ciertas cosas que…

—¿*Ciertas cosas*? —lo interrumpió Austin, empezando a enfadarse—. Está hablando como un político en una declaración. Sea concreto. ¿*Qué* ha pasado?

Sean se levantó lentamente y Claire hizo lo mismo. Sean se apoyó en la mesa, sin enfado, pero tampoco con amabilidad. Su tono era neutro, casi distante. —Austin, mire, no voy a ser concreto. Nos hemos marchado de Nueva York y no vamos a volver. Le sugiero que se olvide de esta línea de investigación en particular. —Se enderezó y miró a su alrededor, como si contemplara el entorno por primera vez—. Vive en un sitio precioso. El sol brilla. Y lo más importante, está *vivo*. Si quiere seguir así, yo lo dejaría estar.

Sean empujó el sobre hacia Austin, luego tomó la mano de Claire y regresó al coche.

Una hora después, Ridley llegó en un gran todoterreno negro, seguido por un coche de alquiler lleno de personal. El antiguo detective jefe del departamento del sheriff de Kitsap había estado en su pequeña cafetería de Hansville unas cuantas veces y se habían

echado unas risas tomando una cerveza en las mesas de la terraza en más de una ocasión.

Esta vez, el ambiente era distinto, y no solo porque ahora Ridley viajara con un séquito político.

Austin había superado la conmoción inicial de las palabras de Sean, pero su estado de ánimo había pasado a ser de irritación, e incluso de ira. Había organizado la reunión con Ridley de antemano para conocer su opinión sobre los hallazgos de Sean y Claire, cuando aún suponía que *tendrían* hallazgos que compartir.

Ahora no sabía qué pensar ni qué decir.

Ridley se acercó, caminando a paso ligero pero todavía usando un bastón. Había perdido parte de una pierna en el reciente atentado terrorista de Seattle y llevaba una prótesis en la parte inferior a la que aún se estaba acostumbrando. No obstante, su corpulencia atlética le era de gran ayuda y parecía estar adaptándose.

Le dio una palmada en la espalda a Austin e hizo un gesto hacia la calle.

—¿Quieres dar un paseo?

Austin asintió.

—Te diría de ir a la playa —dijo Ridley—, pero la arena todavía me resulta un poco complicada.

—¿Qué tal llevas la pierna?

—He dejado los medicamentos al cien por cien, lo cual es genial para mi claridad mental. Todavía siento un poco de dolor de vez en cuando, pero..., no me puedo quejar.

Después de que una explosión de C4 le hubiera volado la parte inferior de la pierna, en realidad tenía una muy buena razón para quejarse, pero Ridley era la definición misma del prototipo de hombre fuerte y callado. Por eso Austin pensaba que tenía muchas posibilidades de llegar a ser gobernador. Era el tipo de persona en la que la gente podía creer.

—Y bueno, ¿cómo va la campaña? —preguntó Austin.

Antes de que Ridley pudiera responder, la señora McGuillicutty asomó la cabeza por la puerta de la cafetería y casi chilló:

—Señor Calvin, ¿nos firmaría el menú?

El señor y la señora McGuillicutty eran los clientes más habituales de la cafetería y Austin sabía que eran seguidores de la campaña de Ridley. Durante las tres primeras semanas después del atentado de Seattle, le habían enseñado a cada cliente el vídeo de Ridley salvando a los rehenes, mientras les recordaban a todos que era amigo de Austin.

Ridley esbozó una sonrisa que Austin notó forzada mientras la señora McGuillicutty corría hacia él y le ponía una de las cartas de papel de Austin en las manos junto con un bolígrafo. Ridley la firmó y se la devolvió con una sonrisa que pareció más sincera. Quizá se estaba acostumbrando a la fama.

—Solo asegúrese de ir a votar en las elecciones especiales.

—Oh, *muchísimas gracias* —dijo la señora McGuillicutty—. Y lo haremos. Les dejo, pero... —miró a ambos lados y se inclinó en un gesto cómplice—, le apoyamos. Pátale el culo a Carter y machaca a Daniels. No soporto a esos farsantes. ¡*Ridley 2023*!

Dicho esto, se apresuró a volver dentro, inspeccionando su autógrafo.

—¿Eso es normal ahora? —preguntó Austin.

—Más o menos, sí. Todavía no se traduce en buenos resultados en las encuestas, pero...

Dejó la frase en el aire y cruzaron la carretera en dirección a la pequeña iglesia de la comunidad. Había poco tráfico esa mañana, incluso para Hansville, y Austin estaba disfrutando de ver a Ridley, a pesar de que la rabia por la reunión con Claire y Sean todavía le bullía por dentro.

—¿Así que la campaña no va muy bien?

Ridley soltó un largo suspiro que básicamente lo resumió todo.

Austin se rio entre dientes.

—¿Tan bien?

Ridley sonrió.

—En realidad, mejor de lo que nadie esperaba. Parece que el sheriff Daniels lo tiene prácticamente ganado, pero estamos plantando cara de forma respetable. Quizá dentro de cuatro años...

—Acabas de entrar en la carrera —dijo Austin, intentando sonar tranquilizador. El sheriff Daniels había sido el jefe de Ridley en el

departamento del sheriff de Kitsap y había alcanzado notoriedad estatal en parte por sus contactos familiares y en parte por atribuirse el mérito del trabajo estelar de Ridley al frente de ese departamento. Austin no era un admirador de Daniels, pero dada la naturaleza de la política, no le sorprendió oír que iba en cabeza.

Ridley estaba sentado en un pequeño banco frente a la iglesia, desde donde se veía el otro lado de la carretera, hacia la playa. —El revuelo del vídeo viral se ha calmado. Ahora estamos estancados en torno al diez por ciento de los votos. Además, no sé. Mi equipo quiere que vaya a todos los programas, que explote la fama del ataque —dijo con un suspiro—. Solo hacía mi trabajo.

—Lo entiendo —dijo Austin.

Permanecieron en silencio un buen rato. Ninguno de los dos necesitaba decir nada, porque ambos sabían que el trabajo era el trabajo, y punto. No sentían ninguna alegría en regodearse con la victoria.

—Aguanta —dijo Austin—. Sé que puede parecer inútil, una pérdida de tiempo, pero nos vendrías muy bien en la mansión del gobernador. ¿Cómo están los gemelos? ¿Y tu mujer y el resto de los niños?

—Bien —dijo Ridley, distraído—. Están bien.

Austin se percató de que una fotógrafa se había bajado del coche que había seguido a Ridley. Estaba sacándoles fotos desde el otro lado de la carretera.

—No le hagas caso —dijo Ridley—. Mi jefe de campaña dice que necesitan más «fotos espontáneas» para el material de promoción. Así es mi vida ahora —soltó un largo suspiro—. Pero basta de mí, vamos a lo importante, ¿por qué querías que nos viéramos?

Austin cruzó y descruzó las piernas y luego soltó él también un suspiro. —Mi reunión de esta mañana no ha ido como esperaba. —Procedió a contarle a Ridley todo lo que había sucedido, y concluyó diciendo—: No sé si estar decepcionado, cabreado o confuso.

Ridley se rio. —Rachel y yo vamos a terapia de pareja de vez en cuando, no porque tengamos problemas, sino para poner a punto nuestra relación, ¿sabes? En fin, que a ella le gusta decir: «Rid, no tienes que *elegir* entre emociones. Está bien permitirte sentirlo

todo». —Ridley soltó una risita—. Rachel siempre dice *todo* como si estuviera eligiendo entre un solomillo y una langosta en un bufé de Las Vegas, en lugar de, por ejemplo, entre la rabia y la tristeza.

—Te entiendo —dijo Austin—. Y sí, supongo que siento las tres cosas. Pero ya me conoces, voy a dejar atrás las emociones cuanto antes y a averiguar qué hacer.

Ridley se levantó y se apoyó en el banco, estudiando a Austin con el ceño ligeramente fruncido. —Voy a suponer que *dejarlo correr y pasar página* no es una de las opciones que estás barajando, ¿verdad?

Austin le clavó la mirada a Ridley. —¿Si le pasara algo a Rachel, barajarías tú la opción de dejarlo correr?

Ridley negó con la cabeza. —No, pero querría que un amigo al menos me señalara que era una opción, que Rachel me querría vivo y a salvo por encima de todo.

Austin se levantó y dio unos pasos hacia la iglesia, luego se detuvo. Aunque nunca había asistido a una misa allí, a veces se sentaba en la parte de atrás cuando estaba cerrada, con el permiso del pastor Johnson. Le recordaba a Fiona y a veces le daba consuelo. Había pensado en sentarse allí con Ridley para charlar, pero por alguna razón ahora no le parecía lo correcto.

Se giró para mirar a su amigo. —Te lo agradezco.

Compartieron un largo silencio, luego Ridley dijo: —Déjame hablar con Sean. Me debe una. No digo que pueda conseguir que siga trabajando en esto, pero quizá pueda averiguar algo más sobre lo que pasó en Nueva York.

Austin se animó. —Gracias.

—Pero si esto no funciona, si es un callejón sin salida, ¿lo dejarás estar y seguirás con tu vida?

Austin se lo pensó. —Si te dijera que sí, sabrías que te miento.

Una mujer bajita con un traje de chaqueta azul saludó a Ridley desde el coche y le dio unos golpecitos a su reloj. Ridley empezó a cruzar la calle. Austin lo siguió.

—Siento que tenga que ser tan breve —dijo Ridley—. ¿Puedo tomarme un café antes de irme?

Austin lo guio hasta la cafetería, donde los McGuillicutty miraron a Ridley con una sonrisa radiante, como si fuera la mayor celebridad del mundo. Austin pidió varios cafés para él y una bolsa de bollos para el equipo. Ridley sacó la cartera.

—Tu dinero aquí no vale —dijo Austin—. Cuando seas gobernador te exigiré todo tipo de tratos de favor, así que considéralo un soborno.

Ridley se rio y luego su rostro se puso serio. —Por cierto, Lucy me ha llamado.

—Déjame adivinar —dijo Austin—. Quería que me convencieras para trabajar con la nueva en este caso del ahogamiento, ¿no? Ya le he dicho que necesito un tiempo.

Ridley cogió la bolsa de bollos y Austin llevó los cafés mientras volvían al aparcamiento.

—Mira —dijo Ridley—, no voy a decirte lo que tienes que hacer, pero ese caso, el original, ha sido un quebradero de cabeza para el condado durante décadas, desde mucho antes de que yo trabajara aquí.

—La nueva detective, Kendall Shaw…

Ridley sonrió y le dio un sorbo a su café. —He oído que es de armas tomar. Se cree que está haciendo una audición para una nueva serie de detectives de la CBS o algo así. *CSI: Condado de Kitsap*. Se cree mejor que nadie.

Austin asintió. —Has oído bien.

—Pues sobre eso te voy a decir una cosa —dijo Ridley—. A lo mejor lo *es*.

A Austin le sorprendió. —¿Eh?

—Lucy dice que era una de las mejores del LAPD. ¿Qué edad tiene?, ¿treinta y tantos? Para que una mujer de su edad llegue a ese puesto, seguramente ha tenido que luchar con uñas y dientes. Yo lo que pienso es esto: si alguien es bueno en lo que hace, *muy bueno* en lo que hace, quizá no dé buena imagen ser arrogante, ser elitista. Pero prefiero tener a un capullo elitista que sea buen detective que a un tipo majo incompetente que nos vaya a poner en peligro a mí o a mi equipo, o que ponga en peligro a la comunidad.

—Te entiendo —dijo Austin—. Y lo pensaré.

Uno de los empleados de Ridley le abrió la puerta de su SUV y él deslizó su corpulento cuerpo en los asientos de cuero.

—Qué elegante —dijo Austin con una sonrisita.

—Sigo siendo más de camionetas —dijo Ridley.

Austin alargó el brazo y le estrechó la mano, y le invadió una oleada de tristeza. Quería que Ridley ganara las elecciones, pero sabía que, si lo hacía, el tiempo que pasaban juntos, sus charlas amistosas, serían cada vez más escasas y espaciadas. Un vídeo viral y nada volvería a ser lo mismo.

—Te veré en la boda de Lucy, ¿verdad? —preguntó Austin.

—No me la perdería por nada —dijo Ridley, y entonces su expresión se volvió impasible—. Mi director de campaña dice que dará para unas fotos *geniales*.

—Puede. Siempre y cuando no salga *yo* en ellas —rio Austin entre dientes.

De vuelta en la cafetería, Austin habló con el personal de cocina e hizo un pedido de comida para el día siguiente; luego se sentó a una mesa. Siguiendo la mirada de los McGuillicutty y de los camareros, que estaban todos pegados a la pantalla, alzó la vista hacia el televisor. Se suponía que tenía que estar sintonizado en el canal de deportes.

En cambio, parecía que estaba puesto *Crime TV*, un canal sensacionalista de crímenes reales que Austin no soportaba. Estaba a punto de preguntar quién había cambiado de canal cuando leyó el rótulo en la parte inferior de la pantalla: *En Dyes Inlet, estado de Washington, el asesinato llega en oleadas.*

A Austin se le revolvió el estómago y sintió que los pies le pesaban en el suelo.

No, no, no, no, no.

Los subtítulos pasaban por la pantalla, un texto blanco dentro de un pequeño recuadro negro.

Descubierta una segunda víctima en Dyes Inlet, en el condado de Kitsap. Al igual que la primera, la fallecida tenía una tosca talla en forma de corazón en la espalda. Aún están saliendo a la luz más detalles.

7

Austin se levantó de un salto y puso las noticias locales justo cuando un camarero se acercaba con una nota. —Tres recados mientras estaba usted fuera paseando. Todos de Lucy O'Rourke. Dice que es la detective principal de la…

—Lo sé —dijo Austin, sacando el móvil. Lo había apagado por completo antes de la reunión con Sean y Claire. También tenía dos llamadas perdidas y un mensaje de Lucy.

En las noticias locales, habían interrumpido la programación habitual para conectar en directo con Dyes Inlet, donde una reportera estaba de pie frente al agua, no muy lejos de donde Austin había estado con Kendall apenas un día antes.

—Mierda —masculló Austin—. Mierda, mierda, mierda.

—Hace un momento —dijo la reportera—, hemos hablado con Kendall Shaw, detective del Departamento del Sheriff de Kitsap e investigadora principal de este caso.

La emisión pasó a una intervención de Kendall y la reportera. Le sacaba al menos quince centímetros a la diminuta reportera y hablaba como si llevara años de entrenamiento mediático. Llevaba el pelo perfectamente peinado y vestía la misma americana de cuero negro que cuando se conocieron. Su pintalabios rojo era sutil, pero no tanto como para no llamar la atención. —Bueno, Mollie —dijo Kendall—. Todavía no tenemos un sospechoso principal, pero le

aseguro que utilizaremos todos los recursos de los que dispone el departamento para encontrar al culpable. Incluso en un condado pequeño como este, que carece de la financiación de otros condados más prósperos, vamos a…

Austin quitó el sonido. Incluso en una entrevista para la televisión se las apañaba para lanzar algunas puyas veladas.

Y, sin embargo, sin siquiera ser consciente de ello, había tomado una decisión.

Sonó el teléfono del restaurante y Austin descolgó. —Café, ultramarinos y tienda de cebos de Hansville.

—¿Austin?

Reconoció la voz de Lucy al instante. —No hace falta que insistas —dijo—. Ya estoy de camino.

Austin bajó la ventanilla para dejar que entrara el aire frío de octubre. Había abierto una aplicación de audio que Samantha le había instalado en el móvil y le había dado al play a un artículo sobre la historia de Dyes Inlet. El teléfono estaba sincronizado con los altavoces del coche y una voz computerizada, pero casi humana, leyó en alto: —Dyes Inlet fue bautizada en honor al comandante Eliphalet Hardy Dyes en la década de 1840. Conecta la bahía de Liberty, al norte, con el extremo sureste del estrecho de Puget. Las comunidades limítrofes incluyen Silverdale, Tracyton, Chico y Bremerton.

Repitiendo el mismo trayecto que había hecho el día anterior, continuó escuchando. —La ensenada es también el hogar de la tribu suquamish, que vivió de su abundante salmón y marisco durante siglos y todavía pesca y marisquea en la zona, además de gestionar un casino. En la década de 1880, la Armada se fijó en las aguas profundas y resguardadas de la ensenada y construyó un astillero que alimentaría sueños de mar, poder e imperio.

—El astillero puso a Bremerton en el mapa, trayendo un rápido crecimiento y también vicio. Los marineros de permiso abarrotaban

los bares y burdeles del centro, donde las peleas eran habituales y los días empezaban en el fondo de una botella. Pero la ciudad también atrajo a familias. Parques, iglesias y escuelas surgieron junto a las cantinas a medida que la zona crecía.

Mientras giraba por la carretera que se dirigía al sur por la orilla oeste de la ensenada, un camión maderero que venía de frente pasó haciendo sonar el claxon a una motocicleta que intentaba adelantar por la derecha. Austin pisó el freno por instinto, a pesar de que el camión estaba al otro lado de una mediana de hormigón. Como el día anterior, lo distraía una sensación persistente de que algo no encajaba, aunque tenía demasiadas cosas dándole vueltas en la cabeza como para averiguar qué era exactamente.

Anna no se había vuelto a quedar a dormir; había preferido centrarse en la búsqueda de trabajo. Luego estaba la reunión con Sean y Claire. Estaba asimilando que habían estado en Nueva York, pisándoles los talones a los cuatro nombres de la lista de Austin, y habían vuelto con las manos vacías.

Al descender a un valle, la carretera se abrió a unas vistas panorámicas de la ensenada, rodeada de laderas que ahora se teñían de dorado y escarlata. A lo lejos se alzaban las grúas del astillero naval de Puget Sound, reliquias de una época que construía acorazados y submarinos para proyectar su poder a través del Pacífico.

¿Dónde demonios estaba?

Se había pasado el desvío hacia la oficina hacía diez minutos y había ido demasiado al sur. Maldiciendo en voz baja, tomó la salida y volvió a la autovía en dirección norte, y luego siguió escuchando.

—El astillero impulsó el auge y la caída durante generaciones. Bremerton creció con la afluencia de trabajadores en tiempos de guerra, y luego volvió a menguar durante la paz. Pero la ciudad sobrevivió, diversificándose hacia el turismo, la sanidad y el comercio. La revitalización convirtió su centro en un núcleo de cultura y vida nocturna. A través de todo ello, la ensenada permaneció, testigo silencioso de las mareas de la historia que dieron forma a la zona.

En su vida personal, Austin era ferozmente leal, pero no en lo que respectaba a dónde vivía. Como hijo de militar que había vivido por todas partes, había aprendido a no encariñarse nunca demasiado con ningún lugar.

Pero eso estaba cambiando.

Se estaba enamorando cada vez más de la zona, lo que solo conseguía indignarle aún más al ver que unos asesinos acechaban sus calles y sus aguas, matando a su antojo.

Apartándose del agua, se acercó a las oficinas del Departamento del Sheriff de Kitsap, donde el aparcamiento estaba abarrotado de coches, camionetas e incluso un par de furgonetas de televisión.

Aparcó detrás de una de las furgonetas, donde Kendall estaba de pie como una modelo posando para Vanity Fair y hablando con un reportero.

Austin suspiró y se bajó de la camioneta.

Esperaba que Ridley tuviera razón y que Kendall fuera tan buena como arrogante. *Necesitaba* que Ridley tuviera razón.

Fuera como fuese, ya estaba metido en el ajo y no había vuelta atrás.

8

—Ahora hay dos víctimas —dijo Lucy, pegando dos imágenes en la pizarra con cinta adhesiva.

Dio un golpecito en una que Austin reconoció como la primera víctima, Sandra Seville. —Ya sabéis lo de ella. —La foto mostraba a una Sandra sonriente colocando telarañas falsas sobre un arbusto en un gran jardín; su pelo rubio asomaba por debajo de una peluca roja de Annie—. La segunda víctima —continuó Lucy— es Karen Sturgis, de sesenta y ocho años, de Silverdale. Una enfermera jubilada que trabajó cuarenta y cuatro años en los hospitales del condado de Kitsap.

Karen Sturgis tenía el pelo canoso, casi plateado, y un rostro agradable que parecía despreocupado, casi etéreo, como si perteneciera al folleto de un retiro de meditación o una clase de yoga.

—La conocía —prosiguió Lucy.

Austin notó que se estaba emocionando, pero intentaba mantener la compostura.

—No mucho, pero Karen era especial para mí. Cuando mi abuela murió, ella era su enfermera. Pasó casi seis días enteros en el hospital y había escasez de enfermeras o algo así. Karen trabajó ochenta horas esa semana. Se acordaba de mi nombre. Me compró un refresco cuando mis padres no miraban. La vi en el hospital una

o dos veces al año desde entonces. Me decía que siguiera dándolo todo y pisando fuerte. —Lucy sonrió con tristeza y miró a Austin—. Toda víctima merece lo mejor de nosotros, ¿verdad?

Se refería a una placa que Austin tenía colgada en la pared, la misma que Fiona —quien había sido ayudante del fiscal del distrito en Manhattan antes de ser asesinada— tenía en su escritorio.

Cada segundo
de cada día
Toda víctima merece lo mejor de mí

Austin asintió.

—Ahora esto es personal para mí —continuó Lucy—. No hay nada que desee más que hacerme cargo de esto, pero no lo haré. He hablado con Rid y me ha aconsejado que os deje encargaros a vosotros dos. —Señaló a Kendall con la cabeza y luego a Austin—. No me decepcionéis.

Lucy se sentó y Jimmy se puso en pie. —Aparte de la marca en forma de corazón, hay algunas similitudes entre las víctimas. Ambas mujeres en la sesentena, ambas blancas, ambas de la zona. No hay pruebas de que se conocieran, aunque querréis seguir investigando eso. —Carraspeó—. Ambos casos no muestran signos de agresión sexual y, en su primer examen, el doctor Sawbones dijo que el estado de ambos cuerpos era casi idéntico. Cree que las mataron entre la medianoche y las dos de la madrugada, ahogadas mientras estaban vivas, *después* de hacerles la marca. A la primera víctima la drogaron con somníferos, y suponemos que a la segunda también, pero estamos esperando los resultados de su análisis toxicológico. —Jimmy se detuvo un momento y luego golpeó la pizarra con la palma de la mano. Volvió a mirar al grupo, avergonzado—. Lo siento. Este caso me está afectando. Mi madre me ha llamado esta mañana, con miedo a salir a la calle. Ella también está en la sesentena y… —Su voz se apagó.

Kendall dijo: —Si es el mismo tipo que cometió el asesinato del setenta y nueve, quizá haya envejecido a la par que sus víctimas. Entonces era joven y mató a una mujer joven, Miriam McKenzie. Ahora es mayor y mata a mujeres mayores. La forma de corazón me

hace pensar que está matando a mujeres con las que salía, o con las que quería salir. Mujeres que lo rechazaron. Es solo una idea.

—Podría ser —dijo Austin—. Pero no tenemos lo suficiente como para darlo por hecho.

—Volvamos a lo que tenemos de verdad —dijo Jimmy—. No se encontraron teléfonos móviles en ninguna de las víctimas. He revisado informes policiales o denuncias previas presentadas por las víctimas para ver si tenían disputas en curso o amenazas contra ellas. Ninguna. La compañera de piso de la segunda víctima, Karen Sturgis, cree que sabe la contraseña de su ordenador y podría darnos acceso a su correo electrónico. Así que eso es algo.

Kendall estaba tomando notas en un bloc de notas amarillo.

Jimmy se sentó y Lucy se levantó de nuevo. —Por ahora, investigad los asesinatos *actuales*. Oficialmente no estamos tratando esto como una continuación del pasado, aunque obviamente es una posibilidad.

—Eso es un error —dijo Kendall—, por supuesto que es el mismo asesino.

Lucy la miró entrecerrando los ojos. —Yo diría que es posible, pero no lo sabemos con certeza. Aquel viejo caso es famoso por aquí. Podría ser fácilmente un imitador. Además, en 1979 solo hubo una víctima y luego nada. ¿Por qué iba a reaparecer de repente el mismo asesino para matar a dos mujeres?

—Centrémonos en lo que tenemos delante —dijo Austin, tratando de relajar la tensión—. Tenemos material de sobra en la actualidad y, como has dicho, Kendall, los expedientes del caso antiguo son chapuceros de todos modos.

Kendall se levantó, sin apartar la vista de Lucy. —Solo digo que sé silbar y andar al mismo tiempo. El verano pasado trabajé en cuatro asesinatos a la vez. Resolví tres de ellos. Puedo investigar el presente mientras le echo un ojo al pasado.

Lucy asintió. —Bien. Haga lo que quiera.

Austin presionó las manos contra la mesa, intentando ocultar la irritación que sentía hacia Kendall y su manía de resaltar todas las cosas increíbles que había hecho.

—Entonces, ¿qué tenemos en realidad? —preguntó Austin.

Jimmy y Lucy se intercambiaron el sitio de nuevo. A Austin le había preocupado que su compromiso pudiera afectar negativamente a su relación laboral, pero parecía estar consiguiendo lo contrario. Seguía echando de menos a Ridley, pero ellos lo estaban llevando bien.

—Sospechosos —dijo Jimmy—. Bueno, personas de interés. Hay un podcaster famoso en la ciudad haciendo una de esas series de crímenes reales sobre el asesinato de 1979. Benjamin Gruberhaus. Se hace llamar Míster Asesinato, como si todo esto fuera un juego. Es de lo más turbio. Un cabrón depravado al que le encanta describir los casos con todo lujo de detalles macabros.

—Lo conozco —dijo Austin, con un claro deje de aversión en la voz. Gruberhaus había sido una de las muchas personalidades de los medios que se había puesto en contacto con Austin tras el caso del Carnicero de Bebés de las Fiestas. Austin, por supuesto, había rechazado su petición de entrevista, pero los cinco minutos que pasaron al teléfono le dejaron claro que o bien Gruberhaus estaba obsesionado de forma enfermiza con los asesinatos o simplemente se lucraba con ellos encantado. La forma en que había pedido detalles sobre las víctimas del Carnicero de Bebés aún le revolvía el estómago a Austin. Su pódcast tenía millones de oyentes.

—Gruberhaus tiene casi cuarenta años. No había nacido cuando ocurrió el primer asesinato —dijo Jimmy—, pero merece la pena investigarlo.

—¿Un imitador? —sugirió Kendall.

Jimmy se encogió de hombros. —La verdad es que no lo sé. Pero estaba en la ciudad haciendo preguntas antes de que mataran a Sandra Seville. Quizá empezó a matar solo para conseguir más descargas en su pódcast.

Por mucho que Austin detestara a Gruberhaus, dudaba que recurriera al asesinato para aumentar las cifras de su pódcast, aunque merecía la pena seguir esa pista. —¿Qué más? —preguntó.

—Otra testigo dijo que oyó a alguien tararear la canción *Close to You* sobre la medianoche, a cosa de ochocientos metros al sur de donde se encontró el cuerpo. Estaba corriendo y dijo que lo oyó cerca de la orilla.

—¿Una corredora a medianoche? —preguntó Kendall, pensando a todas luces lo mismo que Austin. Sonaba más a sospechosa que a testigo.

—Sí, corriendo. No tiene brazos —dijo Jimmy—. De la Marina. Doble amputada. Compite en los Juegos Paralímpicos. No es nuestra autora.

—Vale —dijo Kendall—, pero aun así...

Jimmy frunció el ceño. —¿Usted cree que talló esa forma de corazón con los pies?

—Solo digo que querré hablar con ella.

—De acuerdo —dijo Lucy—. ¿Hemos terminado?

Kendall se levantó y Jimmy se apartó, cediéndole la pizarra blanca. —Ya sé que usted quiere centrarse en el presente, pero... sígame la corriente, por favor. Greg Moran y Sarah Jalawitzki. Los dos mayores sospechosos del caso antiguo.

Lucy pareció irritada, pero le hizo un gesto con la mano como diciendo: *Date prisa.*

—Los dos únicos sospechosos reales del caso original —prosiguió Kendall—. Greg era uno de los exnovios de Miriam McKenzie y tenía problemas de ira. Había pegado a una novia anterior.

—Lo mencionó un amigo —añadió Austin—. Posiblemente golpeó a la víctima en la floristería cuando descubrió que estaba saliendo con otros. Les cortó la cabeza a un montón de rosas, y luego rompió algunos jarrones y demás.

Kendall asintió. —Murió hace tres años después de convertirse al cristianismo y mudarse a Texas.

—¿Entonces por qué demonios lo saca a colación? —preguntó Lucy—. Supongo que no será el principal sospechoso si murió *hace tres años*.

—Solo es por ser meticulosa. —Kendall se aclaró la garganta—. Luego estaba Sarah, una amiga de la que se pensaba que estaba celosa de Miriam. Se habían estado acostando con el mismo tío. No con Greg. Otro tipo cuyo nombre no figura en los expedientes. En aquel momento, un par de personas pensaron que quizá Sarah la había matado. Se mudó a la costa este. Estamos intentando localizarla.

Lucy la miró sin inmutarse. —¿Así que, después de todo eso, no tiene nada útil del caso anterior?

Kendall la fulminó con la mirada. —Todavía no sabemos qué es útil.

—Pueden revisar los expedientes por su cuenta si quieren —dijo Lucy—. Por ahora, hablen con el del pódcast. Hablen con el testigo que oyó a la persona tararear. Manténganse en contacto con los agentes locales que están peinando el barrio. Hablen con la compañera de piso de la segunda víctima. Entren en su ordenador, si es posible. Si pueden encontrar los móviles de cualquiera de las víctimas, genial, pero me da la sensación de que podrían estar a seis metros bajo la superficie de la ensenada de Dyes.

Austin miró a Kendall, que asintió hacia la puerta. —Lo primero —dijo ella—, tenemos que volver al lugar de los hechos. Donde se encontró el segundo cuerpo.

9

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó Austin, aunque fue más una afirmación que una pregunta.

Kendall gruñó algo ininteligible. Parecía estar muy concentrada en la conducción y Austin se preguntó si sería porque estaba acostumbrada a las concurridas y peligrosas carreteras de Los Ángeles.

Habían coronado una colina y, ante ellos, se extendía Dyes Inlet mientras el sol de última hora de la mañana relucía en el agua. Pequeñas olas lamían suavemente la orilla y, a lo lejos, unos veleros navegaban perezosamente con sus blancas velas ondeando suavemente con la brisa.

Austin bajó la ventanilla y respiró hondo; el aire fresco le llenó los pulmones mientras hacía una pausa para apreciar la magnífica vista. El aire tenía un frescor penetrante, un recordatorio del otoño que se avecinaba. Árboles de hoja perenne salpicaban las verdes y onduladas colinas que rodeaban la ensenada, y sus agujas susurraban suavemente en el aire fresco. Era una escena por excelencia del noroeste del Pacífico.

Dio un golpecito en el salpicadero. —Buena vista, ¿eh?

—Oh —dijo ella—. Sí, bueno, supongo. Pero que este sitio lleve «inlet» en el nombre no lo convierte en Malibú.

No podía discutirle eso, pero él preferiría Dyes Inlet a Malibú cualquier día. No es que no disfrutara de una bonita y soleada playa del sur de California. Pero las multitudes, el tráfico… Aunque la zona se había ido masificando cada vez más durante la última década, seguía siendo rural y estaba escasamente poblada en comparación con gran parte del país, especialmente con Los Ángeles.

Kendall aparcó detrás de otro coche de policía y salió de un salto. Austin la siguió hacia una zona que había sido acordonada con cinta policial amarilla. Periodistas y policías merodeaban por allí junto con algunos vecinos y curiosos.

Una bandada de gaviotas sobrevolaba la zona en círculos, graznándose fuertemente unas a otras mientras buscaban comida. Una papelera junto a una mesa de pícnic al lado del agua rebosaba de envoltorios, trozos de sándwich e incluso un pequeño montón de palomitas.

—Ahí —dijo Kendall, señalando a su izquierda mientras se agachaba para pasar por debajo de la cinta policial—. Ese es el señor Asesinato. El del pódcast.

Austin echó un vistazo hacia la orilla, donde un hombre corpulento con un traje negro que le quedaba mal sostenía un móvil en dirección a un hombre en albornoz. Parecía estar entrevistando a un vecino.

Detrás de ellos, un equipo de cámaras estaba filmándolo todo y Austin reconoció a la presentadora del programa sobre crímenes de la tele que había visto en su cafetería. Tenía el pelo rubio, tan claro que era casi blanco, y llevaba un traje de falda rojo y una expresión que parecía más de aburrimiento que otra cosa.

Austin suspiró. —Empecemos por los agentes.

—Estoy contigo. —Kendall ya se estaba acercando a un par de agentes uniformados que estaban de pie bajo un árbol cerca de la mesa de pícnic.

Austin oyó un chillido violento y levantó la vista. Algunas de las gaviotas descendieron hacia la basura desbordada, y sus fuertes graznidos y su frenético descenso interrumpieron el ambiente, por lo demás sombrío, de la escena. Un técnico de la científica se apartó de un salto mientras las descaradas aves se peleaban por los restos

de comida esparcidos alrededor de la basura, batiendo las alas agresivamente unas contra otras mientras competían por los bocados.

—¿Quién es usted? —preguntó una joven agente uniformada cuando se acercaron.

Austin no la conocía de nada y no pareció gustarle la seguridad con la que se habían agachado para pasar por debajo de la cinta policial.

—Detective Kendall Shaw —dijo su compañera, sin ni siquiera mirar a la joven agente—. Soy la jefa de investigación de este caso. —Le dio un codazo a Austin—. Él es Austin, un…

—*¿Usted* es Thomas Austin? —la interrumpió la joven—. En el periódico parecía diferente.

A Austin se le encendió la cara. —Era una foto antigua.

Después del atentado terrorista de Seattle, él había hecho todo lo posible para evitar salir en las noticias o en el periódico, pero el *Seattle Times* había publicado un artículo de todos modos, que también habían recogido los periódicos locales del condado de Kitsap. Habían utilizado una foto antigua del Departamento de Policía de Nueva York que habían sacado de internet.

—Soy Connie Nakimoto, segundo año en el cuerpo. —Le tendió una mano y Austin se la estrechó—. Le pediría que me firmara algo —continuó la joven agente—, pero eso sería…

—¿Poco profesional? —sugirió Kendall—. ¿Profundamente vergonzoso, profesionalmente humillante?

La mujer asintió con timidez. —Es que es increíble lo que hizo. Usted, Ridley y los demás.

—No fue nada —dijo Austin—. Usted habría hecho lo mismo.

Una gaviota solitaria descendió en picado de repente, casi rozándole la cabeza a Kendall en su prisa por coger un trozo de pan tirado cerca de sus pies. Kendall frunció el ceño con fastidio mientras el ave se tragaba su premio y alzaba el vuelo de nuevo; su graznido burlón resonó por la ensenada.

—Encantador —dijo Kendall, con la voz cargada de sarcasmo.

Austin tuvo que aguantar la risa.

—Vale —dijo Kendall—. Ahora que ya hemos catado los encantos locales, vayamos al grano. Agente Nakimoto, ¿verdad?

Nakimoto asintió y desvió la mirada de Austin a Kendall.

—Cuénteme qué ha pasado.

Nakimoto sacó el móvil.

—No es momento de ponerse con el TikTok —dijo Kendall con sequedad—. Es...

—Aquí tengo mis notas —replicó la agente Nakimoto.

Kendall se aclaró la garganta e hizo un gesto con la mano como diciendo: *¡De acuerdo, continúe!*

Nakimoto deslizó el dedo por la pantalla del móvil. —El cuerpo fue hallado entre una maraña de ramas debajo de ese árbol a las seis de la mañana por los basureros en su ruta de recogida habitual. Uno de ellos bajó desde la carretera para vaciar los contenedores y lo vio. Avisó desde su móvil y dejó la basura y todo lo demás intacto. Estuvo con su equipo —el conductor y el otro basurero— toda la mañana. No vieron nada. No oyeron nada. No tenemos nada.

Kendall suspiró. —¿Y encontraron a la víctima...?

—Desnuda de cintura para arriba, igual que la primera.

—La *segunda* —dijo Kendall.

Nakimoto no respondió, bien porque no lo relacionó con el primer caso o porque no quiso seguirle el juego a Kendall. —La marca con forma de corazón es muy similar a la de las fotos que vi.

Austin dijo: —Pero parece que la nueva víctima nos ofrece aún menos pistas que la primera. En cuanto a testigos y pruebas en el terreno.

—El cuerpo está ahora con el doctor Sawbones —dijo Nakimoto —. Quizá él les dé algo, pero sí. Me temo que aquí no hay mucho. Ni rastro de huellas, ni indicios de que el cuerpo haya sido arrastrado.

Austin miró hacia la carretera. —Es posible que alguien aparcara, se echara el cuerpo al hombro y lo bajara hasta aquí, y luego borrara las huellas en la tierra al volver, pero...

—Yo creo que lo han arrojado desde una barca —dijo Kendall—. Y que la corriente lo ha traído hasta aquí.

Austin estuvo de acuerdo. Era la hipótesis más probable.

—¿Cuántos agentes tiene yendo de puerta en puerta? —preguntó Kendall.

—Tres. Han visitado unas treinta casas de momento, de las varios cientos que lindan directamente con la ensenada.

—Bien —dijo Kendall, tomando notas en su bloc.

Austin levantó la vista hacia el cielo azul cuando, de la nada, dos gaviotas entrelazaron sus garras sobre sus cabezas, enzarzadas en una pelea en el aire por el envoltorio de una chocolatina. Sus graznidos estridentes y el batir de sus alas hicieron que todos miraran hacia arriba. Tan rápido como aparecieron, las aves en disputa se separaron, y una se alejó victoriosa con el envoltorio firmemente sujeto en el pico.

Kendall le entregó una tarjeta a Nakimoto. —Manténgase en contacto con los agentes que van de puerta en puerta. Infórmeme cada noventa minutos, tenga algo o no. Si un vecino ha oído estornudar a un ratón a las dos de la mañana, quiero el nombre del ratón y su número de la seguridad social. ¿Entendido?

No esperó respuesta. Ya subía por el sendero de tierra hacia la casa de Velma Wakefield.

10

Nadie me respeta... Os digo que, cuando nací, el médico abofeteó a mi madre.

Velma Wakefield bajó el volumen del álbum de monólogos que estaba escuchando en el tocadiscos y luego se sentó en el borde de un sillón, en vilo como un pájaro nervioso en el borde de una rama.

—¿Vivía usted en esta casa en 1979? —le preguntó Kendall.

—Sí.

—El señor Austin y yo hemos vuelto hoy porque nos gustaría hablar con usted sobre el asesinato original. Hemos leído sobre la víctima, pero me preguntaba..., usted tenía más o menos su edad en aquella época. ¿Hasta qué punto la conocía, si es que la conocía de algo?

—Dicen que si no puedes decir nada bueno de alguien... —La señora Wakefield bajó la mirada.

Le dije a mi madre: «Me voy a escapar de casa». Y ella me contestó: «En tus marcas».

Había algo incongruente en el sonido de un álbum de monólogos de Rodney Dangerfield sonando en aquella casa, que podría describirse generosamente como *rebosante de objetos de colección* o, sin generosidad, como *una pesadilla del síndrome de Diógenes*. Por no mencionar que el monologuista estaba en medio de una perorata sobre lo mal que lo había pasado de niño, lo que hacía que

el comportamiento remilgado y correcto de Velma resultara aún más extraño.

—Con el debido respeto hacia usted y hacia la víctima —dijo Kendall con tono firme—, preferiríamos oír la verdad, si no le importa.

De niño, mi madre solía mecerme con piedras, y de las grandes.

—A Miriam se la conocía por ir de uno a otro —dijo Velma—. ¿Le parece bien si lo dejo ahí?

—¿Tenía muchos novios? —preguntó Kendall.

Velma asintió. —Algunas de nosotras, las chicas —y esto no era muy cristiano por nuestra parte—, la llamábamos *Mmmmm*, porque eso es lo que decían los chicos cuando la veían.

Austin estaba confuso. —¿*Mmmmm*, como si fuera un plato delicioso?

—Miriam Maria McKenzie. Tres emes seguidas, y nosotras simplemente añadimos más y... No sé. Sinceramente, es probable que estuviéramos celosas de toda la atención que recibía.

—¿Conocía a alguno de ellos? —preguntó Austin—. ¿A alguno de los hombres con los que salió?

—A Greg lo conocía todo el mundo. Yo no aprobaba su forma de vida, pero no merecía que le dieran una paliza.

Aquello captó la atención de Kendall. —Greg Moran. ¿Lo vio usted? ¿Vio cómo le pegaba a Miriam?

—Yo no lo vi personalmente, pero sí lo vio una amiga mía. Justo en la floristería donde trabajaba. —Velma negó con la cabeza—. He oído que falleció.

—Así es —dijo Austin—, aunque eso no significa que sea inocente. Todavía no sabemos con seguridad si los casos están relacionados.

Recuerdo cuando me secuestraron. Les enviaron un trozo de mi dedo a mis padres. Mi padre dijo que quería más pruebas.

—¿Y qué hay de Sarah? —Kendall bajó la vista a su cuaderno—. ¿Sarah Jalawitzki?

—Era peor que Greg —dijo Velma—. Un ser humano terrible, y lo siento, no digo eso a la ligera.

—¿Puede ser más específica? —preguntó Austin—. Fue una de las sospechosas cuando murió Miriam y...

—Lo sé —dijo Velma—. Salió en los periódicos de la época. Nunca pensé que lo hubiera hecho, pero, ya se sabe, nunca se sabe, ¿verdad?

—En el expediente —dijo Austin—, se mencionaba que podrían haber estado saliendo con el mismo hombre. ¿Tiene alguna idea de quién podría haber sido?

Velma negó con la cabeza. —Podría haber sido cualquiera.

—Se mencionó que posiblemente era mayor —dijo Austin, intentando refrescarle la memoria—. Greg tenía más o menos la misma edad, así que supongo que sería uno de los otros tipos con los que salía.

—Y cree usted... —Velma se tapó la boca como si la idea fuera demasiado terrible, a pesar de que había estado especulando al respecto momentos antes. Tenía una forma de ser extraña, como si hubiera estado sola tanto tiempo que sus reacciones no estaban sincronizadas con las interacciones humanas típicas. Su ritmo al hablar era como el de los monologuistas que escuchaba en el tocadiscos; hacía una pausa para obtener una reacción, igual que los cómicos esperan a que la gente se ría entre chistes—. ¿Cree que Sarah pudo haber matado a Miriam... por ese hombre?

—Estamos intentando localizar a Sarah —dijo Kendall con tono neutro—. Pero también nos gustaría saber el nombre de algún hombre con el que salieran las dos.

Velma se encogió de hombros y se cruzó de brazos. —Había demasiados como para llevar la cuenta.

Austin miró a Kendall e indicó la puerta con un gesto de la cabeza. Aquello no iba a ninguna parte y tenían que ir al apartamento de la víctima más reciente.

Mientras se marchaban, Velma subió el volumen de su tocadiscos y el monólogo de Rodney Dangerfield los acompañó hasta la salida.

Le pregunté a mi viejo si podía ir a patinar sobre hielo en el lago. Me dijo: «Espera a que haga más calor».

Karen Sturgis había vivido en el segundo piso de un pequeño dúplex en Bremerton, a solo unos kilómetros de la casa de Velma Wakefield. Su compañera de piso, una mujer mucho más joven, contestó a la puerta y se asomó por una rendija, paseando sus ojos oscuros del rostro de Kendall al de Austin.

—¿Quiénes son ustedes? —espetó—. No serán esos buitres de la tele, ¿verdad?

Kendall se presentó y, tras un breve tira y afloja, convenció a la mujer para que los dejara entrar. En el salón, un cuadrado perfectamente ordenado con moqueta blanca, paredes blancas y un sofá de cuero blanco, se presentó como la inquilina de Karen, Sonya Machado. Era casi tan alta como Austin, que calculó que mediría cerca del metro ochenta, pero su lenguaje corporal la hacía parecer más menuda. Estaba desplomada en un sillón reclinable de cuero blanco, con los hombros encorvados y los ojos moviéndose de un lado a otro como si temiera que alguien saltara de detrás de las estanterías encaladas, que solo contenían jarrones vacíos, figuritas decorativas de gatos y otros objetos de exposición.

—Parece usted nerviosa —dijo Austin.

—Los cabrones de la prensa llevan llamando toda la mañana. ¿Cómo han conseguido mi número? ¿Y el del pódcast? También ha venido. El señor Asesinato. ¿No debería haber alguna ley que obligue a la gente a dejarte en paz cuando tu casera se muere?

—Dice «casera» —observó Kendall—. ¿No tenían una relación estrecha?

Sonya sopesó la pregunta. —Nos llevábamos bien, pero no éramos íntimas. Casi cuarenta años de diferencia, y yo solo llevo aquí seis meses. Era muy *su* casa, pero cobraba una pensión y ya no podía permitírsela ella sola.

—¿Qué la trajo a este anuncio? —preguntó Austin.

—Mi marido me puso los cuernos y lo mandé a paseo. Después de seis años de matrimonio. He vuelto a estudiar. Para sacarme el título de enfermería. En el Olympic College.

—Me alegro por usted —dijo Kendall—. ¿Le comentó Karen alguna vez si había recibido amenazas o si había visto a gente extraña rondando la casa?

—Estoy en clase todo el día y trabajo en Wal-Mart los fines de semana. No hablábamos mucho.

—No ha respondido a mi pregunta —dijo Kendall, tajante.

Austin le lanzó una mirada, pero Kendall lo ignoró.

—No —dijo Sonya—. Aunque sí que salía con hombres. La primera noche que pasé aquí me preguntó si podía enseñarle a usar *Las Aplicaciones*. —Sonya soltó una risita—. Me hizo gracia, porque no dijo, por ejemplo: «Enséñame a usar Tinder, o Match, o Bumble». Dijo *Las Aplicaciones* y sujetó el móvil con las dos manos como si fuera un pergamino misterioso de esos libros de fantasía antiguos que le gustaban. No sé, me pareció gracioso.

—¿Y le enseñó a usar las aplicaciones? —preguntó Austin.

Sonya asintió. —Al final nos decidimos por *Golden Connections*. Funciona igual que las aplicaciones que uso yo, pero es para gente mayor. Tenía al menos una cita a la semana.

Kendall se puso en pie. —Vamos a echar un vistazo.

Sonya los condujo escaleras arriba hasta el piso de Karen, donde un pequeño rellano daba a dos puertas: un dormitorio y un cuarto de baño.

—Es un sitio pequeño —dijo Sonya—, y como su estilo era muy diferente al mío, tuvo que alquilar un trastero cuando me mudé. —Sonrió con tristeza—. Era parte del trato. A mí me gustan las cosas ordenadas y sencillas, en blanco y negro. Como pueden ver, ella era muy diferente.

Austin examinó el dormitorio, que estaba ordenado pero lleno de cosas. Las paredes estaban cubiertas de pósteres coloridos de películas y libros, y un enorme tapiz que parecía representar una escena de la Comarca de *El Señor de los Anillos* o *El Hobbit*. Austin no estaba seguro de cuál.

—Las citas, ¿mencionó a alguien en concreto? —preguntó Kendall.

Sonya ladeó la cabeza y se pasó la coleta de un lado del cuello al otro. —Estaba el camarero de Poulsbo. Eso fue hace ya un tiempo.

Un marine que, según ella, era muy agradable, pero no hubo chispa. Y el último. Había salido con él dos veces.

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Austin mientras registraba el armario de ella.

—Dijo que era muy divertido, pero... no creo que mencionara su trabajo. Comentó algo sobre que le preocupaba que estuviera sin un duro. —Levantó las manos en un gesto defensivo—. No es que fuera una esnob con el dinero ni nada de eso, pero no buscaba a un hombre al que tener que mantener.

—¡Bingo! —dijo Kendall desde el otro lado de la habitación. Se había puesto unos guantes azules y sostenía un portátil fino y negro —. Nos han dicho que quizá sepa usted una contraseña.

Sonya se encogió de hombros. —Puedo darles la contraseña compartida del wifi. Una vez dijo que usaba la misma contraseña para todo porque era la única que podía recordar.

Kendall le entregó a Sonya su libreta y ella garabateó algo.

—¿*Eowyn1958!*? —dijo Kendall la contraseña como si fuera una pregunta.

—El año en que nació fue por el cincuenta y ocho —dijo Austin.

Sonya señaló el tapiz de la pared. —Y Eowyn es un personaje de *El Señor de los Anillos*. Le encantaban esos libros y esas películas.

Kendall metió el portátil en una bolsa de plástico transparente. —¿No ha visto su móvil, verdad?

Sonya negó con la cabeza. —Probablemente lo llevaría encima, supongo.

—El problema de los móviles —dijo Kendall— es que son la agenda, el registro de llamadas, la libreta. Todas las pistas que utilizamos para encontrar cosas están ahora en un solo lugar que se puede tirar al agua. Pero esto sin duda ayudará.

Se dirigió hacia la puerta. —Sonya, he visto un colgador de llaves junto a la puerta. Había una pequeña suelta, con una anilla de goma, de color arcoíris.

—¿Se ha fijado en todo eso? —preguntó Sonya, guiándolos de vuelta por las escaleras hacia la puerta principal.

Kendall cogió la llave. —Es del trastero, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Sonya.

Kendall dijo: —Gracias, Sonya. Estaremos en contacto. —Y salió.

Ya en el porche, Kendall levantó su teléfono, pero no el tiempo suficiente para que él pudiera leer el documento que se mostraba en la pantalla. —Informe preliminar del Matasanos. El estilo de las laceraciones en su espalda, la forma de la muerte, todo idéntico. A ver, que ya sabíamos que era el mismo tío, pero está confirmado. Y restos de somníferos. El mismo en *ambas* mujeres.

—Eso explica la falta de heridas de defensa —dijo Austin.

Ella asintió. —Vámonos al trastero.

—¿Cómo supiste lo de la llave? —preguntó Austin.

—Sabía que era de Karen por todo el colorido. Sonya nunca tendría una anilla arcoíris brillante en su llave. Además, la forma ovalada y el corte asimétrico de la cabeza de la llave son típicos de los trasteros. Hace que sea más difícil copiarlas y mejora la seguridad.

Austin se subió de un salto al asiento del copiloto.

Cada vez se sentía más cómodo con Kendall y tenía que admitir que era observadora. Además, ahora que estaban trabajando, tenía menos tiempo para hacer comentarios sarcásticos.

11

—Nos están siguiendo —dijo Austin mientras Kendall entraba en el aparcamiento de Dan's Kitsap Storage.

Kendall apagó el motor y miró por el retrovisor.

—Está a las nueve —dijo Austin—. Un SUV rojo. Pequeño, como un Kia Soul o algo así.

Kendall miró con disimulo. —He visto ese coche antes en el Inlet, antes de que fuéramos a casa de la señora Wakefield. Bien visto, Nueva York.

Austin no se había percatado del coche antes en el lugar de los hechos, pero se había dado cuenta unas seis manzanas atrás, cuando Kendall se saltó un giro y tuvo que dar la vuelta a la manzana. El SUV rojo había hecho lo mismo.

—¿Cómo quieres que lo gestionemos? —preguntó Austin.

—Probablemente sea un periodista y, por mucho que me gustaría, no podemos impedir que nos sigan el rastro.

Austin volvió a mirar, pero no pudo ver al conductor por el reflejo en el parabrisas. —Me juego diez pavos a que es el del pódcast.

—Ignóralo por ahora. Vayamos al trastero. Si espera aquí en el aparcamiento, nos encararemos con él al salir. Si nos sigue hasta el trastero..., bueno, entonces estará invadiendo la propiedad del guardamuebles e imagino que podré convencer al dueño para que presente cargos.

Austin sonrió. —Eres retorcida, pero si se trata del señor Asesino, suponiendo que sea él, me parece perfecto.

Entraron en la oficina, donde un adolescente con la cara llena de acné les abrió la verja para que accedieran a la zona de pasillos exteriores, flanqueada a ambos lados por trasteros metálicos de tres por tres metros.

—Es el sesenta y dos —dijo, señalando con el pulgar en dirección al trastero, claramente más interesado en lo que fuera que tuviera en la pantalla del móvil que en la investigación de ellos.

Austin echó un vistazo al aparcamiento a través de la valla metálica. El SUV rojo estaba aparcado en una esquina lejana, pero no parecía que nadie los estuviera siguiendo. —¿Qué ocurre ahora que la propietaria ha fallecido? —le preguntó al adolescente.

El chaval no levantó la vista del móvil. —Si la familia no lo reclama, estamos legalmente obligados a guardarlo hasta que venza el contrato. Luego publicamos un aviso y, finalmente, podemos deshacernos de su contenido o subastarlo para saldar la deuda pendiente. —Sin dejar de mirar el móvil, volvió a toda prisa a la oficina.

Kendall abrió el trastero, que estaba atiborrado de cajas y muebles cubiertos con sábanas amarillentas. Las motas de polvo flotaban en los haces de luz que se filtraban por la puerta enrollable, prueba de que había pasado tiempo desde la última vez que alguien había entrado en aquel espacio. El olor a humedad de los libros y las telas viejas impregnaba el aire viciado. En una esquina se apilaban de cualquier manera cajas de cartón con las etiquetas «Cocina» y «Ropa de cama», mientras que un sillón antiguo y el armazón de madera de una cama ocupaban la otra, sepultados bajo un montón de colchas.

Austin estaba impresionado con Kendall, pero aún quería entenderla mejor, sobre todo su aversión por la zona. Mientras rebuscaban entre las pilas y las cajas, preguntó: —¿Me recuerdas cuándo te marchaste de Kitsap?

—Cuando tenía dieciséis años. Terminé el instituto dos años antes. Cursos de verano. Cualquier cosa con tal de largarme de aquí.

—Sostuvo una foto enmarcada y autografiada de un hombre vestido de mago—. De verdad que le encantaban esas películas.

—¿Vuelves por tus padres, o...? —Austin dejó la pregunta en el aire.

Kendall no respondió. Estaba inspeccionando una pared frente a la puerta, cubierta por una estantería a rebosar de novelas, cachivaches y montones de revistas *National Geographic*. Un cortacésped y una caja de herramientas completaban la ecléctica colección, escondidos junto a varios contenedores de plástico en los que ponía «Adornos de Navidad» con rotulador permanente. —Aquí no hay nada —dijo—. Solo trastos. Ni cartas, ni diarios, ni nada. Parece que en 2023 las pistas solo salen de los móviles o los portátiles. Cuanto antes consigamos acceder a ese portátil, mejor.

Austin estaba de acuerdo. —Sabes, yo viví por aquí de niño. Mi madre estaba en la Marina.

—Ah —dijo Kendall.

—Viví por todas partes. ¿Y tú? Solo en L.A. o...

Kendall se giró de repente y se encaró con Austin. —¿No soy muy de charla trivial, así que déjame en paz, vale?

Austin levantó las manos y se echó hacia atrás. —Perdona, perdona... solo intentaba conocerte un poco. Creo que empezamos con mal pie y..., bueno, solo quiero decir que eres buena en esto. Respeto tu forma de trabajar.

Ella pareció relajarse un poco.

—No todo el mundo va a por ti —dijo Austin—. Somos un equipo, ¿vale?

—Si hablo de mi vida, vamos a llegar a por qué me fui de aquí, y ahí es donde no quiero volver.

Austin salió del contenedor a la luz del sol. Miró en ambas direcciones por el pasillo exterior. Seguía sin haber rastro de la persona del Kia rojo. Un tipo como el señor Asesino estaría encantado de ser una molestia, pero no sería tan tonto como para allanar una propiedad delante de las mismas personas que podrían detenerlo por ello.

—A veces ayuda hablar —dijo.

Kendall lo siguió afuera y cerró la puerta metálica del contenedor. Entrecerró los ojos al mirarlo, con el sol brillante dándole en la cara. Era una mirada extraña, como si lo estuviera evaluando. —No sé por qué te estoy contando esto, pero… —soltó una bocanada de aire—. Técnicamente somos compañeros, así que supongo que tienes derecho a saberlo. —Se dejó deslizar por la puerta del trastero hasta quedar sentada y cruzó las piernas, con un aspecto fuera de lugar con su chaqueta de cuero brillante y su pelo negro perfectamente peinado.

—Mi madre se suicidó. Aquí mismo. Se ahogó en Dyes Inlet cuando yo tenía siete años. Mi padre me crio. —Su voz era inexpresiva, como si estuviera leyendo la guía telefónica o recitando frases memorizadas.

Austin se agachó para intentar cruzar su mirada, pero ella se la rehuía.

—No me mires —dijo—. Sé que parezco una asesina en serie. No puedo permitirme ninguna emoción ahora mismo, pero querías saberlo, así que te lo estoy contando. De la única manera que sé. —Tras una larga pausa, durante la cual Austin se reincorporó, ella continuó—. Mi madre era suquamish; mi padre, blanco. Había estado deprimida, y en aquella época se hablaba menos de la salud mental. Tenemos mucho trauma generacional, ¿sabes? Además, por aquel entonces, había incluso menos apoyo para los miembros de la tribu, sobre todo cuando se marchaban de la reserva, que es lo que hizo mi madre cuando conoció a mi padre. En fin, se suicidó y mi padre me crio. Eso es todo. Cuando murió, perdí la poca conexión que tenía con la tribu. Papá lo hizo lo mejor que pudo, es increíble. *Era* increíble. Murió hace cuatro meses, que es una de las razones por las que he vuelto. —Se puso en pie y lo miró por primera vez—. Bueno, ahora ya conoces mi historia y estamos en paz, porque yo leí la tuya en internet. —Le dio un puñetazo suave en el hombro—. Solo un par de detectives con traumas emocionales —bueno, un *exdetective*— intentando huir de nuestro pasado.

Austin soltó una risa incómoda. —¿Un poco cliché, no? —Como no respondió, añadió—: Te agradezco que me lo hayas contado. Y

siento mucho todo. No tenemos que volver a hablar de ello a menos que tú quieras.

Mientras volvían a cruzar la oficina hacia el aparcamiento, Austin intentó atisbarle la cara, pero ella mantenía la vista al frente. Podía respetarlo. Después de lo que había pasado, no podía culparla por no querer hablar de ello, y casi se arrepintió de haberla presionado para que le diera información.

—Mira —dijo Kendall de repente—. A tus tres en punto.

Un hombre de entre cincuenta y tantos y sesenta y pocos años estaba apoyado en el capó del todoterreno rojo, leyendo un periódico. Era casi calvo y sus carnosas mejillas tenían el mismo tono que el vehículo.

No era el del pódcast. De hecho, Austin no tenía ni idea de *quién* era, salvo que le resultaba vagamente familiar.

Kendall no esperó a que Austin respondiera. Miró directamente al hombre y aceleró el paso. Cuando estaba a unos cincuenta metros, él levantó la vista de repente, tiró el periódico y saltó al asiento del conductor.

El motor ya estaba en marcha y el hombre pisó el acelerador a fondo, haciendo chirriar las ruedas del todoterreno hacia la salida. Kendall se quedó paralizada. Austin se movió hacia el coche, preparándose para una persecución.

Justo en ese momento, un camión de mudanzas de gran tamaño entró en el recinto y se detuvo. El conductor había calculado mal el giro y estaba esperando para dar marcha atrás hacia el tráfico y corregir el ángulo.

Con la entrada y la salida bloqueadas, el hombre que conducía el todoterreno frenó en seco, casi chocando con el camión de mudanzas. Atrapado, lanzó una mirada por la ventanilla y estableció contacto visual con Austin.

No parecía una amenaza. Parecía más asustado que otra cosa.

Austin dio unos pasos hacia el todoterreno, haciéndole un gesto para que bajara la ventanilla. Vio el pánico en los ojos del hombre, el sudor corriéndole por las mejillas. Con un giro violento del volante, subió el coche al bordillo, intentando cruzar una mediana cubierta de mantillo y plantas.

El coche se quedó empanzado y las ruedas empezaron a girar en el aire.

El hombre saltó del coche y echó a correr, mirando hacia atrás. Austin dio unos pasos, con la intención de perseguirlo a pie.

—Espera —lo llamó Kendall—. ¡Austin, para!

Él se detuvo y se giró.

—No vamos a perseguirlo a pie —dijo ella.

Austin se volvió hacia el hombre, que estaba cruzando la calle corriendo. Llegó al otro lado y se agazapó entre dos pequeñas autocaravanas en un aparcamiento de coches de segunda mano.

De vuelta en el coche, Kendall estaba dando por radio la descripción del hombre y pidiendo que enviaran cualquier unidad disponible al barrio.

Austin dio un portazo. —¿Por qué me has parado? Podría haberlo cogido.

—Las persecuciones a pie son peligrosas y, en este caso, innecesarias. He oído que tienes fama de ir por libre. Podrías hacerte daño o, lo que es peor, herir a un civil. —Levantó una cartera y la documentación del vehículo—. Además, tenemos esto. ¿Tienes idea de quién es Douglas Daniels? Me suena ese nombre de algo.

Austin cogió la documentación del vehículo. —Douglas Daniels II, con domicilio en Bremerton.

La comprensión lo golpeó como un rayo directo al cerebro. Por eso le había resultado familiar.

—Douglas Daniels es el hermanastro del sheriff Daniels, nuestro jefe.

—¿Por qué iba a pedir el sheriff Daniels a su hermano que nos siguiera y por qué echaría a correr cuando…? —dejó la frase en el aire, negando con la cabeza—. Esto es demasiado. Tenemos que llevar ese portátil a la oficina. Ver si la contraseña funciona y, suponiendo que no, si Samantha puede descifrarla.

—Seguro que puede —dijo Austin.

Mientras salían del aparcamiento, a Austin se le revolvió el estómago. No sabía por qué el hermano del sheriff Daniels los estaría siguiendo, pero, fuera cual fuera la explicación, de ningún modo podía ser buena.

PARTE II

CAJA EN FORMA DE CORAZÓN

12

Lucy llevaba poco tiempo en el puesto, pero ya había adoptado uno de los gestos característicos de Ridley. Austin la observó mientras recorría de un lado a otro la pequeña sala de reuniones, con las mejillas hinchadas mientras soltaba lentamente un fino hilo de aire y la frente tensa por la frustración.

Austin y Kendall la habían llamado para contarle su encontronazo con Douglas Daniels. Ella les había dicho que volvieran a la oficina y no hicieran nada hasta que llegara. Durante los últimos dos o tres minutos, había estado paseando en silencio mientras sopesaba su siguiente paso.

—Esto es lo último que necesitaba esta semana —dijo por fin—. Jimmy, cierre la puerta.

Jimmy se levantó y cerró la puerta tras mirar a ambos lados del pasillo.

—Decir que es un tema delicado es como…

Como Lucy se quedó a medias, Jimmy terminó la frase por ella. —Como decir que los Seahawks son una franquicia deportiva local con cierta popularidad. Quedarse *muy* corto.

—Exacto —dijo Lucy—. Como saben, Daniels, nuestro jefe, se presenta a gobernador y va en cabeza. Las elecciones especiales son en dos semanas. Conocí a Douglas una vez, en una barbacoa del departamento o algo así. Es… ¿cómo lo diría usted, Jimmy?

Jimmy apretó una pelota antiestrés de goma y se la lanzó de una mano a otra. —Es especial. A ver, no es que lo conozca bien, pero en esa barbacoa se emborrachó como una cuba y vomitó en el tobogán. —Negó con la cabeza—. Ver a un hombre hecho y derecho echar la pota en un tobogancito rosa para niños no es algo que se olvide. La patrulla local aún no lo ha encontrado y se están llevando su coche.

La puerta se abrió de repente y todos levantaron la vista. Austin se sintió aliviado al ver a Samantha con una caja de sándwiches.

—Tranquilos todos —dijo ella—. Para empezar, traigo comida. Y segundo… —cerró la puerta con el pie—, Daniels está en el este de Washington. Está haciendo una gira por todos los condados, besando niños y cortando cintas en inauguraciones de fábricas. Probablemente no volverá hasta dentro de un par de días. Así que tenemos algo de tiempo para investigar a su hermanastro antes de que se entere.

—¿Cómo sabía usted lo de Douglas? —preguntó Austin.

Samantha señaló a Lucy con la cabeza. —La nueva jefa me lo cuenta todo.

Lucy se sentó y le hincó el diente a un sándwich club. —Me imagino que la tecnología va a desempeñar un papel cada vez más importante en lo que hacemos de ahora en adelante.

Jimmy añadió: —Dentro de no mucho, todos estaremos trabajando para Samantha.

Mientras comían, Samantha resumió lo que había averiguado sobre Douglas Daniels. Por su descripción, parecía que era un bala perdida. Alcohólico. Sin familia. Unos años mayor que su jefe, era producto del primer matrimonio de su padre y nunca había tenido un trabajo estable; se limitaba a vivir de los chanchullos que le conseguía su poderoso hermano.

—El padre de ambos, Doug sénior —dijo Samantha—, también fue sheriff del condado de Kitsap, hace ya mucho tiempo. Esta familia es o bien la realeza local o un ejemplo de la corrupta red de amiguetes que ha dirigido los departamentos del sheriff de tamaño pequeño y mediano durante años.

—Otra razón por la que esto es delicado —dijo Lucy.

Jimmy le quitó el pan a su sándwich y se lo dio a Lucy, que lo dobló en una servilleta. Al ver que Austin la miraba fijamente, dijo: —¿Qué? Él no toma hidratos y ahora mismo estamos mirando hasta el último céntimo. Mañana servirá para unas buenas tostadas.

Kendall, que había estado callada un buen rato, dijo: —Lleva usted diez minutos diciéndonos lo delicado que es esto, pero no le he oído decir que no lo investiguemos.

—Y no lo oirá —dijo Lucy.

Kendall bebió un sorbo de un refresco light. —Bien, pero no tenemos mucho con lo que empezar.

—Sí que tienen —la corrigió Samantha, entregándoles a ella y a Austin una hoja de papel a cada uno—. He confirmado que Douglas Daniels no tenía ningún trastero alquilado allí, así que está claro que los seguía. El coche está a nombre de su exmujer, Stacy. La dirección está al sur de aquí, cerca de la base naval.

Austin echó un vistazo al papel. —¿Y esta dirección de Silverdale?

—La última dirección conocida del propio Douglas. Un edificio de apartamentos cochambroso justo al lado de la autopista. No estoy segura de si sigue viviendo allí.

—¿Y el portátil de Karen Sturgis? —preguntó Kendall.

—La contraseña no ha funcionado —dijo Samantha—. Tengo a mi ayudante con ello. Entraremos en ese trasto enseguida.

—El correo electrónico —dijo Kendall—. La agenda, si la llevaba en formato digital y la sincronizaba con el móvil. No hemos encontrado ninguna de papel en su casa. Y también si hay cualquier cosa de aplicaciones de citas, compatibilidades o mensajes privados...

—Estoy en ello —contestó Samantha—. Los tendrá en cuanto los tenga yo. ¿Le envío un mensaje?

Kendall asintió. —Tiene mi número.

—Entonces tenemos a Douglas —dijo Lucy—. ¿Y los demás?

—Por fin he tenido noticias de la hija de Sarah.

—¿Qué Sarah? —preguntó Lucy.

—Jalawitzki —respondió Kendall—. La que fue sospechosa en el caso original. Vive en la costa este. Y atención a esto: la atropelló un

coche hace diez días. Está viva, pero sigue en el hospital, con las dos piernas rotas. Así que no es quien buscamos.

—En los asesinatos *recientes* no —la corrigió Lucy.

Kendall la despachó con un gesto de la mano. —Es el mismo tipo. Si no es ella en los recientes, tampoco lo era entonces.

—No empecemos otra vez con esto —dijo Lucy.

Kendall asintió, luego se giró para inspeccionar su sándwich, que procedió a envolver de nuevo y a empujar hacia el centro de la mesa. —¿Alguien lo quiere?

—¿No tienes hambre? —preguntó Austin.

—Lleva verdura.

Él se encogió de hombros, confuso.

—Solo como verdura si está frita.

Lucy dio unos golpecitos en la pizarra. —Bueno, Kendall, Austin, intenten localizar a Douglas. Primero la dirección de su casa, luego la de su exmujer. Jimmy y yo vamos a hablar con ese podcaster. —Echó un vistazo a su alrededor—. ¿Todo el mundo de acuerdo?

Austin le lanzó una mirada a Kendall, que asintió y se dirigió a la puerta.

13

Stacy Holmes, quien hasta hacía poco había sido Stacy *Daniels*, vivía en una casa sorprendentemente bonita junto al agua, cerca del puente Manette. Por la descripción que Samantha había hecho de su marido, Austin había supuesto que ella también estaría en la ruina, pero se había equivocado.

Cuando llegaron, el sol se estaba poniendo y Stacy estaba sentada en una silla de metal, vapeando marihuana y pintando en su jardín, que era uno de los más bonitos que Austin había visto en su vida.

Un asistente estaba de pie a su lado, pasándole diferentes pinceles y, de vez en cuando, rellenándole una copa de sangría de una jarra que reposaba sobre una preciosa mesa metálica en el césped.

Rondaba los sesenta años y tenía la piel tan tirante que parecía estirada sobre una cara una talla más grande de lo que le correspondía. Los saludó con una sonrisa amable y ebria, pero no dejó de pintar mientras se presentaban.

Kendall dijo:

—Estamos aquí por Douglas, señora Holmes. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Por supuesto, aunque debo advertirles. Voy por mi segunda sangría y siempre vapeo cuando pinto. Ayuda a que fluyan los jugos

creativos.

—No hay problema, señora Holmes —dijo Kendall—. ¿Podemos llamarla Stacy?

Ella levantó la vista, sopesándolo.

—No, no pueden.

Austin se aclaró la garganta.

—Señora Holmes, Douglas ha huido de nosotros hoy y ahora se le considera desaparecido. Hay agentes vigilando la puerta de su casa en Silverdale y no ha aparecido. ¿Tiene alguna idea de dónde podría haberse escondido? ¿Algún lugar donde se sienta seguro?

Ella bufó.

—Ni idea.

—¿Le importa que le pregunte —dijo Kendall— si estaba saliendo con alguien?

—¡Lo dudo! Doug era lo que los chavales llaman «un beta». Lo que mi generación llamaba «un calzonazos». Tuve varias aventuras durante nuestro matrimonio, solo para intentar provocarlo, y nunca hizo nada.

Sus palabras no eran exactamente balbuceos, pero estaba claramente en un punto intermedio entre la desinhibición y el aturdimiento. A menudo, pensó Austin, este era el mejor tipo de persona a la que interrogar.

Kendall rodeó el caballete y la silla y luego dijo:

—No parece que le tenga mucho aprecio. Si me permite la pregunta, ¿por qué se casó con él, señora Holmes?

Stacy sonrió.

—Yo venía de una familia con dinero y él, de una buena familia de la zona. En aquel momento, pensé que sus contactos familiares me ayudarían con mi negocio. Además, supongo que lo quería.

—¿A qué negocio se refiere? —preguntó Austin.

—Al inmobiliario. Empecé en Seattle, pero me mudé aquí y monté mi propia empresa cuando la competencia se volvió demasiado feroz en los noventa. Fue la mejor decisión que he tomado, además, porque Homes by Holmes es la segunda inmobiliaria más grande del condado. —Se rio—. Habría sido aún

más grande si no hubiera cambiado mi apellido a Daniels durante una temporada.

—He oído hablar de su empresa —dijo Austin.

Ella sonrió ante el comentario y bebió un sorbo de sangría, pero no dijo nada.

—¿Y la casa? —preguntó Kendall.

—Teníamos un acuerdo prenupcial. Él nunca ganó un céntimo mientras estuvimos casados y lo dejé tan sin blanca como el día que nos conocimos. —Parecía profundamente satisfecha con ese hecho.

Austin preguntó:

—¿Habló alguna vez del caso de la chica que apareció ahogada en el setenta y nueve? ¿La que encontraron con un corazón tallado en la espalda?

Stacy dejó de pintar de repente y le entregó el pincel a su silencioso asistente.

—Esperen, no pensarán que… —Miró de Austin a Kendall y, de pronto, estalló en una carcajada. Fue una risa húmeda y desaliñada que no encajaba con su aspecto refinado.

—¿Fue violento con usted alguna vez? —preguntó Kendall.

—¿Doug? No. ¿Un perdedor? Sí. ¿Un idiota? Sí. ¿Violento? Nunca.

—Solo para que conste en el informe —continuó Kendall—, ¿hay alguna razón para creer que pudiera estar implicado en los recientes asesinatos de Dyes Inlet? ¿O en el del setenta y nueve?

—Entonces tenía catorce años —dijo ella con desdén.

—No sería la primera vez que un adolescente mata a alguien —señaló Austin.

Stacy despidió al asistente con un gesto y se puso de pie. —Douglas Daniels es como si a Forrest Gump se le hubiera caído al suelo de cabeza cuando era un bebé. Es más tonto que una piedra. Tiene el carisma de una roca. Es tan interesante como un cuaderno en blanco. Y más corto que las mangas de un chaleco. No solo es que no fuera nunca violento, es que es rematadamente estúpido para planear matar a nadie, y mucho menos para ocultarlo durante cuatro décadas —volvió a reírse—. Si están buscando a un tipo culpable de pasarse la vida tocándose la barriga sin conseguir nada, mi ex es culpable como el que más. ¿Un asesino? No.

Permanecieron en silencio, escuchando cómo la brisa mecía los frondosos árboles que salpicaban el jardín.

Stacy dijo: —Tengo que ir al baño, pero si quieren pasar, puedo enseñarles algunas de las cosas antiguas de Doug. Todavía conservo una o dos cajas. Creo que en el setenta y nueve estaba en un internado en la costa este. Su padre era un cabrón. En cuanto tuvo su nueva y *mejor* familia, se deshizo de Doug, no quería saber nada de él.

Kendall la siguió escaleras arriba y entró en la casa. Austin había ignorado un par de mensajes durante la entrevista y sacó el móvil.

Tenía dos mensajes nuevos de Anna.

Sin embargo, antes de que pudiera leerlos, oyó un coche que se acercaba por el camino de entrada. Por un momento, pensó que era Douglas Daniels porque era un todoterreno de un color similar al que él conducía. Pero ese todoterreno ahora estaba en un depósito de la policía, se recordó Austin. Y este, a medida que aparecía frente a él, era en realidad mucho más grande. Un Escalade.

Y en el asiento del conductor no estaba otro que Benjamin Gruberhaus, el Señor Asesino.

14

Kendall siguió a Stacy —o a la *señora Holmes*, como exigía que la llamara— por una ancha escalera, luego por otra más estrecha, hasta el desván. No dudaba de que la señora Holmes tuviera razón sobre su exmarido. Por muy cruel que fuera con él, eso no significaba que estuviera equivocada.

Aun así, ayudaría tener una prueba de que él ni siquiera estaba en el estado en el momento del primer asesinato, si es que ella tenía alguna.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —preguntó Kendall mientras Stacy rebuscaba entre los papeles de una caja vieja.

—Demasiado —dijo Stacy—. Le di a ese perdedor los mejores años de mi vida, todo porque no quería reconocer la derrota. —Dejó de buscar en la caja y pasó a otra—. ¿Alguna vez ha tenido algo en su vida que la acompañe durante tanto tiempo y en torno a lo cual base tantas decisiones, y que un día se dé cuenta de que no significaba tanto como creía, que no significaba nada? Y entonces piensa: «¿Qué demonios he estado haciendo?».

—Creo que sé a lo que se refiere —respondió Kendall con evasivas.

No le apetecía intimar con aquella mujer. Solo le había contado la historia de su madre a uno o dos compañeros más, y únicamente después de trabajar con ellos durante meses. No estaba segura de

por qué se la había contado a Austin. Algo en él era tranquilizador, reconfortante. Como si no juzgara, como si no fuera a juzgar.

Se había pasado el primer día insultándolo a él y al condado, y, aun así, él se había presentado. Eso le hizo ganar puntos a sus ojos.

—En mi caso —dijo Stacy—, fue por algo que me dijo mi padre una vez. Me dijo, antes de que me casara, que Doug era un perdedor y que lo dejaría igual que mi madre había dejado a mi padre.

—Bueno, ¿no es eso exactamente lo que hizo? —preguntó Kendall.

—Sí, y debería haberlo hecho antes. Pero tenía tantas ganas de demostrarle a mi padre que se equivocaba que seguí intentándolo durante tres malditas décadas. —Se rio de sí misma—. Hay que ser estúpida. Resultó que tenía toda la razón sobre Doug.

—¿Y el padre de Doug? Fue sheriff en su día, como lo es ahora su otro hijo.

—Lo fue. Nunca llegué a conocerlo mucho. Vino a la boda y todo eso, pero siempre fue distante. Aunque era una especie de opuesto a Doug. Coqueteó más conmigo que su propio hijo, y eso que yo me *acostaba* con su hijo.

Kendall frunció el ceño. —Eso es... asqueroso.

—Oh, vamos, es usted una mujer joven. No sé qué clase de feminismo practican ustedes hoy en día, pero en los setenta sabíamos lo poderosas que éramos y no teníamos miedo de usar un poco de coqueteo para conseguir lo que queríamos.

Kendall la estudió bajo el tenue resplandor de la luz del desván, cubierta de telarañas. —¿No estará diciendo que se acostó con el padre de Doug?

—Claro que no —rio—. Pero sí que le dejé coquetear conmigo cuando Doug no miraba. Conseguí que dejara que el abogado de mi familia se encargara del acuerdo prematrimonial. Por eso pude dejar al pequeño Dougie sin nada. —Sonrió para sí—. Quizá siempre supe que algún día tendría que mandarlo a la mierda. ¡Oh, *aquí* está!

Stacy le entregó un viejo libro encuadernado en cuero a Kendall, que leyó las palabras impresas en el lomo: *Anuario de la Academia Kentmore, 1979.*

Hojeó algunas páginas mientras Stacy miraba por encima de su hombro.

—Ahí —dijo Stacy, señalando una foto en color desvaída—. Estaba en primero.

La foto mostraba a un chico alto, algo desgarbado, con un uniforme de baloncesto que le quedaba mal.

—Ese es Doug. Y Kentmore está en la costa este. Estaba a casi cinco mil kilómetros de aquí cuando mataron a la primera mujer.

No demostraba nada, por supuesto, pero sin duda era una coartada que había que comprobar si Doug seguía siendo una persona de interés en los asesinatos.

El Escalade subió por el camino de entrada, luego pasó por encima de un bache y sus luces deslumbraron a Austin, cegándolo temporalmente.

Cuando aparcó y los faros se apagaron, Austin parpadeó rápidamente, intentando que su vista se adaptara.

Una puerta se abrió con un crujido. —Lo veo ahí —dijo una voz desde la oscuridad.

Austin volvió a parpadear mientras los pasos se acercaban. —No me estoy escondiendo.

—Benjamin Gruberhaus, me llaman Mr. Murder. Presento el pódcast *Mr. Murder Investigates*. El pódcast de crímenes reales número tres en Estados Unidos y el número dos en el Reino Unido.

—Ya sé quién es usted —dijo Austin.

—¿Y con quién hablo?

Austin ignoró la pregunta. Gruberhaus llevaba el mismo traje negro que llevaba puesto antes. Tenía una mancha de un rojo intenso en la solapa que, por una fracción de segundo, Austin creyó que era sangre. Pero las motas verdes le hicieron pensar que lo más probable es que fuera algún tipo de salsa de tomate con orégano.

Austin señaló la mancha. —¿Sangre o salsa marinera?

—Puttanesca, en realidad. Del *Mario's*, en el paseo marítimo. Se come bastante bien. Una familia italiana de tercera generación. Acabo de entrevistarlos sobre el caso.

Austin levantó la vista hacia la casa. —¿Ha venido a molestar a la señora Holmes?

—Soy un investigador diligente, señor…

Esperó a que Austin rellenara el hueco, pero a Austin no le importó dejar sus palabras en el aire. Era evidente que Gruberhaus no lo reconocía, lo cual era una bendición. Y no pensaba ayudarle a hacer su trabajo.

Al darse cuenta de que no iba a conseguir un nombre, Gruberhaus continuó: —Supongo que es usted de la policía, a juzgar por sus hombros anchos, su mandíbula bien definida y el hecho de que el coche de Kendall Shaw está aparcado ahí.

—¿Cómo ha sabido…?

—Como le he dicho, soy diligente. —Se echó hacia atrás y estudió el rostro de Austin por un instante. Austin intentó ocultarse en las sombras—. Vaya, vaya, es usted. ¿*Es* usted? ¿Thomas Austin?

—Hablamos una vez, y luego me dejó un montón de mensajes hace un tiempo. —Austin asintió—. Los ignoré.

—Así es. Agua pasada. —Cambió el peso de un pie a otro—. ¿Qué puede contarme de los expedientes desaparecidos del asesinato del setenta y nueve?

Austin lo estudió. La verdad, se dio cuenta Austin, era que había muchas posibilidades de que este tipo supiera más del caso original que él mismo. Al parecer, Gruberhaus llevaba semanas trabajando en su serie de pódcast sobre el caso sin resolver y era probable que tuviera información que Austin no. —¿Qué puede contarme *usted* a mí sobre eso?

—Vaya, ahora nos entendemos. ¿Por qué ha venido a hablar con la señora Holmes?

Austin se cruzó de brazos.

—¿Algún sospechoso principal por ahora?

Austin frunció el ceño.

—¿Alguna pista buena del trastero?

O Gruberhaus los había estado siguiendo o tenía una buena fuente, o tal vez ambas cosas.

Austin se dio la vuelta. —Usted y yo sabemos que no voy a contarle nada sobre la investigación.

—Esta es la cuestión —dijo Gruberhaus, tocándole el hombro para intentar que se volviera—. Escúcheme. Todo depende de si el asesino que anda suelto por su condado ahora mismo es el mismo tipo que cometió el asesinato del setenta y nueve. Y me juego lo que quiera a que el expediente que consiguió le decepcionó, igual que a mí cuando accedí a él hace tres años.

Austin quería preguntar cómo había conseguido acceder al expediente del caso, pero no quería darle a ese cretino la satisfacción. —¿Qué quiere?

Gruberhaus se rio, volvió a su coche corriendo y regresó con una sola hoja de papel. —Lo que *quiero* es encontrar al asesino, alzar su cuchillo de caza ensangrentado en directo en la CNN y convertirme en el pódcast número uno del mundo. Pero ahora tengo prisa, Tommy Boy, y supongo que Kendall Shaw está ahí dentro con la señora Holmes, con quien me gustaría hablar, así que le ofrezco un trato.

—No hago tratos con podcasters.

Gruberhaus lo ignoró. —Este es un artículo publicado sobre el caso en 1979. Nunca se añadió a los archivos en línea y el periodista fue trasladado a Alaska una semana después de que saliera. Es una fotocopia. El original está en un lugar seguro.

—¿De qué va? ¿De los Mariners? ¿Del ambiente náutico local?

Gruberhaus se lo agitó delante de la cara a Austin. —Sé que nunca se sentará conmigo para hablar del Carnicero de Bebés. Usted es demasiado bueno para eso y todo lo demás. —Cambió la voz a un tono más grave y, de algún modo, más oficial que le recordó a Austin su propia voz—. *Resolvemos crímenes y nunca nos damos un baño de masas en los medios cuando lo hacemos.* Todas esas gilipolleces.

—No son gilipolleces —dijo Austin, enfadándose, aunque tenía que admitir que la imitación no estaba nada mal—. No nos damos baños de masas en la prensa porque vuelve a traumatizar a las

víctimas, hace que la historia vaya de *nosotros* cuando debería ir de… —Se interrumpió en seco. No quería discutir con ese tipo.

—Puede que me odie, Tommy Boy, pero…

Le lanzó a Gruberhaus su peor mirada neoyorquina. —Me llamo Austin.

Le agitó el artículo delante de la cara. —Va a querer leer esto, Austin. —Gruberhaus lo había pillado y lo sabía—. ¿Y bien? ¿Hace tratos con podcasters?

—Si hay algo ahí que nos ayude a resolver el caso —dijo Austin —, le daré un aviso antes que a ningún otro periodista.

Sintió una punzada de culpa, pues sabía que debía ofrecerle la primicia a Anna si es que había alguna. Aun así, y aunque no soportaba a Gruberhaus, no dudaba de que había descubierto algo que ellos aún no habían encontrado.

Gruberhaus sonrió. —Trato hecho. —Le entregó el periódico mientras la puerta crujía al abrirse detrás de ellos.

Sin mediar palabra, Gruberhaus cruzó el césped en penumbra y se adentró en la luz que emanaba del porche. —Stacy, le he dejado un mensaje. Soy Benjamin Gruberhaus, del pódcast *Mr. Murder Investiga*. Me encantaría tener la oportunidad de hablar con usted sobre cualquier interacción que tuviera con el sheriff Bob Daniels, su exsuegro, y en concreto si alguna vez habló con él de su chapucera investigación del ahogamiento en…

—Soy la señora Holmes —dijo ella con firmeza—. Y si sigue en mi propiedad dentro de sesenta segundos, le pediré a la señorita Shaw que le dispare.

15

De vuelta en el coche, Austin leía el artículo bajo la luz de cortesía mientras Kendall hojeaba el anuario que le había dado Stacy Holmes.

Misterio y sospechas rodean la trágica muerte de una joven

Bremerton, WA. La trágica muerte de Miriam Maria McKenzie, de dieciocho años, cuyo cuerpo fue hallado ahogado en la ensenada de Dyes el pasado martes, ha conmocionado y consternado a nuestra pequeña comunidad. Según los informes policiales, el cuerpo de McKenzie presentaba una repugnante talla en forma de corazón que ha dejado a la comunidad local atónita y aterrorizada.

Aunque por el momento las autoridades han identificado a dos sospechosos, Sarah Jalawitzki, de veinte años, y Greg Moran, de veintidós, también están investigando a otros dos misteriosos hombres de quienes se rumorea que estuvieron vinculados sentimentalmente con McKenzie durante el último año. Sin embargo, la policía se ha negado a dar los nombres de estos dos individuos en esta fase inicial de la investigación.

McKenzie había estado trabajando en la floristería Briar, en el centro de la ciudad, durante los últimos meses, tras graduarse en el instituto Bremerton High School la primavera pasada. Según su jefe, McKenzie era una joven amable y dedicada que llegaba pronto a

todos sus turnos y alegraba a los clientes con su sonrisa afable y su animada conversación.

No obstante, fuentes no identificadas cercanas al equipo de investigación han expresado su escepticismo sobre la prioridad y los recursos que se están dedicando a resolver este trágico caso. Una fuente interna describió la investigación como «chapucera» y afirmó que se está excluyendo a detectives más experimentados del caso por razones desconocidas.

Al ser contactado para hacer comentarios sobre estas preocupantes acusaciones, el representante del departamento de policía respondió lacónicamente «sin comentarios» y se marchó a toda prisa. Su reticencia a abordar las críticas y los rumores de luchas internas en el departamento sin duda no hará más que aumentar la incertidumbre que rodea las circunstancias de la muerte de la señora McKenzie.

Las fuentes también han insinuado que la corrupción podría estar influyendo en la dirección de la investigación. Pero, una vez más, nadie dentro del departamento ha querido hacer declaraciones para confirmar o desmentir estas afirmaciones.

Lo que es seguro es que la vida de una joven llena de promesas se ha visto truncada trágicamente. La comunidad exige respuestas y justicia en este inquietante caso. Esperemos que la investigación en curso destape la verdad pronto, antes de que la pista se enfríe y los seres queridos de Miriam McKenzie se queden sin un cierre.

Por ahora, un perturbador misterio se cierne sobre nuestra pequeña comunidad. Nuestro departamento de policía haría bien en disipar las dudas siendo más comunicativo y transparente sobre sus esfuerzos. Bremerton no se merece menos por nuestra hija perdida.

Era un artículo extraño: en parte reportaje, en parte artículo de opinión. Nombraba a dos sospechosos sin ninguna prueba y parecía hacer referencia a múltiples fuentes anónimas. Austin se preguntó —suponiendo que Gruberhaus tuviera razón en que el periodista había sido trasladado a Alaska después de su publicación— si se debía a la calidad del periodismo o a que había tocado la fibra sensible a alguien.

Tras leerlo una vez, Austin se lo leyó en voz alta a Kendall, que no paró de tamborilear con los dedos en el volante con irritación. Cuando terminó de leer, Austin preguntó:

—¿Qué pasa? Parece que te lo has tomado como algo personal.

—Una chapuza policial me frustra. ¿Un trabajo policial *corrupto*? Si eso es lo que de verdad pasó, me pone furiosa.

Austin dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire y luego señaló el anuario, que estaba abierto en el regazo de ella.

—¿Qué has averiguado?

—No mucho. Doug Daniels estaba en un internado en la costa este en 1979, pero eso no demuestra que no matara a Miriam. Podría haber vuelto durante unas vacaciones o simplemente haber hecho un viaje rápido a casa. Tendríamos que mirar los expedientes del colegio para saberlo con certeza. Si es que podemos conseguirlos de hace tanto tiempo.

—De todas formas, no me cuadra para esto —dijo Austin—. Nos estaba siguiendo, huyó, pero eso no significa que matara a nadie.

Kendall suspiró.

—O sea, que básicamente no tenemos nada.

La atención de Austin se había desviado hacia su móvil, donde acababa de recibir un mensaje de Samantha.

—No tan deprisa. Mensaje de nuestra maestra de la tecnología. —Leyó el mensaje en alto—. *Volved aquí cuanto antes. Estamos dentro del portátil de Karen Sturgis y hay algo que vais a querer ver*.

Cuando regresaron a la sala de conferencias, Samantha había conectado el portátil a un proyector de pared y ahora les estaba mostrando el contenido.

El escritorio del ordenador de Karen Sturgis se parecía mucho a las paredes de su dormitorio: colorido y cubierto de imágenes de fantasía que Austin pensó que podrían ser de *El señor de los anillos*, pero no estaba seguro.

Lucy había decidido no asistir a la reunión, diciendo que necesitaba terminar algo de papeleo en su despacho.

—Toda aplicación de citas tiene una serie de ajustes —dijo Samantha, y su agradable rostro se tornó serio de repente, como siempre que explicaba cómo funcionaban las cosas—. Puedes configurar la aplicación para que te envíe correos con la frecuencia que quieras, desde *nunca* hasta *siempre*. Karen lo tenía configurado para recibir una notificación por correo cada vez que tenía una nueva compatibilidad, pero no cada vez que recibía un mensaje privado. *Eso* habría sido la gallina de los huevos de oro, pero para conseguirlo tendríamos que solicitar una orden judicial contra la empresa.

Austin sabía lo lento y difícil que era ese proceso. La mayoría de las aplicaciones y empresas tecnológicas alegaban que la privacidad de sus usuarios se mantenía incluso después de su muerte, y también cuando la policía investigaba a sospechosos que pudieran estar vinculados a sus servicios.

—Buen resumen —dijo Kendall—, pero dinos qué tenemos en realidad.

—Doce nombres —añadió Samantha, haciendo clic para mostrar una lista de correos en la bandeja de entrada de Karen—. Son los doce hombres con los que el servicio la emparejó en los últimos dos meses.

—Doce no parecen muchos —dijo Austin—. Aunque en realidad no sé nada de estas aplicaciones.

—Había seleccionado que solo la emparejaran con hombres de entre cincuenta y cinco y setenta años y en un radio de solo veinte millas, así que eso no incluía Seattle.

—Vaya sorpresa —dijo Kendall—, que Bremerton y Silverdale no sean un bastión de solteros de oro cañones de más de cincuenta y cinco.

Austin frunció el ceño levemente, pero también le había oído a Anna quejarse de la falta de solteros de oro, así que no podía darle demasiadas vueltas.

—Antes de que pasemos a los nombres —dijo Austin—, ¿había algo más? Agenda, calendario…

Samantha negó con la cabeza. —Como mucha gente, todo lo tenía en el móvil. Usaba un iPhone, pero no un portátil de Apple, así que sus cosas no se sincronizaban automáticamente y nunca lo configuró. Si tuviéramos su móvil…

—Pero no lo tenemos —la interrumpió Kendall.

—Doce nombres. Os lo imprimiré, con direcciones, antecedentes, todo lo que tengamos. —Samantha no parecía especialmente entusiasmada.

—¿Qué? —preguntó Austin.

Kendall respondió: —No es mucho, porque no sabemos con cuáles de ellos tuvo citas. Si los únicos correos que tenemos son sus *compatibilidades*, no sus mensajes privados, es solo que… bueno, no es gran cosa.

Austin miró el reloj de la pared. Eran casi las diez de la noche y le había prometido a Anna que cenaría con ella. Ni siquiera había leído los mensajes que le había enviado antes. «Mierda. Tengo que volver a casa». Se levantó. «Mañana a primera hora, empezamos con esos doce nombres».

Kendall se levantó también. —Parece nuestra mejor opción, y yo tengo que volver con Ralph.

Kendall no había mencionado antes que tuviera novio, pero él se sintió aliviado. Desde que ella le dijo que seguro que se enamoraría de ella, el coqueteo —si es que era eso— había disminuido. Se alegraba de que las cosas siguieran así.

Estaba a punto de dar las gracias a Samantha e irse cuando oyó gritos en el pasillo. —¿Dónde están? —exigió una voz furiosa.

Asomó la cabeza y vio a Lucy, con las manos en alto como si se estuviera defendiendo, bloqueando el pasillo a... ¿quién?

—¿Dónde *demonios* están?

Reconoció la voz del sheriff Daniels justo cuando su jefe, con la cara congestionada, apartó a Lucy a un lado y empezó a avanzar por el pasillo a grandes zancadas. Llevaba el pelo revuelto y los ojos inyectados en sangre.

O la campaña electoral no le había sentado bien, o había vuelto a beber, probablemente ambas cosas. Y casi con toda seguridad había

vuelto antes de tiempo al enterarse del encontronazo que habían tenido con su hermanastro.

16

Afortunadamente, Lucy tomó las riendas de la situación. Agarró al sheriff Daniels por la muñeca desde atrás, le dio la vuelta y lo estampó contra la pared.

—Lo siento, sheriff. No puedo permitir que ataque a mi equipo. —Inspiró hondo y retrocedió de golpe—. Ha estado bebiendo y está usted alterado por algo. Yo…

—¿Algo? ¡Están acosando a mi hermano Dougie! —Intentó zafarse, pero Lucy le tenía la muñeca doblada en un ángulo forzado. Señaló a Austin con el dedo—. He sabido que usted era un problema desde el primer día, cabrón.

Volvió a intentar zafarse y Lucy le puso la zancadilla. Cayó al suelo de forma patosa.

Lucy dijo:

—Lo siento, sheriff Daniels. Sé que esta es su casa, pero es que no puedo…

Dejó la frase en el aire al verlo darse la vuelta y quedarse boca arriba, cubriéndose la cara, avergonzado.

A pesar de lo sorprendido que estaba, Austin sintió lástima por él. Era evidente que la presión de la campaña le estaba pasando factura. Austin sabía que tenía problemas con la bebida, pero pensaba que lo había superado. Por lo visto, había vuelto a recaer.

Daniels intentó ponerse en pie, pero esta vez resbaló en la fina alfombra, se estrelló contra la pared y se derrumbó. Escondió la cara entre las manos y se echó a llorar.

Fueron necesarias una hora y tres tazas de café para que Daniels estuviera en condiciones de hablar con coherencia, aunque todavía con cierta torpeza.

Austin le había enviado un mensaje a Anna, disculpándose profusamente y explicándole la situación. No había respondido.

Ahora, Lucy estaba de pie frente a Daniels, que se sentaba como uno de sus sospechosos en una silla de plástico duro en la sala de reuniones, cubierto con una manta y sorbiendo un vaso de papel con café.

—Jefe —dijo ella—, olvidemos lo que ha pasado en el pasillo. Díganos qué ocurre.

—Ridley está subiendo en las encuestas. Sé que es amigo vuestro, pero está subiendo en las encuestas y necesito ganar esto. —Su tono había perdido la ira, la acusación. Sonaba como un hombre desesperado—. Todos sabéis que mi padre trabajó en el asesinato allá por el setenta y nueve. Hizo lo que pudo, pero las cosas eran distintas entonces. No tenían los recursos que tenemos ahora.

Hizo una pausa, y Austin casi pudo sentir la reacción de Kendall, que era evidente en toda su cara. Con el artículo que acababan de leer, quiso preguntarle qué sabía Daniels sobre una posible corrupción. En lugar de eso, decidió esperar a ver adónde quería llegar él.

—Este caso le hace quedar mal, hace quedar mal a nuestro departamento. Me hace quedar mal a *mí*. Si Ridley siguiera dirigiendo el departamento, podría echarle la culpa a él. Pero no puedo echársela a usted, Lucy. Es una mujer y acabo de contratarla.

Kendall se quedó con la boca abierta y Austin entendió por qué. Austin sabía que ese era el tipo de cosas en las que pensaban los

sheriffs con astucia política cuando se presentaban a gobernador, pero que nunca admitían en voz alta. Por lo visto, las tres tazas de café no habían sido suficientes para despejarle la cabeza.

—Y ahora —continuó Daniels—, Douglas. ¡*Dougie*!

—¿Por qué nos seguía? —preguntó Kendall con un tono más suave de lo que Austin esperaba.

Él levantó la vista.

—Todo lo que Dougie *tiene* es el apellido familiar. No es culpa suya. Es el primogénito, pero ilegítimo. Tiene el apellido, pero nada más. Su madre está en una institución en Tacoma. Es… mirad, es un idiota, sí. Pero tiene buen corazón y lo quiero. Probablemente oyó que estabais investigando el caso y quiso asegurarse de que no hicierais nada que manchara el nombre de nuestro padre.

Lucy ya había oído bastante. Se agachó frente a él y habló con una autoridad severa que impresionó a Austin.

—Sheriff Daniels, esto es lo que va a pasar ahora. ¿Ha venido en coche?

Él negó con la cabeza.

—El chófer está esperando fuera.

—Bien.

Ella pareció aliviada. Si él hubiera conducido borracho, eso la habría obligado a tomar cartas en el asunto. Habría tenido que convencerlo de que se quedara a dormir aquí, o arrestarlo. —Voy a acompañarlo a su coche. Se va a ir a casa y vamos a olvidarnos de esto. Vamos a seguir este caso *llegue* a donde llegue y no vamos a filtrar ni una sola cosa a la prensa, ni a la campaña de Ridley. —Miró de reojo a Kendall y Austin—. Vamos a proteger este departamento, a protegerlo a usted, a proteger a su padre. Si se hizo un mal trabajo hace cuarenta años, *no* se lo vamos a filtrar a nadie.

Austin se dio cuenta de que se dirigía más a Kendall que a Daniels.

—Gracias —dijo Daniels.

—Pero —continuó ella—, si en el transcurso de nuestra investigación descubrimos que Dougie, o cualquier miembro de su familia, cometió algún delito, lo perseguiremos con todo el peso de la ley.

Él levantó la vista hacia ella, con la mirada inquisitiva.

—Y si intenta interferir en eso —añadió Lucy—, tengo a periodistas en marcación rápida que querrán saberlo.

Fuera, la noche era fría y el viento silbaba entre los árboles que rodeaban el aparcamiento.

—Eso ha sido… interesante —dijo Kendall, y él pudo oír el cansancio en su voz—. O sea, creo que ya me he ganado el derecho a hacer un par de chistes sobre el condado de Kitsap, ¿no?

Él rio sin ganas. —No es que hayamos dado nuestra mejor cara esta noche, ¿verdad? Le he visto a Daniels algunos arrebatos. Pero este ha sido el peor.

—Mañana podemos hablar de lo que significa, pero Lucy… hay que reconocérselo. Lo ha gestionado bien.

—Lucy O'Sensatez —dijo Austin—. Lucy O'Lógica.

Kendall le dedicó una sonrisa cansada. —Ralph está de camino —dijo—. Te veo mañana.

—Vale —dijo Austin, asintiendo, aunque no entendía muy bien por qué necesitaba que la recogieran si tenía allí su coche—. ¿Viene a recogerte?

Un sedán azul entró en el aparcamiento y Austin se quedó de pie junto a su camioneta. Cuando la puerta se abrió, Austin vio que el conductor no aparentaba más de diecisiete años. Y no se bajó. En su lugar, le entregó a Kendall un perro que se retorcía, emocionado.

Kendall le dio las gracias al chaval, luego se agachó y abrazó al perro, que, desde el otro lado del aparcamiento, parecía un poco más grande que Run, pero de una forma similar.

Al cabo de un minuto, soltó al perro y este salió disparado por el aparcamiento vacío hacia Austin. —Madre mía —dijo él. Era un corgi, como Run, pero de una raza diferente. Run era un corgi galés de Pembroke y este cachorro —Ralph, supuso Austin— era de la variedad Cardigan, con un pelaje corto y tricolor en negro, marrón y blanco, con marcas en la cara, las patas y el pecho. Su cola larga y

gruesa se balanceaba suavemente tras él mientras olfateaba los zapatos y los pantalones de Austin y lo escrutaba con unos ojos oscuros y despiertos.

Austin levantó la vista mientras Kendall se acercaba. —¿Este es Ralph?

—Lo único que me traje de Los Ángeles. Lo único que quiero.

17

Anna estaba sentada en el porche con Run acurrucado en su regazo cuando él por fin llegó a casa, cerca de la una de la madrugada. La noche era cerrada y una llovizna fría repiqueteaba en el tejado de metal que cubría el pequeño porche del apartamento adosado a su tienda.

—Lo siento —dijo él. Run levantó la cabeza al oír su voz, pero solo lo justo para confirmar que podía volver a dormirse.

—No he conseguido el trabajo —dijo Anna sin mirarlo.

—¿Cuál era?

Se apartó un poco para hacerle sitio a Austin. —El del *Wenatchee Herald*.

Se sentó a su lado y la rodeó con un brazo. —Lo siento. Gracias por cuidar de Run. Ha sido... un día de locos.

—¿Te has bebido el batido?

Le había confesado lo de la hamburguesa el día anterior y había prometido ceñirse a los batidos y a un almuerzo ligero, cosa que había cumplido. —He sido muy bueno. Abdominales de acero, allá voy. —Intentaba sonar despreocupado, pero el encontronazo con Daniels, por no hablar del giro frío y lluvioso que había dado el tiempo, lo tenía de un humor de perros.

—No quiero parecer una... no sé..., una aguafiestas, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Austin.

—¿Qué demonios se supone que haga? No hay mercado laboral para una periodista de cuarenta y tantos. Puede que tenga que mudarme. A Seattle. A Tacoma. Quizá incluso a Portland o..., no sé.

Austin la abrazó un poco más fuerte. Pensó en decirle que podía vivir con él una temporada, pero la verdad era que no se sentía preparado para eso. Y con lo independiente que era ella, dudaba que le interesara. —Todo saldrá bien —dijo—. Ya saldrá algo. Tú sigue intentándolo. Eres talentosa, inteligente y tienes muchos recursos. Te prometo que tendrás tu oportunidad.

Lo despertó su móvil, que se deslizó por la mesilla de noche al vibrar con una serie de mensajes.

Con los ojos legañosos, lo cogió y entrecerró la mirada. Eran de Ridley.

¿Podemos vernos esta mañana?

Voy a cruzar el agua para un acto de campaña. Ferry de Kingston a Edmonds, a las 8:30.

Podríamos vernos antes en el puerto.

Austin se incorporó en la cama. Estaba a punto de responder que por supuesto que podía cuando entró otro mensaje.

Es sobre lo que pasó en Nueva York.

Austin tecleó una respuesta rápida diciendo que estaría a las ocho bajo el quiosco que había junto a la cola del ferry.

Anna no estaba en la cama, así que fue a la cocina, donde la encontró metiendo hojas de espinacas y arándanos en una batidora. Antes de que pudiera decir nada, ella la encendió. Un chirrido *grrrrrrr* llenó la cocina y Run salió disparado por la gatera hacia la tranquilidad del jardín.

La apagó y le sirvió un vaso de pringue verde.

—¿No puedo tomarme al menos un café primero? —preguntó él.

Ella frunció el ceño, pero le dio una taza de café solo. —Yo ya llevo tres. He estado buscando trabajo por internet esta mañana.

—¿Alguna perspectiva? —preguntó, intentando parecer esperanzado mientras se sentaba a la mesa de la cocina con sus bebidas.

—Un par de pistas, pero no hablemos de eso. Tienes razón con lo que dijiste anoche: me mantendré positiva y encontraré algo.

—Bien. —Bebió un sorbo de café, luego del batido y otra vez del café para quitarse el sabor a espinacas de la boca—. Si Ridley llega a gobernador, voy a hablar con él para que legisle la prohibición del consumo de espinacas antes del mediodía.

Anna se rio y se sentó a su lado, poniendo los pies en su regazo.

—Voy a ver a Rid esta mañana —dijo—. ¿Quieres venir?

—¿Es por lo de Nueva York, por lo de que tus investigadores lo han dejado?

Austin asintió.

—Entonces, sí. Hay algo que quería decir sobre eso.

—Vale. —Austin la miró con escepticismo. A ella siempre le había preocupado un poco, puede que incluso estuviera celosa, de toda la atención que él le dedicaba al asesinato sin resolver de Fiona.

—Quiero que resuelvas ese caso, cueste lo que cueste. Entiendo que no es solo que quieras. Es que *tienes* que hacerlo.

Él le apretó el pie con una mano y le dio un sorbo al café con la otra. —Te lo agradezco.

Ella se levantó de un salto y se puso a fregar el vaso de la batidora. —Me arreglo y nos vamos a ver a Rid. A ver si podemos convencerlo para que prohíba estos malditos batidos.

Ridley había perdido media pierna en un atentado terrorista y, aun así, Austin nunca le había visto la cara tan preocupada como la tenía ahora. Se acercaba solo mientras tres miembros de su equipo lo observaban desde el gigantesco todoterreno que ahora era su cuartel general móvil.

Anna y Austin se habían sentado a resguardo de la lluvia bajo una glorieta en el paseo marítimo de Kingston. El aroma dulce y

apetitoso de los crepes llegaba hasta ellos desde un puesto cercano, tentándolos a saltarse la dieta.

—Hola, Anna —dijo Ridley, cerrando el paraguas mientras se metía en la glorieta.

Ella se levantó y lo abrazó, pero Austin supo por la expresión de su cara que no se la esperaba.

—Lo siento —dijo Ridley—. Solo tengo unos minutos antes de que salga el ferri. —Suspiró—. Necesitan sacar fotos mías subiendo a pie, aunque en realidad entremos con el coche.

—Me alegro mucho de verte —dijo Anna—. Te apoyamos todos.

—Y yo de verte a ti —respondió Ridley—. Pero, y lo siento mucho, necesito hablar con Austin a solas.

—No pasa nada —dijo Austin—. Puede oírlo. Es…

—No —lo interrumpió Ridley, mientras le crujía la mandíbula y se pasaba una mano por la cabeza calva—. No es lo que te esperas y necesito hablar contigo a solas.

Austin miró a Anna, que ya se estaba apartando. Ridley no era conocido por ser dramático, así que, si hacía una petición como esa, tenía que ser por una buena razón.

—¿Nos dejas un momento? —le preguntó Austin.

Anna asintió. —Iré a ponerme al lado del puesto de crepes a babear.

Austin rio entre dientes, pero la mirada y el comportamiento de Ridley lo tenían más que preocupado. Sintió un sabor a tostada quemada, una amargura seca que le invadía cada vez que presentía un pavor desconocido.

—Siéntate —dijo Ridley.

—No, estoy bien —dijo Austin.

Ridley señaló el banco con la cabeza.

Esta vez, Austin se sentó.

—No es así como me gustaría hacerlo, y no es algo que quiera hacer en absoluto —empezó Ridley. Tragó saliva. Parecía tan devastado como empezaba a sentirse Austin, aunque todavía no supiera por qué.

—Ridley, ¿qué pasa? —preguntó.

—He ido a ver a Claire y Sean. No quisieron contármelo todo, pero la situación es esta. Fueron a Nueva York y empezaron a investigar los nombres. Para empezar, tenías razón: los cuatro estaban vinculados a una enorme investigación de varias agencias sobre la familia criminal Namgung. No tengo detalles y no me los quisieron dar. Y eso es porque los siguieron y los amenazaron. Ni siquiera sé de qué lado de la investigación estaban esos cuatro. Si con los malos o con la poli. —Negó con la cabeza—. Se sintieron afortunados de salir vivos de Nueva York. Son buenos en lo suyo, pero la situación les viene muy grande. A cualquiera, vamos.

—Vale —dijo Austin con cautela. Todo aquello encajaba más o menos con lo que Austin había deducido de lo poco que Sean había estado dispuesto a decir.

—Hay más. —Ridley tenía una expresión de dolor—. Jorge Lopez. Uno de los hombres de tu lista. Han encontrado pruebas de que Fiona se estuvo viendo con él durante los seis meses antes de que ella…, antes de su muerte.

Lopez, recordó Austin, trabajaba en el FBI, o al menos había trabajado en el FBI por aquel entonces, aunque no había podido encontrar muchos detalles por internet. —¿Viéndose con… con Lopez?

Ridley asintió. —Quedaban al menos una vez por semana en un hotel de Brooklyn, durante el día. Siempre entre semana.

El mundo a su alrededor se desdibujó entonces, y todo se convirtió en una nada desenfocada. Todo excepto el espacio dentro de su cabeza, que giraba como una peonza que pierde velocidad y se tambalea, a punto de caer.

¿Por qué iba Fiona a verse con Lopez en un hotel? Y, mucho más presente en su mente en ese momento, ¿por qué no se lo había mencionado?

—Tiene que haber algo más —dijo Austin—. Tienen que haberte contado más, descubierto más.

—Lo hay, y solo lo he conseguido porque he amenazado a Sean. —Se levantó y dio una vuelta alrededor de la mesa de pícnic, deteniéndose a observar cómo atracaba cerca el ferri que acababa de llegar—. Mira, ese es mi barco y yo…

—Rid, por favor. —Austin le lanzó a Ridley una mirada severa.

—Consiguieron su agenda.

—Ella no *usaba* agenda. Vamos, que teníamos un calendario de Google compartido que yo nunca logré entender.

—No el calendario de Google. Tenía otro. Uno *diferente*. Tenía huecos todos los martes de doce a tres.

—Vale, pero…

—No voy a fingir que sé exactamente lo que significa, pero ¿cabe la posibilidad de que tuviera una aventura? —Ridley hizo una mueca —. Lo siento. Austin, mira, yo… —Alzó la vista hacia el ferri—. Tengo que irme. Ya hablaremos. —Se levantó y le dio a Austin una palmada en la espalda.

Y con eso, se marchó.

18

Austin observó a Ridley marcharse, una sensación de vacío apoderándose de él. No se lo creía. No quería ni podía creérselo.

Los recuerdos de sus últimos días estaban volviendo ahora, inundándolo desde todas direcciones. Ambos habían estado más ocupados de lo normal la semana anterior a su muerte. No recordaba los detalles, pero estaba seguro de que ella nunca había mencionado a Lopez, ni reuniones en un hotel.

Pero era imposible que estuviera teniendo una aventura. Imposible.

Al menos, eso creía él.

Y, sin embargo, a menos que Sean y Claire se equivocaran, ella *sí* le había mentido.

Anna se acercó y él parpadeó, intentando recuperar la concentración.

—He cedido —dijo ella—. No he podido resistirme.

Le tendió la mitad de un crepe. Él lo miró con la mirada perdida.

—De Nutella y plátano. Austin, ¿qué te pasa? ¿Austin?

La mente de Austin corría a mil por hora.

Su padre le había dicho una vez que si has analizado todos los ángulos lógicos de una decisión, todos los hechos de una situación, y aun así no sabes qué es verdad, simplemente cree lo que quieras creer hasta que veas pruebas de lo contrario.

En ese momento, Austin decidió creer a su corazón y no lo que Ridley acababa de insinuar. Tenía que haber alguna otra explicación. Levantando la vista hacia Anna, le dijo: —Los investigadores privados creen que Fiona tenía una aventura. Yo no lo creo, y no voy a dejar que me distraiga. Al menos, no ahora. Te dejaré en mi casa, pero tengo que irme.

Si iba a creer en Fiona, actuaría según su convicción más profunda.

Cada segundo

De cada día

Cada víctima merece lo mejor de mí

Iba a volver al trabajo.

—Jimmy —dijo Lucy, buscando el apoyo de Austin y los demás en la sala—, ¡*no* vamos a contratar a un humorista para nuestra boda!

—Es una tradición familiar, nena.

—¡Dijiste que elegirías el grupo de música. GRUPO!

Jimmy sonrió con suficiencia. —Lucy Escucha-Mejor-la-Próxima-Vez. Dije que elegiría el «entretenimiento». Y habrá un DJ. Pero también un humorista. Será *único*.

Ella dejó escapar un suspiro de exasperación. —Los científicos deberían estudiar nuestros cerebros para averiguar cómo he podido enamorarme de alguien como tú.

—De hecho —dijo Jimmy—, los científicos están llevando a cabo un estudio de triple ciego sobre cómo he llegado a ser tan genial.

Se habían reunido todos alrededor de la mesa de conferencias para desayunar unos bocadillos que Kendall había traído para todos de camino a la oficina. Austin había picoteado un panecillo con huevo frito, pero, a pesar de su resolución de centrarse en el caso, se le había quitado el hambre.

—¿Te has casado alguna vez, Kendall? —preguntó Lucy.

Ella negó con la cabeza. —Estoy casada con la soltería.

—Austin, ¿y tu boda? —las palabras de Jimmy flotaron como una nube en el cielo. Dio un golpecito con un bolígrafo en la mesa—. Llamando a la Tierra desde Austin. Cuéntanos sobre tu boda, tío.

—Yo... ¿qué?

Lucy le tiró una servilleta arrugada a la cabeza de Jimmy. —A lo mejor no quiere hablar de ello, zoquete.

—Ah, sí, la boda —se oyó decir Austin—. Sí, estuvo..., en fin, bien.

Se hizo un silencio incómodo. Todos en la sala, supuso Austin, pensaban que no quería hablar de ello porque Fiona había muerto. En realidad, a pesar de su decisión de volver a meterse en el caso, no podía evitar que le asaltaran los recuerdos de sus últimos días juntos. Lo curioso era que no había ninguna revelación, nada que encajara. Solo pequeños momentos. Mirar a Fiona por encima de la taza de café, despedirse de ella con la mano mientras salía por la puerta. Nada que explicara las reuniones en el hotel con Lopez.

—Puede que el del pódcast sea un capullo turbio —dijo Jimmy, cambiando de tema—, pero no fue él.

Samantha, que había estado sorbiendo ruidosamente un enorme batido de café helado de un vaso de plástico transparente, se animó. —Estaba en la ciudad la noche de los asesinatos —los *recientes*—, pero las grabaciones de seguridad del hotel lo sitúan en su habitación toda la noche.

—¿Hay alguna posibilidad de que las grabaciones estén manipuladas? —preguntó Kendall.

—Las he revisado yo misma —dijo ella—. A menos que Míster Asesino sea uno de los mejores hackers del planeta y de algún modo haya accedido al sistema del hotel, no. Llevan un triple sello de tiempo.

—Entonces —dijo Lucy—, eso lo descarta. ¿Qué más tenemos?

Kendall se contuvo de darle el último bocado a su sándwich de beicon y huevo. —Austin y yo vamos a empezar con los hombres con los que Karen Sturgis contactó en *Golden Connections*, la aplicación de citas.

Austin oyó su propia voz como si estuviera fuera de sí mismo, observándolo todo desde la distancia. —¿Se sabe algo de Douglas

Daniels?

—No —dijo Jimmy—. Tenemos una patrulla vigilando, pero se ha esfumado.

—De los doce hombres de esta lista —dijo Kendall—, tenemos la dirección y el número de teléfono de diez. De dos no aparecen direcciones locales. Hemos podido descartar provisionalmente a un par basándonos en las coartadas que pudieron proporcionar digitalmente.

Samantha asintió. —Uno estaba en un vuelo en el momento del asesinato de Karen y otro proporcionó capturas de pantalla de sus chats: nunca quedaron porque, y cito textualmente, «*Karen era una maldita hippie pagana y comunista y yo soy un hombre decente y temeroso de Dios*». Supongo que eso no descarta al tipo del todo. Confirmaremos que las capturas de pantalla son reales, pero creo que la coartada es sólida.

—He hablado con otros dos —dijo Kendall—. Uno dijo que tuvieron una cita tres días antes de que muriera. No hubo química. Otro trabaja en un banco en Bremerton, es viudo, y dijo que ella le hizo *ghosting* después de dos citas, pero eso fue hace un par de meses.

—¿Móvil? —preguntó Jimmy—. Sé que en mis tiempos, cuando me hacían *ghosting*, yo…

—¿Qué? —preguntó Lucy—. ¿Considerabas la posibilidad de *ahogar* a las mujeres que te lo hacían?

Jimmy pareció avergonzado. —Iba a decir que me bebía unas cuantas cervezas de más y a lo mejor me daba un atracón de hidratos. Quiero decir que, para el tío equivocado, un loco, que te hagan *ghosting* podría ser un detonante.

—Hablaremos con él —dijo Austin.

Lucy estaba escribiendo una lista en la pizarra.

1. Kendall/Austin: Hablar con los hombres con los que contactó Karen.

2. Samantha: Seguir investigando a la víctima 1: Miriam McKenzie.

3. Todos: Encontrar a Douglas Daniels.

4. Jimmy: ¡Contratar a la maldita banda!

5. Lucy: La temida reunión

—¿La temida reunión? —preguntó Kendall, diciendo lo que Austin estaba pensando.

—El comisario Daniels. Viene esta mañana —a última hora, después de que os vayáis todos—, voy a reiterar lo que le dije anoche y a rebuscar un poco en el pasado. A ver si puedo encontrar algo más de la investigación original.

—Bien —dijo Kendall.

Todos se pusieron de pie.

—Una cosa más —añadió Kendall, volviéndose hacia Jimmy—. Asegúrate de que la banda sepa canciones de los ochenta. Siempre triunfan en las bodas.

Jimmy frunció el ceño. —¿Te refieres a los *mil novecientos* ochenta? Como ya he dicho, vamos a contratar a un DJ. Música electrónica y música irlandesa.

Kendall se encogió de hombros. —Tú te lo pierdes.

19

Deslizó el dedo hacia la izquierda y apareció un nuevo perfil.

Nombre: Betty, 68

Bio: Abuela, casada dos veces, que está redescubriendo su lado salvaje. Preparo una lasaña de muerte y todavía lo doy todo en la pista de baile. Tomemos un vino, riamos un rato y veamos adónde nos lleva la noche.

Sus fotos mostraban a una mujer vestida con elegancia, tomando un café con amigas, jugando al golf y posando con sus nietos. Tenía una cara dulce, pero regordeta y con cierto aire sentencioso. No era su tipo.

Volvió a deslizar a la izquierda, y una nueva cara sonriente apareció en la pantalla de su móvil.

Ah, esto está mejor, pensó.

Nombre: Deborah, 61

Era guapa; sus glamurosos retratos y fotos de cuerpo entero resaltaban su aspecto moderno y cuidado. También salía de viaje, haciendo jardinería y cenando fuera.

Bio: Mentalidad joven, estilo atemporal. Viuda y exmodelo en busca de un hombre seguro de sí mismo y distinguido con el que compartir las aventuras de la vida. La ópera, el cine de autor y los mercadillos me sacan una sonrisa.

Deslizó a la derecha con la esperanza de tener una coincidencia. No pasó nada en la pantalla, lo que significaba una de dos cosas: o ella todavía no había respondido a su perfil o ya había deslizado a la izquierda, indicando una falta de interés.

En fin, no podía hacer nada al respecto. No todo estaba predestinado a ser.

E incluso aquello que estaba predestinado a ser tenía que terminar.

Desde que había vuelto al condado de Kitsap, la aplicación *Golden Connections* había sido una bendición. Hoy en día era más difícil conocer gente en persona y, para un hombre de su edad, conocer gente en bares parecía algo desesperado. Pero esta aplicación, diseñada específicamente para solteros mayores de cincuenta y cinco años, era fabulosa.

Apareció el siguiente perfil.

Nombre: Martha, 57

Bio: ¡57 que parecen 30! Profesora enérgica y amante de la naturaleza que siempre está dispuesta a probar cosas nuevas. Busco a un compañero adicto a la adrenalina para explorar todo lo que este gran mundo puede ofrecer. ¡Imprescindible pasión por viajar!

Las fotos mostraban a una Martha activa corriendo en carreras, haciendo senderismo por la montaña, practicando *wakeboard* y haciendo yoga en la playa.

Deslizó a la derecha. El corazón se le encogía un poco cada vez que lo hacía y no veía la pequeña nube de confeti rojo, blanco y azul en la pantalla. Esa animación significaba que ella ya había deslizado a la derecha por él y que entonces podrían chatear y concertar una cita.

El siguiente perfil era el de Velma, de 62 años.

Sus fotos no estaban mal. Era delgada, con el pelo gris y una cara bastante agradable, aunque un poco apocada. Una imagen que le llamó la atención la mostraba de pie delante de un póster de Johnny Carson. Él pensaba que Carson estaba sobrevalorado, pero aun así, no era mala señal.

Su biografía no cabía en las tres líneas que se proporcionaban, y se desplazó hacia arriba para leer el texto completo.

Soltera residente a orillas de Dyes Inlet busca a un aficionado a la comedia para compartir risas sin fin. Cuando no estoy coleccionando objetos de comedias clásicas, me encontrarás organizando mis diversas colecciones o volviendo a ver mis monólogos favoritos.

Sé más trivialidades sobre comedia de las que nadie debería saber. Mi casa está llena de pósteres firmados, discos y memorias poco comunes. Discutamos los mejores monólogos con un café. Pero debo advertirte que cuesta mucho sacarme de casa.

Busco un hombre que aprecie un amor por la risa que nunca se desvanece. Puntos extra si puedes recitar fragmentos icónicos en el coche y tienes opiniones firmes sobre las mejores épocas de SNL. La amabilidad y la seguridad en uno mismo son imprescindibles.

¡La risa y la conexión te esperan!

Deslizó a la derecha y...

¡Sí!

El confeti animado flotó por su pantalla.

Hola, Velma.

Tenía otra coincidencia.

20

Fue en su tercera visita a uno de los contactos de Karen cuando consiguieron una información que podían usar. El nombre del hombre era Taj Patel y resultó que era el primo de Sanjay Patel, el doctor Matasanos.

Tras ver el éxito de su primo en la zona, se había mudado y había abierto un conocido restaurante indio vegetariano, el *Paneer Palace*. Era un hombre bajo que rondaría los cincuenta y tantos años, con un pelo negro y abundante y un brillo en la mirada, como si estuviera al tanto de un chiste que solo él conocía.

Austin y Kendall se reunieron con él en un almacén contiguo a la cocina de su restaurante, rodeados del aroma de las especias, mientras el tintineo y estrépito ocasional de alguna olla o sartén se colaba en su conversación.

—Era una mujer dulce —decía Taj—, pero no para mí. Busco a una chica más tradicional.

—¿Qué quiere decir con tradicional? —preguntó Kendall—. ¿Religiosa?

Soltó una risa breve que se deshizo en una sonrisa de dientes blancos. —No, eso no. Soy hindú, pero no espero encontrar muchas mujeres hindúes por aquí. Ella era demasiado…, no sé, *algo* para mí.

El tono de Kendall sonaba irritado. —Y ese *algo* era, ¿qué? Estamos investigando su *asesinato*, señor Patel.

—No deseo decirlo.

Austin intervino. —¿Le dijo algo sobre otros hombres? ¿Hombres que hubiera conocido en la aplicación, quizás citas que no habían ido bien?

—Sí, y… —dejó que su mirada volviera a posarse en Kendall—. A eso me refería, pero, y lo siento. Me educaron para no hablar mal de los muertos. Intentó acostarse conmigo en nuestra segunda cita. No me sentí cómodo con eso y dijo que «lo hacía todo el tiempo». —Hizo una ligera mueca—. Intento no juzgar, pero simplemente no me sentí cómodo. Desde luego, no en una segunda cita.

Kendall dijo: —¿O sea, que fue más directa de lo que a usted le gustaba?

Él asintió.

—Vale. —Austin había descartado a este tipo como sospechoso bastante rápido. Ahora le interesaba sobre todo lo que Karen pudiera haber dicho sobre otros tíos—. Específicamente, ¿qué dijo sobre otros tíos?

—Ahora es bastante común que la gente en las citas se compadezca de lo terrible que ha sido su experiencia en las aplicaciones. Es una forma de romper el hielo. Todos las odiamos y todos las usamos. —Se rio entre dientes—. Como un barco que se hunde.

Austin se alegró de no haber tenido que probar nunca una aplicación de citas.

—Y —continuó Taj—, Karen fue directa al grano. Dijo que había conocido a un montón de tíos, la mayoría pringados, aunque no usó esa palabra, lo dio a entender. Dijo que conoció a un tío que le dio mal rollo. Se besaron en la segunda cita y entonces él se puso raro, la apartó y no volvió a llamarla.

Kendall parecía escéptica. —¿No es eso más o menos lo que hizo usted?

Él dio un paso atrás. —En absoluto. Yo no me sentí cómodo y se lo dije. Ella dijo que este tío era violento, como si ella le hubiera hecho daño.

Kendall lo anotó en su cuaderno. —¿Y no le dio el nombre del tío?

Él negó con la cabeza.

—Bueno, envíenos las capturas de pantalla de sus mensajes, si no es molestia.

—Encantado de hacerlo.

—Y volveré a cenar pronto —dijo Austin.

El teléfono de Austin sonó mientras cerraba la puerta y Kendall arrancaba el coche. —Hola, Samantha.

—¿Estás con Kendall? Ponlo en altavoz.

Austin activó el manos libres.

—Kendall, soy Samantha. Tengo noticias. He descubierto por qué no encontrábamos las direcciones locales de dos de los tíos con los que Karen había conectado. Usaban nombres falsos. He hablado con alguien de la aplicación *Golden Connections* y me ha dicho que es bastante común. Tienes que pagar ocho dólares al mes por una cuenta verificada, pero cualquiera con una dirección de correo electrónico puede abrir una cuenta sin verificar.

Kendall salió del aparcamiento, salpicando agua al pasar por los baches mientras se incorporaba a la carretera.

—Una de las direcciones de correo electrónico ha arrojado un nombre en mis búsquedas —continuó Samantha—. La suya era una de los veinte millones de cuentas de correo que se filtraron en la red oscura en el hackeo de Curtison de 2022. Para no enrollarme, después de conseguir acceso inicial a través de un exploit en el CMS sin parchear, lograron escalar privilegios y volcar toda la tabla de usuarios de la base de datos de producción. La implementación de la autenticación en dos pasos se eludió fácilmente con un ataque MITM a las cookies de sesión, lo que les dio RCE sin restricciones para extraer más de diez millones de registros de PII y publicarlos.

—¿Y esa era la versión corta? —preguntó Austin.

—Lo siento —dijo Samantha—. No hace falta que entiendas nada más que esto: ¿Te acuerdas de Benjamin Bryans? Era uno de los hombres con los que Karen contactó que *no* tenía una dirección de

aquí. Resulta que es un nombre falso que utiliza nada más y nada menos que Douglas Daniels II. Estaba en la aplicación de citas con un nombre falso y contactó con Karen Sturgis hace cinco semanas.

—Joder —dijo Kendall. Dio un volantazo, cruzó tres carriles de tráfico e hizo un cambio de sentido para volver en dirección a la oficina.

—Hay más —dijo Samantha, y Austin pudo oír la satisfecha emoción en su voz—. También contactó con la primera víctima. Sandra Seville. Hace dos meses. Ni siquiera sabíamos que usaba la aplicación hasta que lo vimos.

Mientras Kendall conducía a toda velocidad hacia la comisaría, Austin pensó en voz alta. —Si Douglas Daniels mató a esas mujeres, ¿por qué coño nos siguió hasta los trasteros ese día? No tiene ningún sentido.

Kendall cambió de carril, esquivando una vieja bota de agua que, inexplicablemente, estaba en medio de la carretera. —No todo tiene sentido. Esto no es una película en la que todo tiene que encajar a la perfección. En el mundo real, a veces las cosas no tienen sentido. A veces la gente hace gilipolleces. Y Douglas Daniels desde luego parece capaz de hacerlas.

Austin no estaba tan seguro. —Ya, pero es una persona real con motivaciones reales. Tenía que tener alguna *razón* para seguirnos.

Ella no respondió. En su lugar, pulsó la pantallita de la consola, que estaba conectada a su teléfono.

—¿A quién llamas? —preguntó Austin.

—Tengo una idea.

Austin vio el nombre en la agenda de contactos cuando ella lo seleccionó en la pantalla. *Stacy Holmes.*

La exmujer de Douglas.

Sonó tres veces antes de que contestara. —¿Diga?

—Señora Holmes, soy Kendall Shaw. —Aparcó en el párking de un supermercado y dejó el coche al ralentí.

—Oh, qué alegría. Que sepa que sus estúpidos agentes llevan dos días apostados con el coche patrulla al final de la entrada de mi casa. He bajado y les he dicho lo que ya le dije a usted y lo que le

repetiré de nuevo: no he visto a Douglas y es imposible que venga aquí, incluso si *está* a la fuga, cosa que dudo mucho.

—Señora Holmes, escuche —dijo Kendall—. Hemos confirmado que Douglas contactó a través de una aplicación de citas llamada *Golden Connections* con ambas víctimas, las dos veces muy recientemente. Esto es suficiente para que pase de ser una persona de interés a nuestro principal sospechoso. Debo advertirle de que, a partir de ahora, ocultar la más mínima información se considerará complicidad con un asesino en busca y captura.

Era un farol, del tipo que Austin siempre había dudado en marcar. La mayoría de la gente con el dinero y la edad de Stacy Holmes se callaría y pediría un abogado en ese momento, incluso sin haber hecho nada malo. Y aunque Austin estaba bastante seguro de que no ocultaba nada, también sabía que podía no gustarle que la amenazaran. Y probablemente conocía sus derechos. No saber nada del paradero de tu exmarido no era delito.

Así que lo que Stacy Holmes dijo a continuación lo dejó de piedra.

—¡Dios mío! —soltó—. ¡La casa victoriana!

—Señora Holmes, ¿qué? —preguntó Kendall.

—Tengo cuatro o cinco propiedades de inversión. Antes de darme cuenta de la basura de persona que era Doug, solíamos pasar los fines de semana en una preciosa casa victoriana en Port Gamble. Una casa realmente histórica. Azul celeste, justo en la costa. Me encantaba esa casa. La hemos dejado un poco de lado, pero…

—¿Y qué pasa con ella? —preguntó Austin.

—Creo que Doug todavía tiene una llave. Lleva cerrada un par de años porque estoy esperando a que el mercado se recupere para venderla. El caso es que puede que todavía tenga una llave porque, en el último año o dos, a medida que nos distanciábamos, solía pasar allí los fines de semana bebiendo cerveza y, en general, haciendo el pringado.

Austin miró de reojo a Kendall, que ya había salido y se dirigía hacia Port Gamble.

—¿La dirección? —preguntó Austin.

Stacy le dio la dirección.

Él le dio las gracias y colgó mientras la introducía en el GPS.

—¿Por qué me suena Port Gamble? —preguntó Kendall—. No creo que fuera nunca de pequeña, pero… no sé. Me suena de algo.

Austin no tenía ni idea. El mapa apareció en la pantalla.

—Espera —continuó ella mientras lo estudiaba—, es el pueblecito que está al otro lado de la reserva s'klallam. El pueblo que todo el mundo dice que está encantado.

21

—En serio —dijo Kendall—. Todas las casas antiguas, los cementerios. Todo el mundo dice que está encantado.

El GPS indicaba que estaban a cinco minutos de su destino, aunque lo único que Austin veía eran árboles de hoja perenne a ambos lados de la carretera. A pesar de que Port Gamble solo estaba a veinte minutos de su casa, apenas había pasado por allí en coche alguna que otra vez de camino a otro sitio.

—Creo que he oído algo de eso —dijo Austin.

—Sígueme la corriente, búscame algo en internet sobre el tema.

Austin hizo una búsqueda rápida en su móvil y luego leyó un blog local llamado *Fantasmas Reales de Kitsap*. «Sobre Port Gamble circulan todo tipo de historias de fantasmas y rumores paranormales. Ese antiguo pueblo maderero, situado en el extremo norte de la península de Kitsap, existe desde mediados del siglo XIX, cuando James Birch fundó la Evergreen Mill Company. Dada su larga historia, no es de extrañar que los lugareños digan que está encantado. Se cree que los espíritus son antiguos trabajadores del aserradero que murieron en trágicos accidentes. La gente afirma que puede oír cómo las viejas máquinas del aserradero se encienden misteriosamente, con el zumbido de las sierras en la noche. Luego está la historia del trabajador que cayó sobre una gran hoja de sierra y al que ahora se ve deambulando por el aserradero en busca de su

brazo amputado. Se llamaba Byron Muddlebrook, y los registros históricos demuestran que murió de esa manera en 1904. Más allá del aserradero, está la Casa Walker-Ames, una preciosa mansión victoriana construida en la década de 1880, donde se ha visto en las ventanas a una dama fantasma vestida de blanco. Y se dice que la tumba del fundador del aserradero, James Birch, en el antiguo cementerio de los pioneros, también está encantada por su fantasma. Con su ubicación aislada junto al estrecho de Puget y toda esa historia, Port Gamble tiene muchas capas de leyendas fantasmales asociadas».

Kendall miró a Austin. —¿Crees en los fantasmas?

—Una vez Fiona me dijo que era un escéptico pragmático por naturaleza. Ni creo en muchas cosas ni dejo de creer en ellas. Intento centrarme en lo que tengo delante.

—No has respondido a mi pregunta.

Delante de ellos, el pueblecito apareció a la vista y el GPS anunció: «En un kilómetro y medio, continúe a la izquierda por la 104 y luego gire a la derecha en Crab Bluff Drive».

—No —dijo Austin—. No creo.

—Pues yo sí —dijo Kendall—. O quizás en los espíritus. En realidad no me crie con mi tribu, los suquamish. Pero después de que mi madre se quitara la vida, lo mejor de ella se quedó para comunicarse conmigo. No solo lo creo, lo sé con toda seguridad.

Austin no dijo nada. No tenía motivos para dudar de ella, aunque tampoco para creerla. La experiencia de ella no tenía nada que ver con la de él, así que no tenía ninguna opinión al respecto.

Kendall giró a la izquierda en una curva mientras el GPS decía: «En cuatrocientos metros, gire a la derecha en Crab Bluff Drive; su destino se encuentra a la izquierda. 234 de Crab Bluff Drive».

Avanzaron en silencio, y la expectación crecía en el interior de Austin. Entonces la vio, una gran casa victoriana de color azul claro, exactamente como la había descrito la señora Holmes.

Kendall se metió por un camino de entrada que se dirigía hacia el agua.

La casa en sí quedaba a la izquierda, envuelta en una niebla gris que se había formado cuando la llovizna amainó. Con vistas al

estrecho, la finca frente al mar, situada en un alto terraplén, tenía al menos media hectárea de césped exuberante y plantas ya crecidas; la casa en sí era de dos plantas, con un tejado muy inclinado, adornos recargados y un porche que la rodeaba. El porche estaba ligeramente hundido, pero aun así abarcaba todo el frente de la casa, sostenido por columnas intrincadamente talladas. No cabía duda de que necesitaba unos cuantos arreglos, pero Austin imaginó que valdría una fortuna una vez restaurada, dado su tamaño y su ubicación frente al mar.

Kendall detuvo el coche en el centro del camino de grava, que estaba vacío salvo por las malas hierbas y unas cuantas hojas secas.
—No hay coches —dijo Austin.

—Si está ahí dentro —dijo Kendall—, probablemente habría sabido que tenía que deshacerse de su coche. Ah, espera, *nosotros* tenemos su coche.

—Es verdad —dijo Austin.

Ambos se quedaron inmóviles, con la mirada fija en la casa.

—¿Crees que está encantada? —preguntó Kendall.

—No —dijo Austin—, pero los dos vamos armados. Si hay fantasmas, creo que tenemos bastantes posibilidades.

Kendall pareció estar de acuerdo, porque se bajó de inmediato del coche y caminó con paso resuelto hasta la puerta. La aporreó con fuerza y luego, al ver un timbre negro, lo pulsó tres veces.

Esperaron un minuto; después, volvió a tocar el timbre y a aporrear la puerta.

Nada.

Las ventanas parecían las originales, de un solo cristal y bastante antiguas. De esas que dejan que se cuele el aire frío y te duplican la factura de la calefacción. Austin se acercó y apoyó el dedo justo en la junta del cristal con el marco de madera. Sintió que salía aire caliente de la casa.

—La señora Holmes dijo que había cerrado la casa. Eso incluiría bajar el termostato. Parece que de ahí sale aire a unos veinte grados.

—Alguien ha puesto la calefacción —dijo Kendall. Ya estaba hablando por el móvil.

—Sta…, quiero decir, señora Holmes. ¿A qué temperatura dejó el termostato cuando cerró la casa? —escuchó, asintiendo—. Vale, de acuerdo. Gracias. Hay alguien en su casa ahora mismo. Han puesto la calefacción. ¿Nos da su permiso para forzar la entrada y hacer una comprobación? —Volvió a escuchar, bajando los escalones—. Mejor todavía. Genial, gracias.

Agachada en una pequeña zona ajardinada, Kendall levantó una fuentecilla de piedra que llevaba seca mucho tiempo y escarbó en la tierra. Se puso en pie y levantó una llave plateada moteada de tierra negra.

—¿Te ha dado permiso? —preguntó Austin.

—Sus palabras exactas han sido: «Si esa babosa está acampada en mi casa, tienen permiso para pegarle un tiro en cuanto lo vean». ¿Llevas el arma?

Austin dio unos golpecitos al arma, que llevaba en la funda de siempre, en la cadera derecha.

—Diría que no siguiéramos las órdenes de Stacy Holmes, pero sí, estoy listo para lo que sea.

—Pues vamos.

La llave funcionó y la puerta se abrió de inmediato. Por suerte, no emitió el fuerte chirrido que Austin había esperado de una puerta de madera vieja.

—Tú encárgate de la planta de arriba —susurró Kendall—. Yo me quedo con la de abajo.

Austin asintió y agarró la barandilla, cuya madera, en su día pulida, ahora estaba cubierta de mugre. Subió lentamente la escalera, que crujió mucho más que la puerta; cada escalón resonaba en el vestíbulo de abajo.

Al llegar al rellano del segundo piso, sacó una minilinterna del cinturón y barrió con el haz de luz el largo pasillo.

—Douglas Daniels —llamó—. Tenemos permiso de la señora Holmes para estar aquí. Soy Thomas Austin, del Departamento del Sheriff de Kitsap.

Había puertas a ambos lados, todas cerradas excepto la última de la derecha. Las sombras parecían aferrarse al desconchado papel pintado de flores, reptando desde el raído suelo de madera.

Avanzó sigilosamente por el pasillo, con cuidado de evitar los puntos donde las tablas cedían.

—Douglas Daniels —repitió—, ¿está usted aquí?

Al acercarse a la primera puerta, giró el deslustrado pomo de cristal y la abrió con un prolongado chirrido. Dentro, el haz de luz reveló un dormitorio infantil, decorado en un polvoriento rosa desvaído. En un rincón había una cama con dosel, con las cortinas aún recogidas y veteadas de moho. En otro rincón lleno de telarañas, una muñeca de porcelana lo observaba con ojos que no parpadeaban.

Retrocedió rápidamente y cerró la puerta.

La siguiente habitación era un cuarto de baño, con los lavabos y la bañera con patas teñidos de verde por el paso del tiempo. Stacy Holmes no había bromeado al decir que había dejado la casa abandonada. Tras comprobar detrás de la cortina de ducha de flores, no encontró más que un cerco de suciedad en la porcelana.

Kendall cruzó lentamente el vestíbulo hacia un pasillo, con los sentidos alerta.

—Douglas Daniels, somos del Departamento del Sheriff del condado de Kitsap. Salga con las manos en alto —dijo con firmeza.

Solo el silencio respondió.

Al entrar en la cocina, barrió con la linterna los hornos manchados de hollín y el espacio bajo la gran mesa de madera. Sintió una fría corriente de aire en el cuello, casi como si alguien se hubiera deslizado a su lado. Miró rápidamente a su alrededor, pero no vio nada.

Al otro lado de la cocina, las dependencias del servicio solo albergaban el armazón oxidado de una cama y un colchón amarillento. Kendall se agachó e iluminó con la linterna el espacio que había debajo de la cama. Un débil correteo sonó en las sombras, pero no reveló ningún visitante oculto.

Dirigiéndose al baño, gritó una vez más:

—¡Douglas Daniels, salga de ahí ahora mismo!

Al abrir el armario del espejo, las tuberías traquetearon y resoplaron. Se dio la vuelta de repente, con la mano en la funda de la pistola. Pero la habitación permaneció en silencio.

Sintió una presencia, pero no era en absoluto benévola.

Deseó que su madre estuviera con ella en ese momento.

Al otro lado del pasillo, dentro de lo que creía que era una habitación de invitados, Austin iluminó con la linterna unos montones tambaleantes de baúles y muebles cubiertos con sábanas amarillentas. La lluvia golpeaba las ventanas mientras el viento arreciaba fuera.

Al acercarse a la puerta entreabierta al final del pasillo, se detuvo al oír crujir las tablas del suelo de la escalera, como si unos pasos invisibles estuvieran subiendo. Se quedó quieto, conteniendo la respiración, aguzando el oído.

Luego, el silencio.

La casa misma parecía tener vida, jugando con sus nervios.

Serenándose, abrió del todo la última puerta de un empujón. Allí, en lo que una vez fue el dormitorio principal, la luz que se filtraba por los cristales rotos de las ventanas reveló una cama con dosel. Al pasar la linterna por las paredes de color esmeralda desconchadas, vio manchas de agua que bajaban hasta los rodapiés enmohecidos.

La lluvia siseó contra la ventana al intensificarse.

Bajando a la bodega, Kendall pasó lentamente la luz de la linterna por cajas desordenadas y frascos cubiertos de polvo. En una esquina, un soporte con herramientas colgaba de la pared como si esperara el regreso de un obrero. Sintió un impulso infundado de

mirar detrás de la escalera. Al iluminar el reducido espacio, solo reveló más telarañas.

Al no encontrar señales de vida, Kendall subió de nuevo.

—¿Austin? —dijo su nombre, pero no lo bastante alto para que él la oyera.

Algo en esa casa la impulsaba a guardar silencio, a esconderse en las sombras.

—¿Austin? —dijo esta vez con voz más alta.

Pero siguió sin responder.

Dirigiéndose a un armario gigante al otro lado de la habitación, Austin abrió las dos puertas, haciendo una mueca de dolor cuando rozaron el marco, que se había hinchado debido a que la humedad había deformado la madera con los años. Dentro todavía colgaban abrigos apolillados, que apartó mientras palpaba la pared del fondo en busca de cualquier secreto que pudiera esconder. Pero solo había una pared sólida.

Su olfato supo que algo iba mal antes de que su mente pudiera procesarlo. Un ligero cambio en el olor de la habitación. A hoguera, o quizás a cigarrillos. Y, sin duda, a whisky.

Se giró en el momento en que el objeto metálico le golpeó la cabeza. Lo último que vio al caer fueron los dientes torcidos y amarillentos de Douglas Daniels.

22

Austin oyó un forcejeo. Gruñidos y pasos arrastrados. Algo se hizo añicos a su izquierda.

¿Dónde diablos estaba?

En el suelo. Estaba en el suelo.

—¡Austin! —Era la voz de Kendall—. Mis esposas.

Parpadeando, intentó ponerse en pie, pero se desvió hacia la izquierda y se estrelló contra las puertas del armario.

Mientras se le acostumbraba la vista y recuperaba el equilibrio, la habitación quedó en silencio a excepción de un traqueteo metálico, seguido de un clic.

Se giró y vio a Kendall esposando a un Douglas Daniels reducido y ensangrentado a la cama.

Kendall retrocedió, jadeando, y echó la pierna hacia atrás como si fuera a darle una patada. Se contuvo y escupió sangre en un rincón de la habitación.

—¿Estás herida? —preguntó Austin, llevándose la mano a la cabeza para palpar el chichón que se le estaba formando. Le zumbaban los oídos, pero al menos no sangraba.

—Este tío no me ha hecho una mierda —dijo ella, todavía sin aliento—. Me he mordido el labio al darle un rodillazo en la entrepierna.

Efectivamente, Douglas, que no había dicho ni una palabra, se sujetaba la entrepierna y gemía en una agonía silenciosa. También tenía una marca de un rojo intenso en la barbilla, como si hubiera recibido uno o dos puñetazos.

El pequeño candelabro de metal que había usado para golpear a Austin en la cabeza yacía en el suelo, a su lado. Pero Austin estaba confuso. —¿Dónde demonios estabas? —le preguntó.

—Hay una puerta que da al desván al final del pasillo —dijo Kendall—. La he visto cuando subía corriendo. Supongo que no te has dado cuenta.

Austin miró a Douglas, que asintió.

—¿Nos lo llevamos? —le preguntó Austin a Kendall.

Una tenue luz grisácea se colaba por una rendija de las cortinas, y Kendall se sentó con las piernas cruzadas frente a Douglas, apuntándose a la cara con la linterna desde abajo como si se preparara para contarle una historia de miedo. —No, quedémonos aquí y tengamos una charlita.

Douglas se cruzó el único brazo que tenía libre sobre el pecho, lo que le daba un aspecto ridículo. —No voy a decir nada. Llamen a mi hermano. ¡Su *jefe*!

Kendall le enfocó con la linterna y él entrecerró los ojos cuando la luz le dio en la cara. —Sabe que estamos aquí. Cómo cree que hemos descubierto este sitio.

Era mentira, pero la expresión en los ojos de Douglas le dijo a Austin que podía creérselo. Stacy Holmes había dicho que no era muy listo, y Austin empezaba a estar de acuerdo. —Yo... yo no creo que supiera que estaba aquí. A no ser que... Stacy. —Dejó caer la cabeza—. Me han traicionado los dos, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo Kendall—. Por eso debería contarnos lo que pasó. Austin no cree que sea usted nuestro hombre, pero yo creo que va de cabeza a Walla Walla.

Douglas pareció confuso.

—Walla Walla. Máxima seguridad. Triple valla con alambre de espino —dijo, sonriendo—. Torres de vigilancia, una valla electrificada letal. Por no hablar de la comida. La comida allí es un asco.

Su rostro tembló, pero luego, como si hubiera recuperado la determinación, cerró el puño y lo estrelló contra el armazón de la cama.

Austin dijo: —Parece un niño pequeño con una rabieta, Douglas. Con toda la razón, yo debería estar bastante cabreado, pero la verdad es que estoy más bien confuso. Verá, Kendall y yo hemos hecho una apuesta. Ella está segura de que la persona que mató a Karen Sturgis y a Sandra Seville es la misma que mató a Miriam McKenzie hace tantos años. Yo estoy bastante seguro de que se equivoca. No creo que haya asesinado a nadie, pero, si lo hizo, confiéselo para que podamos saldar nuestra apuesta.

—Yo... yo no he matado a nadie.

—Entonces, ¿por qué nos siguió al almacén? —exigió Kendall—. ¿Por qué huyó y por qué se escondió? —Golpeó el candelabro con la punta de su bota negra. Luego se agachó para ponerse a su altura y casi escupió la siguiente frase—. ¿Y por qué tenemos un cargo de intento de asesinato contra mi amigo? Aunque no matara a esas mujeres, eso le costará de veinte años a cadena perpetua.

O Kendall estaba perdiendo los estribos o lo fingía; Austin no estaba seguro. Con el rostro a centímetros del suyo, Kendall continuó, con la voz convertida en un susurro acusador. —Esto es lo que pasó. Durante unas vacaciones de su elitista internado en 1979, oyó hablar de Miriam McKenzie. Sabía que era una chica fácil. Tenía catorce años, estaba lleno de sí mismo… puede que perdiera la virginidad mientras estaba en el internado. Probablemente un fin de semana en la trastienda de una pizzería grasienta. Así que vuelve a la ciudad y piensa: «¿Por qué no probar suerte con la florista que parece que se acuesta con cualquiera?». Pero es demasiado estúpido, demasiado joven, demasiado pringado. Así que ella le rechaza y usted la mata. Como el adolescente angustiado que era, le grabó un corazón en la espalda para mostrarle al mundo su dolor. Muy *emo* por su parte.

—No, no, no —masculló él.

Pero Kendall era un tren de mercancías cogiendo velocidad, como una fiscal que remataba el caso de su carrera. De hecho, no muy distinto a como solía hacer Fiona. —Se sintió mal por ello, ¿verdad,

Dougie? Al fin y al cabo, no es un mal tipo, ¿a que no? Y como su padre dirigía la oficina del sheriff, se lo taparon todo muy bien. Hicieron un poco la vista gorda porque usted prometió no volver a hacerlo, ¿no es cierto? Pero con el paso de los años, mientras su vida iba a peor, le entró un come-come que no se podía quitar de encima. Su mujer por fin lo echa de casa y usted decide que ya solo puede ir cuesta abajo. Empieza a contactar con mujeres en aplicaciones de citas y, sencillamente, mata a las que le rechazan. —Se puso de pie y lo señaló—. ¿No es así?

Al final del discurso de ella, él estaba sollozando, pero no había dicho más que unas cuantas negativas entre dientes. Finalmente, dijo: —Quiero ver a mi hermano, él sabrá qué hacer. Y un abogado.

Diez minutos después, bajaban la escalinata —Douglas, aún esposado, iba delante, hacia el coche de ellos— cuando tres todoterrenos negros aparecieron, aparcando uno junto al otro y bloqueando la entrada para vehículos. La mano de Austin fue instintivamente a su pistola, pero entonces vio una cara conocida a través del parabrisas del segundo coche.

Era el sheriff Daniels.

Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, cuatro hombres y dos mujeres habían salido de los todoterrenos, encabezados por el propio Daniels.

Tenía las mejillas pálidas y no presentaba las habituales manchas de un rojo intenso que indicaban que había estado bebiendo. —Siguiendo el consejo de mi asesor legal y de mi equipo político —dijo el sheriff Daniels—, estoy dispuesto a contárselo todo.

23

La escena era surrealista. Si no estuviera sucediendo ante sus propios ojos, Austin jamás habría creído que fuera posible.

La lluvia había arreciado y se estaban formando charcos en el camino de grava, así que habían sacado unas cuantas sillas viejas de madera de la casa. El sheriff Daniels estaba sentado en una mecedora de roble, flanqueado por su directora de campaña, que lo grababa todo con su iPhone, y por un joven abogado que hacía una mueca de disgusto cada pocos segundos, sin importar lo que nadie hiciera o dijera.

—Todo se remonta a 1978 —empezó Daniels—. Un año antes de que mataran a Miriam McKenzie. Mi padre tenía una aventura con ella. Con Miriam. Se *acostaban* juntos. —Negó con la cabeza—. Podrán decir de mí lo que quieran, pero yo nunca le he puesto los cuernos a mi mujer. Supongo que eran otros tiempos, los setenta. Bueno, el caso es que se acostaba con Miriam. Pero no la mató.

—Para empezar —dijo Kendall—. Si eso es verdad, ella tenía *diecisiete* años en aquel entonces.

Daniels hizo una mueca aún peor que la del abogado de cara avinagrada.

—¿Cómo sabe usted que no la mató? —preguntó Austin.

Daniels fulminó a Austin con la mirada. —Ya llegaré a eso. —Levantó la vista hacia Kendall—. Usted se dio cuenta enseguida de lo

malos que eran los expedientes del caso original, ¿verdad?

Kendall dijo:

—¿Y va a decirme que se perdieron en un accidente absurdo o algo por el estilo?

—En absoluto —dijo Daniels—. Los destruyeron a propósito un mes antes de que yo aceptara este puesto. Durante la investigación, se descubrió que mi padre se había estado acostando con Miriam. Ella salía con varios chicos y, bueno, la cosa se supo. Eso le daba un móvil para el asesinato. Él tenía una familia joven. Era un pilar de la comunidad. El sheriff. Era respetado. Importante. Así que, ¿qué imagen daría si se supiera que tenía una aventura con una florista de dieciocho años? —Frunció el ceño—. Diecisiete cuando empezó, supongo.

Kendall dijo:

—Un móvil en toda regla, si a mí me preguntan.

—Ya sé la mala pinta que tiene —dijo Daniels—. Pero él *no* la mató. —Hizo una pausa mientras su directora de campaña se inclinaba para susurrarle algo al oído—. Necesito llegar al grano, así que, por favor, déjenme terminar. A mi padre le importaba más su reputación que resolver el caso. Lo admito. Sabía que si el caso seguía en las noticias, si la gente continuaba hablando de Miriam, de sus citas, de todo aquello, al final su aventura saldría a la luz. Así que finiquitó la investigación, lo enterró todo. —Su rostro se contrajo como si le revolviera el estómago—. Pero no fue porque la matara.

Austin creyó que Daniels decía la verdad, o al menos la verdad tal como él la entendía. Su padre había muerto hacía unos años, así que estaba claro que no era el autor de los asesinatos recientes, pero nada de lo que Daniels había dicho demostraba que su padre no hubiera matado a Miriam. De hecho, cuanto más hablaba, más parecía que su padre tenía el móvil perfecto para matarla y usar sus recursos para encubrirlo.

Kendall estaba pensando lo mismo. —¿Dónde están las pruebas?

El abogado sacó de un maletín una bolsa de plástico transparente que contenía un libro rosa con un pequeño candado dorado en forma de corazón. —El diario de Miriam McKenzie, 1978 y 1979.

Kendall alargó la mano para cogerlo, pero el abogado lo retiró. —Estas son nuestras condiciones —dijo en un tono seco y profesional —. Pueden examinarlo durante quince minutos. No pueden quedárselo ni fotocopiarlo. Verán que, en el diario, hay un posible sospechoso. Se le buscó en su momento, aunque nunca se le atrapó. Si al final lo atrapan, a él o a ella, informarán al sheriff Daniels, como es su deber de todos modos, y le darán la oportunidad de hacer una entrevista pública en la que anuncie que el caso está resuelto *y* se sincere sobre la historia de su familia.

—Estoy dispuesto a admitir lo que pasó —dijo Daniels con gravedad.

—Querrá decir —corrigió Kendall— que está dispuesto a sacrificar a su padre para salvar su propio culo.

A Austin le repugnaba el politiqueo del asunto. —¿Así que, cuando resolvamos este caso —le preguntó al abogado—, quiere que Daniels se lleve el mérito y que le permitamos presentar la corrupción de su padre de tal manera que no perjudique sus cifras en las encuestas? ¿Lo he entendido bien?

El abogado le dedicó una sonrisa de suficiencia. —Creemos que el público querrá escuchar al sheriff directamente. El crimen y la seguridad regional son un tema importante en esta campaña.

Austin negó con la cabeza con asco, pero no dijo nada.

—De acuerdo —dijo Kendall.

Austin supuso que la mención de un posible sospechoso en los asesinatos originales había despertado algo en ella, igual que en él. Algo más poderoso que cualquier recelo por las condiciones que el abogado había expuesto.

—Pero tengo una pregunta —continuó ella—. ¿De dónde *ha salido* esto? Si no estaba en los expedientes, ¿de dónde lo ha sacado?

—Mi padre —dijo Daniels—. Me lo dio un mes antes de morir. Miren, la gente no es del todo buena ni del todo mala. Esa no es la realidad. Hizo algunas cosas turbias, corruptas, ilegales. Como yo, era un borracho. También ayudó a modernizar Kitsap. Desarrolló las infraestructuras. Él…, miren, algunos de los submarinos de Bremerton nos ayudaron a ganar la Guerra Fría. ¿Dónde creen

ustedes que comían esos hombres y mujeres de la Marina, dónde vivían, por qué calles conducían? Tenía sus defectos, sí, pero…

Mientras hablaba, Austin no pudo evitar pensar que Daniels hablaba tanto de sí mismo, de su propio legado, como del de su padre.

Su tono era triste, resignado. —La gente no es del todo buena ni del todo mala —repitió mientras el abogado le entregaba el diario a Kendall.

Daniels y su equipo habían vuelto a sus todoterrenos para hacer llamadas y esperar a que pasaran los quince minutos.

Aún en el porche, Kendall se apoyó en la casa y Austin leyó por encima de su hombro.

15 de enero de 1978

He quedado con el Chico Popular en la cafetería de cerca del instituto. Me ha invitado al café y a una magdalena de arándanos. Vamos juntos a clase de Química. Habla de fiestas en la playa esta primavera.

1 de febrero de 1978

Los besos del Chico Popular eran babosos. Cuando fuimos al lago, lo único que le interesaba era meterme mano. Demasiado inmaduro.

6 de junio de 1978

He conocido al Pez Gordo en mi trabajo. El único problema: venía a comprarle flores a SU MUJER. Nunca pensé que haría lo que estoy pensando hacer. Es un pez gordo, tan refinado. Me ha llevado a un italiano, ha pedido vino. Me he sentido como en una nube. Su experiencia me intriga.

—El Pez Gordo tiene que ser Douglas Daniels, ¿no? El padre, no el chaval de catorce años —dijo Austin.

—Es lo que yo también he pensado —dijo Kendall.

12 de octubre de 1978

El Empollón y yo hemos estudiado en la biblioteca. Era tímido, pero muy mono. Luego hemos ido a Gino's. La pizza de anchoas me ha dado arcadas. En la cama, ha acabado tan rápido que apenas me he dado cuenta. Nota mental: no más estudiantes de Físicas.

2 de enero de 1979

Los chistes del Cómico eran inquietantes. En nuestra primera cita me ha llevado a una casa encantada. ¡¿Quién va a una casa encantada en enero?! Se reía mientras nos liábamos y luego ha hecho una imitación malísima de Marlon Brando. ¡Nunca más!

15 de enero de 1979

El Pez Gordo sabe perfectamente cómo agasajarme. Me manda flores «porque sí». En la cama es atento, se toma su tiempo. Un hombre, no un crío. Suena Fleetwood Mac mientras nos besamos para despedirnos.

27 de febrero de 1979

La primavera está al caer. Nuevas posibilidades, pero los viejos sentimientos permanecen. El Pez Gordo me ha abierto los ojos. Me queda tanto por aprender. Hasta entonces, ABBA acompaña mis sueños con el único, el de verdad, sea quien sea.

30 de marzo de 1979

Casi es primavera. Cuando el Pez Gordo cortó conmigo, dije que no volvería a salir con nadie. Y, sin embargo, la semana pasada vi al Cómico. Dijo que ahora era diferente. Lo era, pero esta vez fue peor. Sus chistes son oscuros, incluso macabros. Se ha hecho bastante conocido por la zona. No es famoso, pero está en camino. Estados Unidos atraviesa una etapa oscura y quizá sus chistes sean lo que la gente quiere. Podría verlo en SNL dentro de unos años.

Y, sin embargo… hay algo en él. Algo oscuro. Algo malvado.

Lo odio, pero de algún modo también me resulta atractivo.

24

Estaba sentado en una mesa desvencijada, garabateando chistes en las páginas de un bloc que habían amarilleado con el tiempo. Iba por la tercera hoja. La vieja casa flotante se mecía suavemente con el vaivén de Dyes Inlet.

El olor a moho flotaba en el aire mientras la barca crujía contra sus amarras. Los chistes tenían que ser buenos. Había quedado con su cita en un restaurante de barbacoa coreana y los chistes *tenían* que ser buenos.

¿Cómo llamas a un funerario salido en moto?, garabateó.

Un montamuertos.

Lo tachó; demasiado verde para ella. Inapropiado. Parecía una tía apocada y tenía que recordar no pasarse de la raya.

Se preguntó si ella le preguntaría por su pasado. Tenía una bonita versión ensayada, por supuesto. Una que había repetido a menudo. —Nunca me llegó la gran oportunidad. Es un mundillo muy duro. Tenía talento, claro, pero no estaba destinado a ser uno de los grandes.

La verdad era que *sí* que había estado destinado a ser uno de los grandes. Y lo había echado todo a perder porque se odiaba a sí mismo. Fue a finales de los setenta cuando las cosas empezaron a ir bien. Llevaba ya seis años en ello y, por fin, los bolos empezaron a funcionar. Pronto llenaba las salas de comedia y era telonero de los

grandes nombres. Sabía que en un año, quizá dos, SNL y Hollywood llamarían a su puerta.

Pero la presión se intensificó. Empezó a faltar a bolos «por una migraña», aunque las resacas eran las verdaderas culpables. Plantaba reuniones importantes porque la idea del éxito le resultaba asfixiante.

Volvió a garabatear en el bloc: *¿Cómo llamas a un forense con un mago muerto?*

Abracadáver.

¿Qué? Ni siquiera tenía mucho sentido. Estaba claro que había perdido el toque.

¿Por qué mi exmujer no pudo correr más que el coche?

¡Porque se le echaron encima!

Era demasiado viejo para esto. Y, sin embargo, su cita también era mayor. Quizá a ella le gustarían sus chistes malos.

Afuera, un pájaro graznó lúgubremente en la distancia. Algo en aquel graznido le retorció el corazón y le recordó sus fracasos.

Podría haber sido el siguiente Rodney Dangerfield o Bill Murray. Joder, incluso John Belushi: consumirse joven, pero dejar huella. En cambio, no era nada.

La verdad era que siempre se había odiado a sí mismo. Se sentía como un fraude entre los cómicos de verdad. No podía conciliar sus delirios de fama, su amor por los focos, con su incapacidad para poner orden en su vida. No tenía sentido, ni siquiera para él. Cuanto más le aplaudía el público, más se saboteaba a sí mismo. Estaba la bebida, claro, pero eso no era ni lo peor.

Simplemente se bloqueó. Dejó de presentarse a los bolos. No lo sabía en ese momento, pero todo aquel cariño solo hacía que se odiara más.

Después de lo que pasó con Miriam, huyó de la ciudad. Enseñó improvisación a jubilados sosos en cruceros, actuó en bares mugrientos para borrachos que le lanzaban insultos y a veces cacahuetes en lugar de risas.

Construyó una vida vacía, lejos de la que había soñado. Ahora había regresado por fin, convertido en un profundo fracaso. Sin familia, sin amigos del mundillo, sin carrera.

¿Cómo llamas a un niño de tres años sin ojos y sin piernas?, escribió.

Bah, a esas alturas el nombre ya no importa mucho, ¿verdad?

Se rio en voz alta. Era negro, sí, pero era el tipo de material con el que lo había petado en su apogeo. Bien integrado en el monólogo adecuado, ese chiste habría sido la hostia.

¿Por qué el niño ciego de ocho años no podía ir solo al parque?

Porque estaba muerto.

Perfectamente negro. Su cita quedaría impresionada.

Aún lo tenía. Toda aquella promesa, latente durante tanto tiempo, seguía ahí, y por un breve instante dejó que su mente divagara hacia una nueva posibilidad.

Podría dejar de matar. Dejarlo todo, abrir un canal de YouTube. Aprender a usar TikTok. Eso es lo que hacían los cómicos hoy en día, ¿no? Alcanzaría la fama, como siempre debió haber sido. Claro que ahora era mayor, pero podría usarlo a su favor.

A fin de cuentas, a Estados Unidos le encantaban las historias de regresos triunfales.

Y, sin embargo, la pregunta lo atormentaba: si alguna vez volviera a alcanzar la fama, ¿se sabotearía a sí mismo a cada paso? ¿Volvería a ceder ante el miedo paralizante de ese mismo foco de atención que tan desesperadamente anhelaba?

Durante la hora siguiente, mientras la casa flotante se mecía suavemente sobre las oscuras aguas, pulió los chistes y llenó los márgenes con otros nuevos, algunos graciosos, otros no tanto.

Al menos volvía a trabajar.

Los cómicos siempre decían que el mejor público era un público que *quisiera* reír. Un público al que le encantara el humor y viniera dispuesto a que lo entretuvieran.

Velma Wakefield sería su mejor público en años.

25

Eran solo las siete de la mañana, pero Ridley estaba en plena sesión de fotos cuando llegó Austin. Sentado junto a la chimenea de su enorme casa, Ridley se inclinaba, sonriendo a sus mellizos, un niño y una niña, que tenían menos de dos meses.

Rachel, su mujer, iba vestida completamente de blanco y llevaba sus rastas negras recogidas en dos moños impresionantes que recordaban un poco al peinado de la princesa Leia de *Star Wars*.

El ambiente en la casa era de efervescencia y Austin no tardó en averiguar por qué.

Después de que Austin y Kendall terminaran con el diario, el sheriff Daniels se había marchado con su equipo político. Había parecido seguro de que se había evitado una crisis y de que, aunque la corrupción de su padre estuviera a punto de salir a la luz, su campaña política iba lo suficientemente por delante como para salir airosa, para poder capear el temporal.

Pero cuando se había alejado de la compañía de su equipo político, se había puesto a beber.

Y a beber.

Poco después de la medianoche, a Daniels le habían dado el alto por conducir ebrio.

La detención había corrido a cargo de la Patrulla Estatal de Washington, no del Departamento del Sheriff de Kitsap, y se había

filtrado en cuestión de horas. En ese momento, todas las cadenas locales e incluso algunas nacionales estaban informando de la noticia. Como las elecciones eran unas elecciones especiales fuera de ciclo, los medios de comunicación nacionales no tenían muchas contiendas políticas que cubrir, así que la detención por conducir bajo los efectos del alcohol del candidato favorito a convertirse en el próximo gobernador de Washington era carnaza para ellos.

Era el día de Navidad para los programas de noticias por cable. Sobre todo porque el favorito de los medios, Calvin Ridley, ya estaba subiendo como la espuma en las encuestas.

El fotógrafo anunció un descanso para cambiar parte del equipo de iluminación dispuesto en el salón y Ridley señaló con la cabeza una puerta de cristal que daba al jardín.

Austin lo siguió y salió a una mañana luminosa con un aire tan puro como ninguno que hubiera respirado jamás. Solo en el estado de Washington había experimentado algo parecido.

Ridley le había enviado un mensaje a las cinco de la mañana, diciéndole que tenía más noticias de Sean y Claire y que se pasara si podía. Había conseguido apartar su último encuentro de la mente, pero la verdad era que Austin deseaba desesperadamente esas noticias. Y, sin embargo, se encontró con que sus primeras palabras buscaban cualquier otra cosa. —Parece que ahora podrías tener una oportunidad real de ganar esto.

Ridley caminaba de un lado a otro sobre la hierba de un verde intenso, mirando hacia la casa. —Puede ser. Daniels parece empeñado en echarlo todo a perder. Me sabe mal por él, pero, sinceramente, no es apto. Sin más. Debería estar en rehabilitación.

Austin estaba de acuerdo. —Sé que debes de sentirte incómodo con las fotos y todo eso, pero te lo debes a ti mismo y al estado ganar esto. Carter… bueno, *quizá*. No tengo ningún gran problema con ese tipo. Pero imagina que Daniels se convierte en gobernador. A lo mejor tendría que mudarme a Idaho o algo.

Ridley suspiró. —La verdad es que *quiero* ganar. Al principio no. Ahora sí. Pero mira, Austin, solo tengo un minuto.

Austin estudió el rostro de su amigo. Si le había parecido afligido cuando se vieron en el ferri, ahora parecía peor, mucho peor. Lo

estaba mirando como si fuera a darle un diagnóstico terminal.

—Sean ha visto cientos de casos de infidelidades —empezó Ridley—. De cónyuges infieles. Como detective privado, es su pan de cada día. Con eso paga el alquiler. Ya me dijo que lo que había encontrado le parecía una infidelidad. Le dije que no te lo mencionaría a menos que tuviera pruebas. —Ridley sacó un sobre del bolsillo interior de su americana—. No las llevaba encima la primera vez que nos vimos. Pero aquí están y no son ninguna tontería. Recibos de hotel, retiradas de efectivo que coinciden con las fechas de registro. Incluso fotos. Y cartas.

Austin rasgó el sobre. Ignorando los recibos fotocopiados, miró las fotos. El corazón se le encogió en el pecho. Era Fiona, con un traje de pantalón color crema y tacones negros, mirando hacia atrás mientras entraba en lo que parecía ser un hotelucho. —Nunca supe nada de… de…

—Lo siento —dijo Ridley.

Austin hojeó los papeles y se detuvo en la fotocopia de un billete de avión. —¿Qué es esto?

—Tenía un billete para ir a Portland seis días después de su muerte. Lopez tenía un billete para la misma fecha. Vuelos diferentes. Mismo día.

—¿Portland? —Austin se sintió desfallecer. Hizo memoria, recordando que ella tenía un viaje planeado para la semana siguiente a su asesinato—. Me dijo que tenía un congreso en Denver. La Asociación Nacional de Fiscales de Distrito o quizá el Colegio de Abogados de Nueva York. Algo así. Nunca conseguía aclararme con todos sus eventos.

—Son las cartas las que... bueno, ya lo verás.

—¡Volvemos a la carga! —gritó una voz potente desde el interior de la casa.

—Tengo que volver ahí dentro —dijo Ridley—. Austin, siento tener que dejarte con esto, pero si fuera yo, querría saberlo. —Le dio una palmada en la espalda y desapareció dentro, dejándolo a solas en el jardín para que leyera las cartas.

Querida Fiona:

Apenas he podido dejar de sonreír en todo el día pensando en nuestra comida de ayer. El tiempo que pasamos juntos es lo mejor de mi semana. Encontrarme contigo es siempre como coger una bocanada de aire fresco después de haber estado demasiado tiempo bajo el agua. Pensaré en ti mañana a mediodía, disfrutando de tu helado favorito de praliné y nueces pacanas en nuestro sitio de siempre.

Sé que guardar nuestro secreto es difícil a veces, sobre todo con Austin. Pero te prometo que encontraremos la forma de superar esto. Te mereces a alguien que vea lo increíble que eres, con trabajo y todo.

Tuyo siempre,

Jorge

A Austin se le revolvieron las tripas y se dobló sobre sí mismo, con los ojos anegados en lágrimas. Quería hacer trizas la carta, pero en vez de eso se encontró leyendo la siguiente.

Mi querida Fiona:

Te echo de menos cada día más. Nuestro encuentro a mediodía en el hotel de Manhattan Beach es lo único que me ayuda a sobrellevar este tedioso encargo. ¿Cómo es posible que alguien tan bella tenga además una mente tan brillante como la tuya? No dejas de asombrarme.

Sé que te sientes culpable, y lo entiendo. Pero también veo lo desatendida que te sientes en tu matrimonio. Un hombre tan centrado en su trabajo no podría apreciarte como te mereces.

Reúnete conmigo mañana en nuestro sitio y juntos encontraremos la forma de superar esto. Ahora nada podría apartarme de tu lado.

Con todo mi amor,

Jorge

Austin caminó a trompicones hasta su camioneta, con la mente agitándose y dando manotazos como si se hubiera caído al mar sin saber nadar. Era como si su cuerpo hubiera desaparecido y todo sonido se hubiera extinguido.

Junto a su camioneta, buscó las llaves a tientas y se le cayeron en la entrada para el coche.

Blanco.

Por primera vez en su vida, saboreó un color. Un sabor a nada. Una negrura más allá de lo negro, una intensidad oscura tan grande que se había convertido en una blancura penetrante, vacía y cegadora que le llenaba la boca, el cerebro, el cuerpo.

Al ir a coger las llaves, cayó de rodillas y soltó un grito que hizo que los pájaros cercanos alzaran el vuelo.

26

Austin lanzó la pelota de tenis tan lejos como pudo, mientras veía a Run correr por la playa tras ella. Se detuvo derrapando en la arena antes de cogerla y volver corriendo.

Austin solo se había declarado enfermo cuatro veces en toda su carrera en el NYPD. Cuatro veces en veinte años. Así que, cuando le escribió a Kendall para decirle que necesitaba el resto del día libre, le remordió la conciencia, a pesar de que su mente seguía dándole vueltas a las cartas.

Aquellas cartas. Era como si todo lo que había conocido, los mismísimos cimientos sobre los que se habían asentado su vida y su identidad, se estuvieran tambaleando.

El móvil le vibró en el bolsillo y lo sacó para ver quién llamaba.

Su madre.

Desvió la llamada al buzón de voz.

Se agachó y cogió la pelota para volver a lanzarla. Esta vez había una frustración, una rabia, que nunca antes había sentido, al menos no mientras jugaba con Run en la playa.

—Has vuelto pronto —dijo la voz de Anna a su espalda.

—Tú también —dijo él, dándose la vuelta. Había tenido una entrevista de trabajo y no la esperaba hasta la hora de la cena.

—La primera pregunta del director ha sido sobre mis habilidades de edición de vídeo y si podía *crear contenido de vídeo narrativo*

único y atractivo para su marca de medios dinámica y con visión de futuro. Cuando le he dicho que no sabía lo que significaban la mitad de esas palabras, ambos hemos estado de acuerdo en que yo no era la persona que buscaba.

Austin forzó una risa, pero no le salía del corazón.

Anna se dio cuenta. —¿Qué pasa? ¿Por qué no estás con Kendall? Vi algo sobre Daniels conduciendo borracho. Me sorprende que no pudiera taparlo.

—La policía estatal lo paró y se filtró antes de que pudiera recurrir a alguien que le debiera un favor.

Anna negó con la cabeza. —Yo quería que ganara Ridley, pero nunca pensé que fuera posible. En la emisora de radio que venía escuchando en el coche han tenido un debate de diez minutos sobre el vídeo del partido. Discutían si alguna vez un solo clip había hecho tanto por impulsar una carrera.

Run esperaba pacientemente a sus pies, tras haber soltado la pelota. Dejó escapar una serie de ladridos educados y silenciosos que indicaban que estaba lista para que la volviera a lanzar. A la mayor brevedad posible, por supuesto.

Austin cogió la pelota y la lanzó sin ganas. Rebotó en un tronco arrastrado por la marea. Run, que había salido corriendo tras ella, la atrapó en el aire y luego se dejó caer en la arena. Estaba lista para un descanso.

—Hay algo más que te preocupa —dijo Anna—. Se te ve en la cara. ¿Es el caso?

Caminaron hasta el tronco más cercano y se sentaron uno al lado del otro.

—Estamos un poco estancados, pero no es eso.

La noche anterior, a última hora, Samantha finalmente había convencido a *Golden Connections* para que revelara más información sobre las cuentas de las dos fallecidas. Entonces, sus abogados lo habían bloqueado y el caso había sido asignado a una vista de urgencia ante un juez, que se suponía que tendría lugar hoy. —Estamos intentando que una aplicación de citas nos dé información sobre con quién pudieron haber conectado las víctimas.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa en realidad?

Austin se quedó mirando el agua, escuchando las olas y el leve jadeo de Run, que todavía intentaba recuperar el aliento en la arena a tres metros de distancia. —Ridley ha obtenido información de los investigadores privados. Sean y Claire. Fiona tenía reuniones secretas con un agente del FBI y… parece que tenía una aventura. —Como Anna no dijo nada, Austin se giró para mirarla y continuó—. No me lo creo, y sin embargo… bueno, ¿quieres echar un vistazo a los papeles? Me gustaría tener una segunda opinión porque creo que me estoy volviendo loco.

—Lo siento. Si eso es cierto, lo siento de verdad. Y sí, miraré los papeles. ¿Quieres mi consejo?

Él asintió.

—Reúne todo lo que tengas sobre el caso. Todo. Luego envíaselo a dos medios de comunicación y a dos personas de tu confianza en las fuerzas del orden. La policía de Nueva York, el FBI, quizá un fiscal del distrito. Envíalo y luego lávate las manos de este asunto.

Austin no dijo nada. Entonces, para su sorpresa, se oyó reír.

—Es lo más lógico que he oído últimamente. Y ni de coña voy a hacerlo —sintió que se estaba volviendo loco—. ¿Qué coño le estaba pasando?

Permanecieron en silencio un buen rato, tiempo durante el cual Run se acercó y se tumbó entre sus pies en la arena.

Finalmente, Anna dijo:

—Para los dos, ha sido un día de mierda. Sé que se supone que debemos vigilar el consumo de calorías vacías, pero me vendría bien una copa.

A Austin le gustaba tomarse una cerveza o una copa de vino de vez en cuando, pero nunca había sido de beber mucho. Una cerveza o tres nunca le habían parecido tan desesperadamente necesarias.

Cuando desaparecieron los últimos rayos de sol, Austin y Anna estaban de vuelta donde habían empezado, solo que esta vez estaban achispados.

Habían pasado la tarde liquidando un paquete de seis cervezas, viendo unos monólogos de comedia y dándole vueltas a las perspectivas laborales de Anna. También habían hablado de las posibles interpretaciones de las fotos, los recibos y las cartas que Ridley había obtenido de los investigadores privados. Por desgracia, las interpretaciones que no fuesen *una infidelidad* eran muy poco convincentes.

Ahora, con la cabeza dándole ligeras vueltas, Austin se desplomó sobre la arena.

—¿Por qué no te mudas aquí? Al menos por un tiempo.

Anna negó con la cabeza, que veía borrosa y desenfocada.

—Vámonos a Spokane. Tengo una oferta allí. Tú podrías empezar de cero, quizá comprar una tienda como la de aquí.

Anna había dicho algo sobre un puesto de nivel básico como correctora de estilo en un periódico local de Spokane. Le sonaba a una oportunidad mediocre, y de ninguna manera iba a mudarse. Negó con la cabeza.

—Ridley va a ser gobernador —dijo ella, con la voz llena de autocompasión—, tu tienda va de maravilla, y mírame a mí. No tengo nada. No puedo mudarme contigo. Necesito ser autosuficiente —dejó caer la cabeza hacia atrás, y luego extendió los brazos y las piernas en la arena como si fuera a hacer un ángel de arena—. Sé la verdadera razón por la que no quieres enviar todo lo que tienes del caso Fiona a la policía, a los medios.

Austin sintió una oleada de rabia. No hacia ella exactamente. Era la rabia que surge cuando lo que has estado intentando olvidar vuelve de golpe a tu mente.

—¿Podemos dejarlo?

Anna se incorporó.

—Es porque quieres ser el héroe. *Su* héroe.

Austin intentó incorporarse, pero la arena y el cielo daban vueltas a su alrededor.

—No empecemos ahora.

—Aunque te estuviera engañando, sigues queriendo ser su héroe y resolver su asesinato. Te conozco. En cuanto Sean y Claire

volvieron y se callaron como muertos, empezaste a pensar en ir a Nueva York tú mismo.

Austin cerró los ojos con fuerza.

—Para. Ni siquiera sabes con seguridad si tenía una aventura. Podría ser…

—¿Qué? ¿Podría ser qué? —estaba de pie sobre él, una mujer alta, furiosa y que daba vueltas—. Me voy a dormir, pero deberías pensar muy seriamente en lo que estás haciendo.

Ella desapareció y Austin se quedó mirando el cielo, que era del color de un moratón.

Entonces un nombre apareció en el cielo como si estuviera escrito en neón. John Johnson. Era un empresario corrupto de Seattle a quien Austin había ayudado a hundir más de un año antes. Justo antes de detenerlo, Johnson había dicho algo que se le había quedado grabado a Austin desde entonces. Algo como: *como detective de homicidios, usted sabe tan bien como cualquiera que la mayoría de los asesinatos surgen de disputas domésticas. A lo mejor llevaba años teniendo una aventura y finalmente la cortó, y por eso le metieron un tiro en su bonita cabecita.*

En su momento, Austin lo había descartado como la despotricada llena de odio de un anciano, derrotado y de camino a la cárcel. Y, sin embargo, Johnson tenía vínculos con las bandas de narcotraficantes del sudeste asiático que probablemente se solapaban con los crímenes de la familia Namgung en Nueva York.

Aunque las posibilidades eran escasas, era posible que realmente supiera algo.

Anna estaba dormida en el sofá cuando él regresó a su apartamento. Tenía el portátil sobre el pecho y los papeles y documentos que le habían dado sobre la supuesta aventura de Fiona estaban esparcidos por todas partes. Durante un largo minuto, la observó dormir.

Se arrepintió de haber decidido emborracharse y de la discusión que habían tenido.

Quizá ella tenía razón y él debería dejarlo todo para mudarse con ella al este de Washington. Fiona estaba muerta y él nunca podría enfrentarse a ella por lo de la aventura. Al fin y al cabo, no se puede castigar a un fantasma.

Sabía que debería dejarlo pasar. Pero no podía. Lentamente, aporreando las teclas con los dedos y la vista borrosa, tecleó una nota para Ridley, preguntándole si podía encontrar la manera de hacerle entrar en la prisión para ver a John Johnson a primera hora de la mañana siguiente.

27

Las hojas revoloteaban por el asfalto mientras Austin aparcaba su coche en el estacionamiento de gravilla. Al bajar de la camioneta, las vallas de tela metálica coronadas con rollos de alambre de espino crujían contra sus postes.

John Johnson estaba recluido en una prisión de seguridad media a la que, por suerte, Ridley había conseguido mover algunos hilos para que Austin pudiera entrar con poca antelación.

Caminó hasta la puerta de entrada. El frío se le colaba por la chaqueta mientras se acercaba al guardia. —Thomas Austin.

El aliento del guardia empañaba el aire mientras hablaba por la radio.

A Austin se le puso la piel de gallina en el aire gélido e inmóvil.

La esclusa de seguridad consistía en dos pasillos enrejados dispuestos en forma de Z. La verja exterior se abrió y Austin entró; se sobresaltó cuando esta se cerró de golpe tras él, con un estruendo metálico, y se bloqueó con una ominosa irrevocabilidad. Ahora se encontraba en una pequeña zona de espera. El angosto espacio olía a rancio y daba la sensación de estar bruscamente aislado del exterior.

Austin presentó su identificación y sus permisos a través de una ventanilla a un segundo guardia. Tras una pausa, sonó un zumbido y la verja interior se desbloqueó. Al atravesar la segunda verja hacia el

interior de la prisión, se oyó de nuevo el fuerte estruendo de una puerta al cerrarse.

Austin vació sus bolsillos y colocó sus pertenencias en la cubeta de plástico: llaves, cartera, móvil, calderilla. Las alarmas aullaron cuando atravesó el detector de metales. El guardia le pasó el detector de mano lentamente por el cuerpo, de forma metódica.

—La próxima vez, quítese el cinturón —le espetó mientras le hacía un gesto para que pasara.

El aire aquí estaba impregnado de una mezcla de olores húmedos y viciados que se abrían paso a través de los agresivos productos de limpieza que se usaban para ocultarlos. Las risas y los gritos resonaban por los pasillos, con una corriente subterránea de tensión que vibraba justo bajo la superficie.

A John Johnson no lo trajo un guardia como en las películas. En lugar de eso, entró pavoneándose como si el lugar fuera suyo. Parecía diez años más joven de lo que era, setenta y tantos, y su nariz afilada y huesuda parecía sacada de unos dibujos animados, probablemente debido a una mala operación de cirugía estética que se hizo mientras estaba a la fuga. A pesar de estar en prisión, de alguna manera se las arreglaba para mantener un bronceado intenso. Quizá pagaba por privilegios especiales, o por polvos bronceadores.

Sonrió al reconocer a Austin. —Vaya, vaya, si es mi archienemigo.

Austin se mordió la lengua. Por mucho que le apeteciera intercambiar pullas con este tipo, lo que más quería era sacarle información. Y estaba dispuesto a ser amable si eso era lo que hacía falta.

Sentándose frente a él y observándolo a través de la gruesa y perforada mampara de plexiglás, Austin dijo: —¿Cómo estás? Tienes buen aspecto.

Johnson pareció desconcertado y no respondió a la pregunta. —Creo que sé por qué estás aquí.

Se acabó la cháchara, pensó Austin. —Christopher Palini, Gretchen Voohrees, Jorge Díaz Lopez y Jackson Baker III.

Vigiló los ojos de Johnson en busca de algún signo de reconocimiento al oír los nombres, pero no se movieron.

—¿Y? —dijo Johnson.

—Cuando te atrapé, mencionaste que mi mujer podría haber estado… ya sabes. Me pregunto si existe la posibilidad de que alguno de esos nombres te suene de algo. ¿Puedes contarme algo más?

Johnson se rio. —Eso ha sido bastante ambiguo para un tío tan directo como tú.

Austin no dijo nada.

Johnson sonrió con suficiencia. —¿Quieres saber si creo —o sé— si Fiona se estaba tirando a uno de ellos? —Soltó una carcajada enfermiza—. Puede que esté encerrado para el resto de mi vida, pero no soy un *pringado*. —Volvió a reír, esta vez más fuerte—. Eres el tipo listo más tonto que he conocido, Austin. *Todo el mundo* tiene aventuras. La humanidad no está *hecha* para ser monógama. Solo hay que ver a los simios. —Hizo una pausa como si la idea fuera evidente por sí misma—. Estaba buena. Podía tener a *quien quisiera*. Tú eres un tío atractivo. ¿Me estás diciendo que tú *nunca* has tenido una aventura?

Austin negó con la cabeza. —No. ¿Tienes alguna información específica, algo más que teorías antropológicas a medio cocer, o no?

Johnson echó un vistazo por la sala como si acabase de recordar dónde estaba. —Mira, la verdad es que no lo sé. ¿Que si apostaría a que se acostaba con otros? Sí. Pero no lo sé. Y no conozco los nombres que has mencionado. —Ahora parecía aburrido.

—¿Sabes algo de la familia criminal Namgung? ¿De alguna investigación sobre ellos o de corrupción entre ellos y miembros de las fuerzas del orden?

Johnson se lo pensó detenidamente y luego dijo: —¿Te doy un nombre y me ayudas a conseguir la libertad anticipada?

Austin negó con la cabeza. —Nunca van a dejar que salgas de aquí.

Johnson sonrió. —Lo sé. Habla con alguien, a ver si puedes conseguir que me trasladen. A un centro de mínima seguridad por mi edad —tosió—, y por mi enfisema.

Austin asintió. Este tipo de tratos con posibles informadores era desagradable, pero a veces necesario. Y lo único que había

prometido era *mirarlo*. La verdad era que tenía muy poca influencia en el enorme y complejo sistema penitenciario de Seattle.

—Señor Brick —dijo Johnson—. Un agente del FBI corrupto conocido por mover gigantescos *ladrillos* de cocaína de Colombia a Nueva York, que luego intercambiaba con los Namgung por fentanilo. Su cocaína colombiana acababa en las narices de ricos empresarios del Sudeste Asiático, y el fentanilo de ellos terminaba en las calles de tu querida Gran Manzana, distribuido por el agente del FBI señor Brick.

—¿Cuál era su verdadero nombre? —preguntó Austin.

Johnson hizo un gesto displicente con la mano. —No lo sé, estoy aburrido. Espero noticias sobre ese traslado.

Austin le dedicó una última mirada, echó la silla hacia atrás y salió.

Fuera, el día se había templado ligeramente y la brisa era un cambio refrescante después del aire viciado de la prisión.

Cuando volvió a encender el móvil, tenía una serie de mensajes de Kendall.

Llámame.

¿Dónde coño estás?

Noticias de la app de citas: tengo algo gordo.

La llamó y ella contestó al instante. —Samantha ha recibido respuesta de *Golden Connections* —dijo, emocionada—. Han bloqueado todas las cuentas de los hombres que tuvieron un *match* tanto con la segunda víctima como con la primera, por si acaso. También tenemos algo sólido: aparte de Douglas Daniels, otros dos tíos tuvieron un *match* con *ambas* víctimas. Se llaman Wayne Ackerly y Simon Jimenez.

Su interacción con Johnson, las noticias sobre Anna, todo desapareció de repente. —¿Cuándo puedes estar aquí?

28

Era ya bien entrada la mañana cuando Austin entró en el aparcamiento de la comisaría del sheriff de Kitsap.

Kendall lo estaba esperando. —Conduzco yo —articuló con los labios a través del parabrisas antes incluso de que él pudiera apagar el motor de su camioneta.

Él se bajó de un salto y se subió al coche de ella. Nunca la había visto tan entusiasmada. —Creo que hemos dado con algo importante. Simon Jimenez no está en la ciudad. Creemos que no estaba aquí durante ninguno de los dos asesinatos. Hizo match con las víctimas hace más de dos meses y —Samantha está comprobando los registros de vuelo—, pero parece que lleva un par de semanas visitando a un primo en Idaho.

Hablaba a toda velocidad, algo que Austin, en realidad, agradecía. Su padre siempre le había dicho: *Cuando peor te sientas, haz algo por otra persona. Ayuda a un desconocido, enmienda un error del pasado, dale unos pavos a una organización benéfica. Cualquier cosa para no regodearte en ello.* En su vida, a menudo lo había traducido como: *Vuelve al trabajo. Resuelve un caso.* Sabía que estaba reprimiendo una tempestad de dolor y confusión en su interior, y no le importaba en absoluto. —¿La dirección de Ackerly?

—Ya está en el GPS —dijo Kendall, saliendo del aparcamiento haciendo chirriar las ruedas—. Y mira el correo.

Austin abrió el correo en el móvil, donde tenía un mensaje de Samantha. Era información sobre los antecedentes de Ackerly.

—Wayne Q. Ackerly. Sesenta y cuatro años. Nacido en Bremerton. Vivió en la zona, asistió al instituto de Bremerton. Se mudó mucho después de eso y...

—¿En qué año? —preguntó Kendall.

—¿En qué año se fue?

—Sí —dijo Kendall con impaciencia—. Cuando se mudó tanto, ¿fue antes o después del asesinato de 1979?

—No está del todo claro en el resumen. Espera... —Austin se desplazó hacia abajo—. Aquí está. El primer trabajo del que tenemos constancia... en 1980, trabajaba en un crucero y... ¡Oh, Dios mío! Daba clases de comedia de improvisación.

—El cómico del diario de Miriam.

Austin recordó el diario. No había estado seguro al cien por cien de que la historia que Daniels había contado sobre su padre fuera cierta, pero esto lo confirmaba. —Wayne Ackerly es el asesino. De *las tres* mujeres.

—Llama a Lucy, ponla al corriente.

—¿Le pido que envíe a Jimmy, o refuerzos?

—Todavía no hay adónde enviarlos. No tenemos una dirección actual de Ackerly, así que no nos precipitemos.

Austin echó un vistazo al GPS, que parecía llevarlos al puerto de Brownsville, un pequeño puerto deportivo no muy lejos de allí. —¿Entonces adónde vamos?

—A casa de su primo. Es el único pariente del que hemos podido conseguir una dirección actual en la zona. Dexter Ackerly.

Austin llamó a Lucy para transmitirle el mensaje mientras Kendall conducía a toda velocidad entre el tráfico como si estuviera entrenando para las 500 Millas de Indianápolis.

Mientras recorrían la 303, Austin miró por la ventanilla del copiloto el follaje de principios de otoño en tonos dorados, anaranjados y rojos. Kendall parecía sumida en sus pensamientos, pero él intentó pensar en algo que decir —cualquier cosa— para evitar regodearse en lo que realmente ocupaba su mente.

—Si encontramos a este primo, déjame que yo sea el poli bueno —dijo Austin—. Si es de la zona, tu desdén por el lugar no te hará ningún favor, ¿entendido?

Kendall asintió. —Te doy cinco minutos de amabilidad, luego le meteré caña.

Austin asintió. —Me parece justo.

Kendall giró en Brownsville Highway NE y entró en el aparcamiento. Austin contempló las brillantes aguas azules del puerto deportivo, salpicadas de veleros, lanchas motoras e incluso un par de pequeños yates que se mecían suavemente en sus amarres.

Al bajar, el aire olía a agua salada, a conchas de almeja blanqueadas por el sol y a creosota. Las gaviotas graznaban sobre sus cabezas, sobrevolando los pesqueros que descargaban sus capturas en los muelles. El aire fresco y el paisaje apacible contrastaban con las múltiples capas de agitación que bullían en su interior.

Al final de un sendero de hormigón había un edificio octogonal de madera, con ventanas gigantes a cada lado que garantizaban que el habitante pudiera vigilar lo que ocurría en todos los rincones del puerto deportivo. —Esa es la oficina del vigilante —dijo Kendall.

—Y tengo cinco minutos, ¿verdad? —confirmó Austin.

—Sí. Bueno... —Kendall lo miró, sonriendo con suficiencia—. Quizá solo cuatro.

29

En una investigación en la que pocas cosas habían salido bien, localizar a Dexter Ackerly resultó tan fácil como Austin podría haber esperado. Se le podía ver como a un pez en una pecera, sentado con los pies encima de un pequeño escritorio, masticando un palillo y leyendo una revista de fútbol americano. Austin esperó que el puerto deportivo también usara cámaras de vigilancia, porque a aquel vigilante parecía importarle todo muy poco.

—*Vaya chollo de trabajo* —murmuró Kendall por lo bajo.

Austin la fulminó con la mirada. No le había dado ni treinta segundos.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó Ackerly amablemente, sin levantarse y apartando la vista de la revista solo un instante. Austin hizo una mueca al darse cuenta de que el artículo de portada trataba sobre la reconstrucción de algunas zonas del estadio de los Seahawks en Seattle, que —él lo sabía de sobra— había resultado dañado en el reciente atentado.

—Thomas Austin —se presentó—, asesor del Departamento del Sheriff de Kitsap. Y esta es la detective Kendall Shaw.

Dejó la revista y se giró en la silla. —¡Es por lo de las nasas para cangrejos? Eso ya es agua pasada —dijo Ackerly con desdén, poniéndose de pie. Llevaba un mono de trabajo azul claro y una gorra de camuflaje de los Seahawks en tonos marrones y verdes.

—No hemos venido por eso —dijo Austin.

—Como ya les dije a los otros agentes —continuó Ackerly—, un par de adolescentes, que se creían muy listos, le birlaron al viejo Henderson las nasas para cangrejos que tenía ahí junto a la boya. —Señaló a través de una de las ventanas—. Se las llevaron al garaje del padre de uno de ellos y se pasaron toda la noche sacando los cangrejos para venderlos. ¡A la mañana siguiente aparecieron intentando endosárselos a Gus, en la lonja, a diez pavos la pieza! Gus no quiso saber nada de sus chanchullos, así que los chavales cargaron las cestas de las bicis y se fueron puerta por puerta. Acabaron vendiéndoselos casi todos a gente al azar por un pavo o dos antes de que el viejo Henderson apareciera despotricando por sus nasas desaparecidas. Le digo yo que esos críos no volverán a robar más cangrejos en una buena temporada después de la paliza que les dieron sus padres. Llevo veinte años trabajando aquí. En el pisito de encima de la oficina. —Señaló el techo—. ¡Casi nunca salgo de aquí y es la mayor estupidez que he visto en mi vida! —Se rio con ganas, claramente divertido por la absurda historia—. Pero no tengo ni idea de por qué requiere la presencia de dos detectives.

Kendall se había estado crujiendo los nudillos con rabia durante todo el monólogo mientras miraba a Austin con enfado. —El tiempo corre —murmuró ella.

—*No* hemos venido por eso —repitió Austin—. Hemos venido a preguntarle por Wayne, su primo.

Eso captó su atención. Se quitó la gorra, se apartó el pelo rubio arenoso de la frente y se la volvió a poner. —¿Perdón?

—¿Qué puede decirnos sobre su paradero? ¿Se está quedando con usted? Si no es así, ¿sabe dónde vive?

—Se marchó del pueblo cuando yo tenía diez años.

Austin miró fijamente al tipo, que aparentaba unos cincuenta años, así que las cuentas cuadraban. —Háblenme de él.

—Oh, pues Wayne era un tío genial. Para mí era el primo mayor y más guay. Y la mar de gracioso, pero con un humor un poco negro. Ya sabe, de ese tipo de humor inapropiado cuando mis padres estaban delante, pero que a un crío de diez años le encanta.

—Dice que se marchó del pueblo cuando usted tenía diez años. ¿Significa eso que no sabía que había vuelto a la zona?

Dexter desvió la mirada. —Es la primera noticia que tengo. Pero, como ya he dicho, no teníamos mucho trato.

—No —dijo Kendall, con voz tensa—. Usted *no* ha dicho eso.

—¿Cómo?

—Acaba de decir: «Como ya he dicho, no teníamos mucho trato». Y, de hecho, no había dicho eso. Lo que nos ha contado es que era su primo mayor y más guay.

Austin supuso que sus cinco minutos se habían acabado.

Kendall dio un paso hacia Ackerly, que se apoyó en la pared con indiferencia. —¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó.

—Como… como he dicho…

—Está mintiendo, Dex. Lo sabe usted y lo sabemos nosotros.

Se sostuvieron la mirada durante un buen rato. Entonces, Ackerly dijo:

—¿Es usted de por aquí? Me suena su cara.

—No —dijo Kendall—. No lo soy.

Kendall continuó el tira y afloja con Ackerly durante otros diez minutos antes de darse por vencida. No consiguió que admitiera ni siquiera que sabía que Wayne Ackerly estaba de vuelta en el pueblo.

Fuera, Kendall le dio una patada a un contenedor de basura metálico que había al borde de una bonita zona de césped junto al agua.

—Es un puto mentiroso. Maldito paleto. Por eso me largué, por tíos como él.

—¿Por qué le has dicho que no eras de por aquí? ¿Por qué has mentido?

Se revolvió hacia él como si fuera a pegarle un puñetazo.

—Lo que le digo a la gente en un interrogatorio no es tu maldito asunto.

Austin levantó las dos manos en un gesto defensivo y retrocedió.

—Vale, vale. Solo preguntaba. No era una acusación.

Kendall ya estaba mirando el móvil.

—Sigo sin noticias de Samantha. Está intentando conseguir una dirección de Wayne Ackerly, pero no parece que tenga trabajo, y pagó la factura de la aplicación de citas con una tarjeta de crédito vinculada a una dirección antigua de Iowa —entonces levantó la vista, con una mirada acusadora—. ¡Te dije que tu mierda de ser un buenazo no iba a funcionar!

—Tu numerito de chica mala tampoco ha conseguido nada. Estoy de acuerdo en que mentía, pero… creo que deberíamos llevarlo a comisaría. A veces eso refresca la memoria.

—¡Pero quiero algo ya! —sonó como una niña pequeña enfurruñada por un juguete perdido.

Austin le dedicó una larga mirada y luego se giró hacia el agua.

—¿Qué? —exigió ella.

—¿No has pensado nunca que odias tanto este sitio por lo que pasó? Con tu madre. Por lo que te recuerda este sitio.

—Vete al infierno —se hizo crujir los nudillos. Al darse cuenta, sacudió las manos como si quisiera ahuyentar un mal recuerdo.

—O quizá —dijo Austin, cada vez más enfadado—, ¡porque te recuerda a *ti*!

Se quedó helada, fulminándolo con la mirada. Entonces, con un movimiento rápido, se sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó a la cabeza a Austin.

—¡Vete al infierno!

Las llaves pasaron rozando la cara de Austin y aterrizaron en el césped.

Volvió a darle una patada al contenedor.

—No tenemos nada y necesito calmarme.

Dicho esto, se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros de diseño y se alejó enfadada, mientras los tacones de sus botas negras repiqueteaban en el sendero de cemento.

Austin cogió las llaves. Después, caminó en la otra dirección e hizo lo que se había estado diciendo toda la mañana que no haría. Su mejor amigo del Departamento de Policía de Nueva York había muerto, pero tenía otros. Bastantes, de hecho. Así que empezó a

llamar por teléfono para preguntar si alguien tenía información sobre Jorge Lopez.

30

Kendall ya le había dado una patada a tres papeleras distintas para cuando se dio cuenta de que Austin tenía razón. El odio que sentía por aquel lugar y por hombres como Dexter Ackerly se estaba apoderando de ella, nublándole el juicio.

Había hecho tres años de terapia en L.A. y, en múltiples ocasiones, su terapeuta le había señalado que el odio que sentía por esta zona, por la gente de aquí, en realidad provenía de una disconformidad consigo misma. Y ella había fingido entenderlo, procesarlo y reconciliarse con ello.

Mientras le daba una patada a un bonito banco de madera, se dio cuenta de que todo aquello había sido una soberana chorrada. De pie junto a un precioso puerto deportivo en un día cristalino, con la isla de Bainbridge visible al este al otro lado del agua, lo único que sentía era odio. Odio por hombres como Wayne y Dexter Ackerly, por sí misma, por estas aguas. Por lo que le habían arrebatado a Miriam McKenzie, a Sandra Seville, a Karen Sturgis. Por lo que le habían arrebatado a su madre. Por lo que le habían arrebatado a *ella*.

Volver a la zona le había removido todo lo que creía haber superado sentada en la consulta de su carísimo terapeuta de L.A.

Aun así, le debía una disculpa a Austin. Al ver una máquina expendedora al otro lado del despacho de Dexter Ackerly, decidió

que necesitaba una Coca-Cola Light. Disculparse nunca le resultaba fácil, pero quizás un poco de cafeína ayudaría.

Se quedó helada. Al final de un corto muelle de madera no muy lejos del despacho, Dexter Ackerly se estaba subiendo a una pequeña lancha motora, mirando hacia el aparcamiento.

Había dicho que vivía allí y había dado a entender que casi nunca salía del recinto. ¿Y ahora se escapaba en barco?

Su mente saltó a dos posibles conclusiones a la vez: o era cómplice del delito y necesitaba escapar, o era tan inocente como parecía, pero sabía *exactamente* dónde vivía su primo.

En cualquier caso, tenía que ir tras él.

Las botas de Kendall resonaron sobre el muelle de madera mientras corría hacia el puerto deportivo, con la vista fija en la elegante lancha motora amarrada al final. Era una lancha de proa abierta de diecisiete pies, perfecta para una persecución en solitario en mar abierto. Ackerly ya había desaparecido tras una curva de la costa, y ella tendría que darse prisa.

Al llegar a la embarcación, Kendall se subió de un salto y abrió de un tirón la puerta del camarote. No había llaves en el contacto. Maldiciendo entre dientes, se fue al motor y le quitó la tapa. Tras arrancar un amasijo de cables, seleccionó los rojos y los verdes. Peló el aislamiento con una navaja que encontró en un posavasos y los hizo chocar. El motor carraspeó, pero no arrancó.

Como se había criado navegando en Dyes Inlet, ya lo había hecho alguna que otra vez de adolescente, haciendo el gamberro con sus amigos en viejos botes de hojalata y lanchas neumáticas al anochecer. Pero esta embarcación era mucho más elegante que aquellos viejos cacharros.

Haciendo chocar los cables de nuevo, probó a girar la llave de contacto. El barco cobró vida con un estruendo. Kendall sonrió y soltó amarras rápidamente. Luego, empujando el acelerador hacia delante, salió del amarre, levantando una estela de agua a su paso.

Tenía justificación para este robo temporal: un barco robado no era nada comparado con atrapar a un sospechoso. Al menos, de eso se convenció a sí misma cuando imaginó las inminentes recriminaciones de Lucy.

Por mucho que odiara estas aguas, tenía que admitir que no había nada como la sensación de esos primeros segundos de aceleración: la forma en que su cuerpo se sacudía hacia atrás mientras el barco ganaba velocidad y el agua se abría ante ella.

Y no solo agua abierta.

Al alejarse de la orilla, avistó su barquita.

Dexter Ackerly estaba solo a un par de cientos de metros por delante.

31

Austin levantó la vista del móvil, pero Kendall no estaba donde esperaba.

De hecho, no estaba en ninguna parte.

¿Lo había abandonado? ¿Había vuelto de algún modo al aparcamiento y lo había dejado tirado?

Estaba cabreada, desde luego. Y puede que él se hubiera pasado de la raya al ponerse tan personal. Pero no, ni siquiera Kendall haría algo así. Además, él todavía tenía sus llaves.

Entonces la vio.

Al menos, creyó que era ella, recorriendo la costa a toda velocidad en una lancha bastante buena.

Mientras corría hacia el muelle, lo único en lo que podía pensar era: *¿qué demonios está haciendo?*

Entonces cayó en la cuenta. Desviándose a la derecha, divisó el despacho de Ackerly. A través de las dos ventanas no vio más que mástiles de barcos. Ackerly se había marchado.

Atando cabos, Austin se maldijo. Mientras Ackerly se daba a la fuga, él había estado al teléfono, dejando patéticos mensajes a antiguos compañeros del Departamento de Policía de Nueva York. *«Hola, soy Austin. Llamo para saber si habéis oído hablar de un agente del FBI, antiguo o en activo, llamado Jorge Lopez. Quizá vinculado con la zona de Manhattan Beach en Brooklyn.*

Posiblemente implicado en el tráfico de drogas bajo el nombre de Señor Brick». Los mensajes daban a entender que estaba interesado en la información por motivos profesionales, para llegar al fondo del caso. La verdad era que sus razones eran mucho más personales.

Al llegar al final del muelle, miró a lo largo de la costa y vio la popa de la embarcación de ella mientras desaparecía al tomar una curva.

Por alguna razón, parecía ir pegada a la costa, lo que le dio una idea.

Corriendo de vuelta al coche, se sacó las llaves de Kendall del bolsillo. La carretera discurría paralela a la costa, y esa era su mejor oportunidad para alcanzarla.

Kendall agarró el timón con fuerza mientras se dirigía hacia el norte por la boscosa ribera. Con un ojo puesto en la pequeña embarcación que tenía delante, vigilaba cualquier movimiento brusco de Ackerly.

Manteniéndose cerca de la orilla, igualó su velocidad, sin querer asustarlo. La luz del sol danzaba fragmentada sobre el agua ondulante mientras ella aflojaba el acelerador, manteniendo un colchón de doscientos metros.

Más adelante, Ackerly viró hacia un decrépito muelle de madera escondido en una estrecha ensenada. Unos pilotes podridos sobresalían del agua en ángulos extraños, y los tablones astillados estaban salpicados de agujeros.

Kendall se tensó. ¿Intentaba desembarcar?

Mientras Ackerly maniobraba hacia el ruinoso muelle, Kendall aprovechó el momento para acortar distancias. Empujó el acelerador hacia delante, planeando sobre la lustrosa superficie del agua. Ackerly giró la cabeza bruscamente al oír el rugido de su motor. Sus ojos se abrieron como platos al ver la proa abierta que se abalanzaba sobre él.

Kendall lo observó forcejear para esquivarla, pero su viejo barco de pesca no era rival para la velocidad de la lancha de ella. Lo

adelantó con facilidad, virando para bloquear cualquier escapatoria. Ackerly paró el motor y se dejó llevar hacia el muelle desvencijado, la comprensión dibujada en su rostro. Su precipitado intento de amarrar el cabo terminó con él cayendo sobre los tablones combados.

Kendall arrimó la proa abierta al muelle, paró el motor y saltó a tierra, concentrada por completo en Ackerly mientras él luchaba por levantarse de las tablas erosionadas.

—Jimmy —gritó Austin al teléfono—. Voy en dirección norte por… ¡Mierda!

—Modera la velocidad —dijo Jimmy.

—No hay tiempo para moderar la velocidad —replicó Austin bruscamente—. Manda refuerzos si puedes.

—¿Dónde estás exactamente?

—A unos cuatrocientos metros al norte del puerto deportivo de Brownsville. —Buscó una señal con el nombre de la calle mientras tomaba una curva demasiado rápido y se desviaba cruzando la mediana de la carretera de dos carriles—. Ogle Road Northeast. Estoy persiguiendo a Kendall, que creo que está persiguiendo a Dexter Ackerly.

—Vale, espera.

Jimmy debió de silenciar el teléfono, porque Austin no oyó nada, pero un minuto después, Jimmy reapareció en la línea. —Vale, tenemos a alguien de camino. Pero tienes que decirme exactamente dónde acabas. No quiero que mis hombres vayan dando vueltas como si fueran de la Edad de Piedra, de antes del GPS.

—Lo haré —dijo Austin—. Podemos seguir al teléfono hasta que yo… espera… —A través de los árboles, a su derecha, había atisbado lo que creía que era la lancha que Kendall había, bueno, *requisado*. —La veo entre los árboles. Probablemente a media milla al norte del puerto deportivo de Brownsville.

—Bien, tú síguela.

—Así lo haré. —La carretera se desvió del agua brevemente y los espesos árboles le bloquearon la vista—. La he perdido de vista, pero la carretera vuelve a girar más adelante.

—¿Te has enterado? —dijo Jimmy.

—¿Enterarme de qué?

—Le he dejado un mensaje de voz a Kendall hace unos diez minutos.

—No, y dudo que ella lo haya escuchado tampoco.

—Velma Wakefield. La mujer que encontró a la víctima con su perro. Podría haber desaparecido.

Austin se desvió, cruzando la mediana de la estrecha carretera para adelantar a un Jeep que repartía el correo. —¿Qué?

—Una vecina ha oído a su perro Robin ladrar sin parar esta mañana. Por lo visto, Velma no ha salido a dar su paseo habitual. Así que hemos ido a ver si estaba bien. Su coche no está, ella se ha ido, y todo el mundo coincide en que nunca abandonaría a su perro. Algo va mal.

Austin recordó la entrada de su casa, el coche cubierto de polvo y las manchas de aceite en el suelo. Había mencionado lo poco que salía y que siempre daba su paseo matutino con Robin. —Yo creo que apenas salía de casa, salvo para esos paseos.

—Entonces, tenemos que…

—Espera —le interrumpió Austin—. Lo veo.

—¿A quién?

No estaba seguro de que fuera Ackerly, pero a través de árboles y zarzas había vislumbrado a alguien moviéndose en la orilla, iluminado por una luz suave y clara.

—Debo de estar a una milla, milla y media al norte del puerto deportivo, por la misma carretera de antes. —Redujo la velocidad y se metió con cuidado en un largo camino de tierra—. He girado por un camino sin señalizar. Tenía un buzón rojizo y oxidado en el desvío. Creo que he visto a nuestro sospechoso. Trae a tus hombres aquí cuanto antes. Corto.

32

Ackerly cogió un remo y lo blandió con saña hacia la cabeza de Kendall. Ella se agachó justo a tiempo y el remo cortó el aire a centímetros de su cara.

Kendall salió a toda prisa de la barca y subió al muelle para encararse a Ackerly, que se preparaba para atacar de nuevo. Tenía los ojos desorbitados, cargados de desesperación. Cuando el remo se abalanzó hacia sus costillas, ella pivotó y le asestó una patada certera en la rótula. Él gruñó de dolor, pero siguió avanzando.

Austin frenó en seco cuando la carretera pareció terminar de la nada. Quizá aquella era la supuesta «zona de aparcamiento» para las casas que hubiera más allá, pero no era más que un barrizal sin coches y con solo unas pocas roderas. Dejó el coche y echó a correr por un sendero apenas visible, cubierto de maleza, en dirección a la orilla.

Oyó un grito entre los árboles y aceleró el paso.

¿Había sido esa la voz de Kendall?

Su mente danzaba entre las noticias sobre Velma Wakefield y el trabajo que tenía por delante; y todavía, acechando en el fondo de

su cabeza y provocándole una sensación general de náuseas junto a la vergüenza por no poder quitárselo de encima, estaba Fiona. Las cartas.

Oyó otro grito. Sí, era Kendall, ladrando algo en su tono más violento. No había podido distinguir las palabras, pero sabía que había alcanzado a Ackerly.

Acelerando el paso, corrió hacia el agua, esquivando árboles e intentando evitar los charcos de barro del bosque.

Los tablones podridos crujieron bajo los pies de Kendall mientras intercambiaba golpes con Ackerly en el decrépito muelle. Le asestó un derechazo a la mandíbula de Ackerly, seguido de un gancho de izquierda al estómago. Él se dobló por la mitad, pero se recuperó rápidamente y descargó el remo con fuerza. Ella esquivó por los pelos un golpe demoledor dirigido a su cabeza, pero el remo le alcanzó en el hombro, haciendo que se lo llevara a la mano por instinto.

Entonces, Ackerly le hizo una zancadilla a Kendall con el remo. Cayó con fuerza sobre el muelle y se quedó sin aire. Antes de que pudiera reaccionar, Ackerly blandió el remo por encima de su cabeza y se lo estrelló contra la sien.

Aturdida, sintió que caía mientras la madera podrida se derrumbaba bajo su cuerpo. El agua fría la engulló. Tratando de volver a la superficie, Kendall vislumbró a Ackerly corriendo por la orilla hasta desaparecer entre los árboles.

Después, todo se volvió negro.

33

A su izquierda, Austin vio a Ackerly, cojeando pero moviéndose con rapidez entre los árboles, manteniéndose cerca de la orilla.

A su derecha oyó un chapoteo. —¿Kendall?

El chapoteo cesó. No hubo respuesta.

—¡Kendall!

Desde su posición, pudo ver parte de un viejo muelle de madera que parecía adentrarse unos seis metros desde la orilla.

En un instante, calculó que tenía que dejar escapar a Ackerly.

Corrió hacia el muelle y de inmediato vio a Kendall, boca abajo en el agua poco profunda. —¡No, no, no, no, no!

Se metió a toda prisa en el agua gélida y agarró el cuerpo inerte de Kendall. Tenía la cara algo pálida y la sangre manaba de un corte feo que tenía en la sien, tiñendo el agua de rosa. La puso boca arriba y la arrastró unos metros hasta la orilla embarrada.

Con urgencia, Austin la puso de costado. Con la cabeza inclinada hacia atrás y a un lado, le vio un débil pulso en la yugular y lo invadió una oleada de alivio. La sujetó en esa posición y le frotó la espalda con fuerza con la mano que le quedaba libre. —¡Respira, Kendall, respira! —la apremió.

Tras unos segundos agónicos que parecieron horas, Kendall por fin tosió y expulsó agua, con arcadas y desorientada. Austin la acunó mientras el color volvía a su rostro. El alivio lo inundó. Estaba viva.

Pero había perdido mucha sangre por la herida y necesitaba atención de inmediato.

—Déjame —consiguió decir—. Ve a por él.

No le hizo caso.

Arrodillado en el barro, Austin se arrancó la camisa azul de botones. La rasgó por las costuras, destrozando la tela para improvisar un vendaje.

Kendall gimió, apenas consciente, mientras la sangre seguía manando del corte de la sien. Austin le envolvió la cabeza con las tiras de la camisa desgarrada, apretándolas para presionar la herida.

El azul claro se empapó rápidamente de carmesí, pero frenó la hemorragia.

Kendall respiró hondo y luego se incorporó de golpe. Tras un par de respiraciones más, se puso de pie, apartándolo cuando él intentó que se quedara tumbada.

Un poco inestable, extendió los brazos para mantener el equilibrio.

Austin también se levantó. —Tenemos que llevarte al hospital y...

—Yo estoy al mando. —Levantó una mano para hacerlo callar—. Siento haber sido una borde antes.

—No tiene importancia —dijo Austin—. Me he pasado de la raya.

—Tú te has pasado de la raya y yo he sido una borde. En cualquier caso, voy a por él, contigo o sin ti.

Austin tragó saliva, diciéndose a sí mismo que, a pesar de su buen juicio, Kendall estaba al mando y no podía detenerla.

—Por aquí —dijo, y echó a correr en la dirección en la que había visto desaparecer a Ackerly unos minutos antes.

Las hojas húmedas crujían bajo sus zapatos mientras Austin seguía con cuidado el tenue rastro a través del bosque. Aunque el día estaba despejado, las lluvias recientes habían dejado el suelo húmedo. El olor a tierra, a barro y a hojas en descomposición impregnaba el aire fresco del otoño.

Las huellas eran irregulares y poco claras, y al cabo de varios minutos, Austin perdió el rastro entre una maraña de zarzas y troncos cubiertos de musgo. Escudriñó el suelo, los árboles y los

arbustos en busca de cualquier señal de follaje removido o ramas rotas que pudiera indicar en qué dirección se había ido Ackerly.

—¿Ves algo? —le preguntó a Kendall.

Ella negó con la cabeza, oteando en todas direcciones. —Esto es lo que pasa cuando mandas a un detective de Los Ángeles y a una de Nueva York al bosque. No es que seamos precisamente expertos rastreadores.

—Tú te criaste aquí.

—Sí, pero no me pasé el tiempo aprendiendo a rastrear mientras buscaba al Sasquatch como algunos de mis colegas del noroeste del Pacífico, ¿sabes?

Aguzó el oído en busca de cualquier sonido fuera de lo común. Una ardilla parloteaba con ansiedad en lo alto de una conífera cercana, pero por lo demás, el bosque estaba en calma.

—Espera —dijo él, desandando el camino, con los ojos bien abiertos en busca de cualquier pista sutil que se le hubiera podido pasar por alto. Agachándose, se fijó en una única hoja de helecho de espada que estaba doblada de forma poco natural, apartada del resto de la planta. El zapato de alguien debió de rozarla al pasar.

Con renovada determinación, Austin siguió avanzando a través de la húmeda maleza. Los árboles se apiñaban cada vez más, cubiertos por un manto de musgo verde esmeralda y cortinas de liquen colgante. Pasó con cuidado por encima de una gorda babosa banana y cruzó un riachuelo saltando sobre piedras cubiertas de musgo. Al percibir una ráfaga de olor a agua salada, supo que debía de estar acercándose a la costa.

Más adelante, un trozo de tierra removida y helechos pisoteados indicaba por dónde alguien había bajado con dificultad por el terraplén. Vislumbró el agua a través de los árboles. Avanzando sigilosamente, se asomó entre un tronco podrido y un cedro enorme. Meciéndose suavemente en una ensenada resguardada había una casa flotante azul y desvencijada, con el techo decrépito salpicado de manchas de óxido.

No había ni rastro de Dexter Ackerly, pero el instinto de Austin le decía que se escondía dentro de la esquelética estructura, oculto entre los densos matorrales de gualteria y zarzas.

Kendall, que le había estado pisando los talones, tomó la delantera. Desenfundó el arma y bajó por la orilla rocosa hacia la casa flotante aparentemente abandonada. Unos pontones semisumergidos la mantenían a duras penas a flote y una lona azul descolorida cubría parte del techo. Las ventanas estaban pintadas de negro con espray desde el interior.

Siguiendo a Kendall de cerca, Austin observó a través de los huecos en el follaje. Le golpeó un olor rancio y a podrido, como a madera enmohecida y tripas de pescado.

La casa flotante parecía una reliquia abandonada que la naturaleza estaba reclamando palmo a palmo, envolviéndola en maleza para que se desvaneciera en el olvido.

Pero iban a entrar.

34

Austin caminaba más o menos un metro por detrás de Kendall y un poco a su izquierda. La adrenalina le recorría el cuerpo y relajó conscientemente las manos, que aferraban con fuerza la pistola.

Entonces oyó... *¿el qué?*

Una canción.

Kendall se quedó helada y levantó una mano. —¿Pero qué...?

Era una canción o, para ser más exactos, una saloma de borrachos del tipo que Austin había visto en las películas y en algún que otro vídeo que Jimmy o Lucy le habían enseñado en sus móviles.

Oh, el gran Dyes Inlet, por donde el viejo Leif navegó
¡descubierto por vikingos, a los nórdicos alabamos hoy!
Con fiordos y montañas, rodeado de pinos,
¡el estuario Dyes, qué climas tan divinos!
¡Yo, ho, ho, a navegar, a navegar!
¡Al estrecho de Puget en un día de vendaval!

Kendall le echó una mirada a Austin. —¿Qué coño es eso?

Austin se encogió de hombros. —Tú decides. ¿Entramos o esperamos?

Estaban a solo unos seis metros de la casa flotante y Kendall asintió en su dirección. —El cabrón me golpeó con un remo. Voy a entrar.

—Te cubro la espalda.

Mientras avanzaban sigilosamente, el canto continuó.

Los vikingos buscaban gloria y oro,
¡y solo hallaron pinos, vaya tesoro!
Olaf el Valiente declaró con un grito
¡que había demasiados árboles para explorar el sitio!
¡Yo, ho, ho, a navegar, a navegar!
¡Al estrecho de Puget en un día de vendaval!

La casa flotante tenía un aspecto aún peor de cerca que desde la distancia. Hacía mucho que la pintura se había desconchado de la madera, dejando a la vista tablones en distintos grados de putrefacción y desprendiendo un fétido olor a podrido.

Cuando estaba a metro y medio de la puerta de la casa flotante, Kendall gritó: —¡Departamento del Sheriff de Kitsap! ¡Manos arriba, en cubierta! ¡Ahora!

Esperaron.

Nada. Solo otra estrofa desde el interior de la casa flotante.

Oh, el gran Dyes Inlet, donde se escribió la historia
por nórdicos que lo hallaron y se fueron sin gloria.
No hallaron tesoros, solo árboles y lluvia,
¡así que nos dejaron el Dyes Inlet que aún hoy perdura!

Entonces Austin oyó ladridos. Fuertes ladridos que parecían provenir del interior de la casa flotante. Mezclados con la saloma, componían una escena casi incomprensiblemente extraña.

¡Yo, ho, ho, a navegar, a navegar!
¡Al estrecho de Puget en un día de vendaval!

De repente, la puerta se abrió solo una rendija. —Kendall. Mira.

Se abrió un poco más.

Austin sintió sus dedos sobre el arma. Estaba preparado para cualquier cosa, excepto para lo que sucedió a continuación.

La puerta se abrió de golpe y un enorme pastor alemán bajó la rampa a toda velocidad, directo hacia Austin. Él se quedó paralizado, con el dedo en el gatillo. Pero, a medida que el perro se acercaba, con la lengua fuera en una sonrisa bobalicona, Austin vaciló.

¿Iba a atacar?

Preparándose para el impacto, Austin apartó la pistola justo cuando el perro llegó a su altura. Pero, en lugar de atacar, el pastor pasó como una exhalación junto a Austin. Corrió describiendo círculos alocados a su alrededor y luego se detuvo en seco. Sujetando un palo grande con la boca, el perro echó la cabeza hacia atrás y lo lanzó al aire. Observó el palo describir un arco y caer a unos metros, y después salió disparado tras él.

Volviendo a coger el palo con las mandíbulas, el perro repitió su frenético juego de ir a buscar consigo mismo.

Austin se quedó estupefacto, desviando la mirada del umbral vacío y abierto de la casa flotante al pastor alemán mientras este continuaba con su frenética rutina de lanzar, perseguir y recoger el palo en rápida sucesión. Era evidente que el perro estaba loco de contento por tener la oportunidad de correr en libertad. Entre lanzamiento y lanzamiento, se acercaba corriendo a Austin, con la cola agitándose con entusiasmo mientras intentaba que se uniera al juego.

—No hay nadie en la puerta —dijo Kendall—. Deja al perro. Entremos.

—Espera —dijo Austin—. Ahí.

Era Ackerly, que salía por una puerta lateral; más bien una abertura, en realidad, ya que parecía estar cubierta por una pesada lona en lugar de una puerta. Lucía una amplia sonrisa en su rostro magullado y ensangrentado. Tenía las manos vacías y en alto.

—¡Maldita sea, *Bjorn*! —dijo Ackerly—. ¡Se suponía que tenías que atacar!

—Baje aquí. ¡Ahora! —ordenó Kendall—. Despacio, con las manos bien altas.

—Siento haber huido —dijo Ackerly—. No soy una amenaza, lo juro. No dispare.

Llegó al final de la rampa y Kendall le puso las esposas mientras Austin la cubría. Bjorn, que al parecer era el nombre del perro, acabó agotado y se dejó caer en el suelo de tierra en un feliz ensueño.

—¿Es esta la casa de su primo? —preguntó Kendall.

Ackerly no dijo nada.

—¿Está él dentro? —ladró ella.

—No. Le juro que no sé dónde está.

—¿Es su casa? —preguntó Austin.

Ackerly asintió.

Dos coches de policía se acercaron por detrás. Los refuerzos de Jimmy.

Kendall empujó a Ackerly hacia Austin. —Lleva a este tipo hasta las unidades que han llegado. Diles que suban. Nosotros registraremos la casa.

Austin frunció el ceño. —Bien, pero dudo que esté ahí dentro.

—¿Por qué dices eso?

Austin dio una patada a la tierra. —Ha llamado Jimmy. Velma Wakefield ha desaparecido. Si Wayne Ackerly es nuestro hombre, la tiene él. Probablemente a través de la aplicación de citas. Y dudo que la haya traído aquí.

Mientras Austin llevaba a Dexter Ackerly hacia los agentes que habían llegado, el hombre cantó el estribillo una última vez.

¡Jo, jo, jo, a navegar, a navegar!

¡Al estrecho de Puget en un día de vendaval!

35

Habían pasado cuatro horas desde la detención de Dexter Ackerly, y la sala de reuniones apestaba a papeles húmedos y a cajas de cartón podridas. Habían sacado una docena de cajas de cartón y maletas viejas de la casa flotante. Algunas estaban mohosas, otras mojadas, y todas contenían pruebas de que la casa flotante había estado habitada por Wayne Ackerly.

Dexter había pedido un abogado de inmediato, cantando estrofa tras estrofa de su saloma, pero sin articular una sola palabra más allá de «abogado». Jimmy tenía un equipo buscando a Velma Wakefield y otro apostado en la casa flotante por si Wayne era lo bastante tonto como para volver.

Austin y Kendall habían llegado a la conclusión de que, después de mentirles en su despacho, Ackerly había huido en barco para avisar a su primo de que la policía estaba preguntando por él. Su corazonada era que todavía admiraba a su primo mayor y que haría cualquier cosa por ayudarlo, aunque dudaban de que estuviera implicado en los asesinatos.

Ahora tenían las cajas y la desesperada esperanza de que una de ellas pudiera darles la pista que necesitaban.

Las primeras cajas le habían permitido a Austin reconstruir una imagen del turbulento pasado de Wayne. Creció en un hogar abusivo en Bremerton, mostrando comportamientos preocupantes desde

muy joven y abandonando los estudios a los dieciséis años. Tras pasar de un trabajo a otro, incluido un breve periodo en una carnicería, acabó metiéndose en el mundo de los monólogos, que parecía haberse convertido en una obsesión.

Rebuscando en una caja de papeles amarillentos, Austin daba sorbos ocasionales al café frío de su vaso de cartón. Ya era tarde y le costaba enfocar la vista en la penumbra de la sala de reuniones.

La mayor parte del contenido eran reliquias de la carrera de monologuista de Ackerly: esbozos de números extravagantes, folletos arrugados de noches de micro abierto. Mezclados entre ellos había talones de entrada descoloridos, recuerdos del bum de la comedia que había arrasado Seattle en los setenta. Austin examinó una entrada del espectáculo de la primera compañía de sketches de Bill Nye en el Annex Theater en el 77, seguida de una de una actuación de un joven Pat Cashman en el 79.

Una foto de 1978 mostraba a Ackerly, con diecinueve años, en el escenario de un pequeño local. Era de estatura media y complexión fibrosa, con el pelo castaño alborotado, ojos intensos y piel pálida.

A continuación, Austin encontró una pila de blocs de notas. Al hojearlos, encontró una serie de chistes en los que, supuso, Ackerly había estado trabajando. Algunos eran de humor negro, otros no, pero ninguno le pareció especialmente gracioso.

¿Cómo llamas a la esposa de un hippie?

Mississippi.

¿Qué decía el cartel en la puerta del burdel?

«¡Pírate, que cerramos!».

Sé que tengo cuerpo de adulto, pero en el fondo tengo el corazón de un niño pequeño.

Lo guardo en un frasco en mi estantería.

La música disco está muy viva.

Y la MATARÉ si es necesario.

Austin imaginó a un joven Wayne Ackerly escribiendo los chistes a finales de los setenta y la idea le entristeció de forma irracional.

Al pasar la página, se encontró con un número un poco más desarrollado.

Hola a todos, soy Wayne Ackerly, pero el público de por aquí me llama «el Príncipe de las Tinieblas». Supongo que se podría decir que mi humor es un poco macabro, pero vamos… estar muerto tiene sus ventajas.

Quiero decir, pensadlo… Se acabó el esperar cola en la panadería los sábados por la mañana para comprar bollos y pan recién hecho. (Pausa para las risas).

Ahora que ya sabéis algo sobre mí, dejad que os hable de mi madre. Sabéis, falleció hace tres años. (Pausa para un «Ohhhhh»). Fue triste, sí, pero cuando estaba viva, era más tonta que un saco de martillos que había suspendido pintura con los dedos. Lo suyo era que siempre decía mal los refranes de toda la vida. Como si se hubiera criado en el extranjero.

¿Algunas de sus mejores? O, mejor dicho, ¿las peores?

—Donde hay humo, hay una pistola humeante. (Pausa para las risas)

—No se puede juzgar a un libro por su cubierta, pero se le puede llevar al abrevadero. (Pausa para las risas).

—No cuentes los pollos antes de poner todos los huevos en la misma cesta. (Pausa para las risas).

O, mi favorita: —Quemaremos ese puente cuando lleguemos a él. (Pausa para las risas).

Como ya he dicho, era más tonta que una piedra. (Pausa)

Así que la maté. (Pausa para risas incómodas).

No, en realidad no.

Se suicidó hace años. Con un hijo como yo, ¿quién no lo haría?

Austin dejó el cuaderno a un lado, negando con la cabeza, y centró su atención en otra caja.

Se le abrieron los ojos como platos al examinar un boletín de notas descolorido del colegio de primaria Bremerton, con fecha de 1969. La caligrafía redondilla y enlazada detallaba un incidente que involucraba a un joven Wayne Ackerly.

Lo leyó y luego se lo llevó a Kendall, que estaba en el pasillo hablando por teléfono con Lucy. Tenía la cabeza debidamente vendada y parecía más fresca de lo que cabría esperar después de la pelea en la que se había metido.

Cuando colgó, él le dijo:

—Creo que vas a querer ver esto.

36

De vuelta en la sala de reuniones, Austin leyó en voz alta.

—Durante la clase de matemáticas, Wayne le pasó una nota a Sally. La nota decía: «¿Te gusto? Marca la casilla Sí o No». Sally marcó «Sí» en el papel. Durante el recreo, Wayne procedió a darle varios puñetazos a Sally hasta que un profesor que vigilaba el patio lo detuvo. Cuando se le preguntó por qué le pegaría a una chica, Wayne respondió: «Ha intentado besarme». Se recomienda encarecidamente tomar más medidas disciplinarias por este comportamiento preocupante.

A Austin no le había sorprendido saber que Ackerly mostró un comportamiento violento a una edad temprana; fueron las circunstancias particulares las que despertaron su curiosidad. Le entregó el informe a Kendall.

—¿Tú qué opinas de esto?

Ella lo estudió y luego lo dejó sobre la mesa.

—Algunos hombres violentos agreden a las mujeres cuando estas los rechazan. Wayne le pegó a la niña después de que ella marcara «Sí». Después de que intentara besarlo, suponiendo que eso sea cierto. Creo que la violencia de este tío hacia las mujeres proviene de problemas de apego muy profundos que se remontan a mucho tiempo atrás. Una madre maltratadora, abandonado de niño, sin amor ni cuidados constantes. Le dejó hecho polvo.

—*Si no es por una cosa, es por tu madre* —dijo Austin.

—¿Qué?

—Nada. Es un chiste de un monólogo de Robin Williams que vi con Anna el otro día. O sea, ¿que creemos que este tío tenía problemas con su madre?

Kendall se paseó por la sala.

—No suenes tan cínico. No lo estoy excusando, pero, mira, he hecho algunos cursos de psicología y esto es real.

—En sus viejos papeles encontré algunos chistes sobre matar a su madre, y luego sobre el suicidio de ella.

Kendall se apoyó en la pizarra blanca.

—Probablemente es incapaz de confiar o de forjar relaciones sanas. No tiene autoestima, arrastra enormes heridas por el rechazo. Cualquier pizca de amabilidad o amor de una mujer probablemente le desencadena un miedo y una vulnerabilidad abrumadores.

Austin lo sopesó.

—¿Porque no sabe cómo manejarlo?

—Exacto. Es demasiado para él, así que arremete como mecanismo de defensa. La agresión le devuelve una sensación de control cuando todas esas ansiedades se disparan. Al ser violento, evita lidiar con la vulnerabilidad.

Austin miró su reloj. Eran las diez y necesitaba irse a casa. Hacía horas que tenía que haberse ido a casa. La teoría de Kendall sobre las raíces de la motivación de Ackerly tenía sentido, pero no los acercaba a encontrarlo.

—Jimmy y su equipo están haciendo lo que pueden —dijo—. Su boda es mañana y todavía está pateándose las calles.

—Los dos necesitamos dormir un poco —dijo Kendall, acompañándolo a la salida.

En recepción, la recepcionista estaba a punto de terminar por hoy. Era una joven amable que solo llevaba trabajando un mes y todavía estaba deseosa de agradar.

—Señora Shaw y señor Austin, eh, Thomas —dijo—. Tienen recados.

Él se detuvo y se apoyó en el mostrador.

—El sheriff Daniels ha enviado una nota para la señora Shaw. Austin, usted está en copia. Se la he impreso para usted. —Le entregó una hoja de papel a Kendall y luego un sobre a Austin—. Y, Austin, Samantha ha llamado y ha dicho que su teléfono le saltaba directamente al buzón de voz. Me ha pedido que le preguntara si había visto la página de inicio del *New York Times*. Algo sobre una gran noticia que se iba a publicar y que sin duda querría ver.

Sentado en su camioneta en el aparcamiento, Austin le envió un mensaje a Anna para hacerle saber que estaba de camino a casa. Se había intercambiado un par de mensajes con ella a lo largo del día, avisándole de que llegaría tarde a casa. Ella no había respondido, lo cual era raro en ella.

Ahora, con el caso estancado, se sentía fatal y creía que le debía una disculpa.

Aun así, el mensaje de Samantha le rondaba por la cabeza, así que sacó el móvil y buscó la página principal del *New York Times.*

Surgen nuevas pruebas en el asesinato sin resolver de la fiscal adjunta

Anna Downey

Tres años después del brutal asesinato de la fiscal adjunta del distrito Fiona Austin en un asador del Upper East Side, fuentes policiales afirman haber obtenido nuevas pruebas que podrían apuntar a un sospechoso.

El 13 de noviembre de 2020, dos pistoleros abrieron fuego contra la fiscal adjunta del distrito Fiona Austin y su marido, Thomas Austin, un respetado detective del Departamento de Policía de Nueva York, cuando salían del Philip's Steakhouse en su décimo aniversario de boda. El detective Austin, conocido por haber atrapado al asesino en serie conocido como el «Carnicero de Bebés de Navidad», recibió cuatro disparos, pero sobrevivió. Fiona, fiscal adjunta del condado de Manhattan, recibió un único disparo en la cabeza y falleció en el acto.

Aunque el detective Austin fue capaz de describir el vehículo, la ropa y las características físicas de los dos tiradores, no se practicó ninguna detención. El asesinato conmocionó a la comunidad jurídica de Manhattan. Los compañeros de Fiona la describieron como una abogada reflexiva y de principios, dedicada a la justicia.

Nuevos documentos obtenidos por el Times indican que el agente especial del FBI Jorge Diaz Lopez, que se retiró súbitamente de su puesto poco después del asesinato, podría ser ahora una persona de interés en el caso. Múltiples fuentes policiales, que hablaron bajo condición de anonimato, afirmaron que Lopez había participado en operaciones cuestionables durante su etapa en el FBI.

Los documentos y las fuentes también indicaban que Lopez y Austin podrían haber mantenido una aventura. Una fuente cercana al caso citó «una posible disputa doméstica» como una línea de interés en el asesinato.

Los documentos también apuntan a irregularidades financieras y a comunicaciones entre Lopez y varias figuras con conexiones en el crimen organizado en el periodo anterior al asesinato de Fiona Austin.

No ha sido posible contactar ni con Lopez ni con su abogado para que hicieran declaraciones. Los portavoces del FBI y del Departamento de Policía de Nueva York también declinaron hacer comentarios sobre la investigación o identificar a ningún sospechoso o persona de interés.

Aunque las pruebas que apuntan a Lopez siguen siendo poco claras y circunstanciales, la revelación ha reavivado las esperanzas de que los seres queridos de Fiona Austin puedan ver por fin que se haga justicia. Una fuente de la fiscalía del distrito de Manhattan expresó su optimismo de que el caso pudiera estar más cerca de resolverse. «Estos nuevos documentos no son una prueba irrefutable —dijo—, pero nos dan algo nuevo con lo que trabajar, y en un caso tan frío, eso es todo lo que podemos esperar».

Austin leyó el artículo dos veces. La sorpresa se convirtió en estupefacción y, después, en rabia mientras clavaba la vista en la firma del artículo.

Anna Downey

Incluso comprobó que era la portada real y no un error, una broma cruel y de mal gusto.

Había utilizado su información, sus papeles, su *vida*. Los había utilizado para conseguir otras fuentes y documentos. Los había utilizado para colar un artículo en el *New York Times*.

Era una traición que no habría creído posible si no la estuviera viendo en el periódico de referencia. Con el puño cerrado, golpeó el asiento del copiloto con toda la fuerza que pudo y soltó un grito. Dirigido a nadie, dirigido a todos. Dirigido a Anna.

Un nuevo mensaje de Kendall interrumpió la creciente acumulación de su rabia.

La nota de Daniels. Por lo visto, lo han soltado de la cárcel. Dice que estamos los dos despedidos.

PARTE III

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

37

Austin recordaba bastantes horas bajas desde que se había mudado a Hansville. Los primeros meses habían sido sombríos. Se suponía que la transición de la gran ciudad a un diminuto pueblo costero le aclararía las ideas y le sanaría el corazón, pero en lugar de eso solo le había dado el tiempo y el espacio para darse cuenta de lo destrozado que estaba.

Había intentado distraerse llevando la cafetería y la tienda, probando recetas nuevas y aprendiendo a ser padre perruno por primera vez cuando le compró a Run a un criador de confianza.

Pero, como suele decirse, *los problemas te siguen allá donde vas*. Y el fantasma de Fiona lo había perseguido de una punta a otra del país.

Y, sin embargo, a pesar de lo difíciles que fueron los primeros días, no recordaba ninguno tan malo como este. Sus esfuerzos por resolver el misterio del asesinato de Fiona, que una parte de él siempre había creído que le traería la paz, habían traído algo peor. Y su intento de encontrar de nuevo el amor se había topado con otra traición. Una que había surgido de la nada y que lo había mantenido dando vueltas en la cama casi toda la noche.

Ahora, bajo la lúgubre y gris llovizna del amanecer, Austin le lanzaba la pelota de tenis a Run por la playa. Por suerte, su pequeña corgi parecía perfectamente feliz a pesar de su estado anímico. Era

una de las cosas que le encantaban de ella. No es que no le importara. Esa mañana lo había mirado y —creyó él— había reconocido lo mal que estaba la situación. Pero su insistencia en ir a la playa de todos modos había sido un revulsivo suficiente para impedir que cayera del todo en el agujero en el que quería meterse.

Cuando volvió a casa la noche anterior, con la intención de enfrentarse a Anna por el artículo, ella no estaba. Solo había encontrado una nota.

Austin:

Sé que debes de estar enfadado, o lo estarás cuando veas la portada del New York Times*. Y vas a pensar que he traicionado tu confianza.*

Supongo que lo he hecho.

Pero es mejor que estas cosas salgan a la luz. Si de verdad quieres que este caso se resuelva, sacar la información a la luz pública es mejor que guardártelo todo para ti.

Ahora que todo el mundo lo sabe, es más probable que el caso se resuelva.

No lo siento, pero entenderé que no quieras volver a hablarme nunca más.

Anna.

Quizá ella se lo creía. Pero él no pudo evitar fijarse en que sus actos también le habían conseguido un artículo en la portada del periódico más importante del país, uno para el que ella había soñado escribir durante años, si no décadas. Era el empujón que su carrera necesitaba.

Aún no habían encontrado a Wayne Ackerly, pero tampoco el cuerpo de Velma Wakefield. El Departamento del Sheriff de Kitsap lo buscaba por todo el condado y tenía agentes vigilando en Dyes Inlet. Nada. El caso pesaba como una losa, y aun así Austin no sabía si todavía tenía trabajo. Lo último que había sabido de Kendall era que los habían despedido a los dos, pero que ella iba a recurrir a Lucy para que hablara con Daniels.

Casi todas las mañanas se dejaba el móvil en casa cuando paseaba a Run por la playa, pero esa mañana se lo había llevado, con la esperanza de recibir una llamada. Quizá de Kendall, quizá de

algún viejo amigo. Algo, cualquier cosa que lo distrajera de los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza.

Se agachó, cogió la pelota y la lanzó por la playa, donde rebotó en un tronco y cayó al agua. Run la observó con escepticismo mientras flotaba sobre una pequeña ola a metro y medio de la orilla, luego se metió con cautela en el suave oleaje y la atrapó antes de salir del agua reculando con cuidado.

No solo estaba en el aire el papel de Austin en el caso, sino que hoy era el día de la boda de Lucy y Jimmy. Pensaba que eran perfectos el uno para el otro, y aun así no sentía ni emoción, ni alegría, nada por sus amigos y compañeros. Y eso lo hacía sentirse peor que ninguna otra cosa.

Lo último que quería era hundirse en un pozo de egoísmo y autocompasión y, sin embargo, ahí era donde se veía caer.

El móvil le vibró en el bolsillo. *Kendall*.

—Hola —dijo él, intentando sin éxito sonar animado.

—Que yo sepa, todavía tenemos trabajo. Al menos oficialmente. No creo que se haya tramitado ningún papel y, hasta que no aparezca Recursos Humanos y me saque de aquí a rastras, yo seguiré trabajando.

—Eso está bien —dijo Austin, distraído por un águila que sobrevolaba su cabeza en círculos.

—¿Estás bien? —preguntó Kendall.

—La verdad es que no.

—¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no. Cuéntame lo del caso. ¿Alguna novedad sobre Ackerly?

—No, pero tienen gente vigilando su casa, en Dyes Inlet, en todas partes. Jimmy está aprovechando la mañana del día de su boda para intentar que Dexter Ackerly hable. Su abogado es un pieza de cuidado y… —soltó un largo suspiro, claramente exasperada —. Puede que no sepa nada de todas formas. No lo sé.

—¿Y Velma Wakefield?

—La única buena noticia es que no ha aparecido flotando en Dyes Inlet.

Aquello confirmaba todo lo que Austin pensaba, y no le hizo sentir mejor. —Entonces, ¿qué quieres que haga?

—Ve a la boda —dijo Kendall—. Deja el móvil encendido. Si algo se mueve, te llamaré.

38

El motel de lujo Cascade View estaba situado a solo veinte metros de la carretera 3, a pocos kilómetros al suroeste de Gorst. El pequeño hotel no hacía honor a su nombre. No tenía vistas a las Cascades, al menos no desde su habitación, y desde luego no era lujoso.

Lo que sí tenía era una entrada desde el aparcamiento, en lugar de un vestíbulo, y un personal tan desinteresado que podría haber estado planeando un atentado terrorista allí dentro durante años sin que le hicieran ni una sola pregunta.

Pero no estaba planeando un atentado terrorista. De hecho, no sabía *qué* hacer. Todos sus planes se habían ido al garete en los últimos días y ahora estaba perdido.

Velma Wakefield se retorcía en el rincón, con las muñecas atadas con una cuerda y la boca sellada con cinta americana, y aun así aquello no le producía ningún placer. No como las otras.

Había sido bastante fácil conseguir una cita con ella. Su genuino amor por la comedia había sido explotable y, como tenían más o menos la misma edad, compartían muchos de los mismos cómicos favoritos: Robin Williams, Rodney Dangerfield, el equipo del SNL de finales de los setenta y principios de los ochenta.

Y, sin embargo, él no le había gustado. Había fruncido el ceño al ver su aspecto antes incluso de que se sentara en el restaurante, se

había inclinado hacia atrás durante toda la conversación y, a los quince minutos, había empezado a inventar excusas sobre por qué tenía que acortar la cita.

Si le hubiera pasado un trozo de papel preguntándole: *«¿Te gusto? Marca la casilla Sí o No»*, sin duda habría marcado *No.*

Y eso le hacía desear retenerla, convencerla, ganársela de alguna manera. Se imaginó dándole relajantes musculares como a las otras y se encogió. Pensó en descuartizarla y no sintió nada. Se imaginó sumergiendo su cabeza en las serenas aguas de Dyes Inlet y de hecho retrocedió ante la idea. La verdad era que Velma Wakefield lo odiaba, y eso hacía que él la amara. Lo último que quería hacer era matarla.

O quizá era otra cosa. Quizá quería que *ella* lo amara *a él*.

Su cuerpo se había quedado quieto. La miró en la raída moqueta del motel. Respiraba por la nariz y parecía haberse quedado dormida.

Necesitaba pensar. Necesitaba un plan.

Su primo idiota, Dexter, había desaparecido, no le devolvía las llamadas. Eso lo preocupaba, demasiado como para volver a casa. Por eso había traído a Velma aquí.

Pero ¿y ahora qué?

¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora? Podía dejar a Velma y escapar, pero ¿y luego qué? Le quedaba medio depósito de gasolina y sesenta y ocho pavos. Necesitaba un café.

Caminó hasta el vestíbulo del hotel, que prometía «Café y desayuno gratis». Además de café tibio, una manzana magullada y un muffin todavía medio congelado, encontró a una docena de personas, la mayoría de unos treinta años, todos muy arreglados y, al parecer, de humor festivo.

Tres tíos en un rincón hablaban a gritos, levantándose constantemente a por más comida y hablando de acciones tecnológicas, inteligencia artificial y bitcoin. Todos llevaban trajes azules y eran justo el tipo de pijos que Ackerly odiaba. Felices. Ajenos a todo. Quizá no ricos, pero desde luego no pobres. Eran la clase de capullos que solían emborracharse en sus espectáculos y abuchearlo.

Tres mujeres, todas con vestidos en varios tonos de verde, se unieron a ellos y empezaron a quejarse del motel. Estaba claro que se alojaban en un sitio muy por debajo de su nivel, pero, según dijeron, el hotel de la boda estaba completo porque habían decidido asistir a última hora.

—Eso no ha sido culpa mía —dijo el más corpulento de los jóvenes, sorbiendo de una lata de bebida energética de colores vivos que se había traído al bufé—. Tú eres la que no se decidía.

La joven se sentó en su regazo y le rodeó con un brazo. —Es que no podía decidir, en plan, cómo quedarían las fotos en Insta. —Se levantó de repente y se echó hacia atrás, posando como una modelo —. Bueno, ¿qué tal estoy?

Otra de las mujeres le sacó una foto. —Estás que ardes, tía. Y, vamos, dale un respiro a Lucy. Nunca ha tenido el mejor gusto para la moda.

—¿Quién le pide a todas las mujeres que vayan de verde a una boda? —preguntó la primera mujer.

—Es irlandesa, o lo eran sus padres, o lo que sea —se encogió de hombros la segunda—. Y mira, tía, puede que esta sea la boda más hortera a la que vayamos, pero es Lucy. La queremos y vamos a aguantar el tipo. Y *habrá* barra libre.

—Jimmy es un crack, eso sí —dijo uno de los colegas—. Ha contratado a un monologuista para la boda.

—¿Ni un grupo ni un DJ? —suspiró una de las mujeres.

Siguieron dándole vueltas al tema un rato mientras Ackerly sorbía su café malísimo y picoteaba los bordes del muffin helado.

Cuando el grupo terminó de desayunar y se levantó para irse, él puso su mejor sonrisa y se acercó al tío que se estaba bebiendo la bebida energética.

—Oye —dijo Ackerly—, ¿vais todos tan arreglados para la boda de Jimmy y Lucy? No he podido evitar oíros.

—Pues sí, colega, ¿eres uno de sus abuelos o qué?

Ackerly intentó mantener una expresión amigable. —Ja, ja, no. Soy un primo lejano por parte de Lucy, pero he perdido la invitación. ¿Puedes recordarme el lugar y la hora?

—Puedo hacer algo mejor, tronco. —El colega se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una tarjeta gruesa. Se la entregó a Ackerly y luego tiró la lata vacía al cubo de reciclaje—. Nos vemos allí, tío. —Se echó hacia atrás, inspeccionando los vaqueros y la camiseta de Ackerly—. Espero que tengas el traje en la habitación del hotel.

Ackerly bajó la vista hacia la tarjeta.

El Sr. y la Sra. Thomas O'Rourke
tienen el honor de invitarle a la recepción nupcial de su hija:
Lucy Marie O'Rourke
con
James (Jimmy) Andrew Jule
hijo del Sr. y la Sra. Harold Jule
Sábado, trece de octubre de dos mil veintitrés, a las dos y media de la tarde
Agate Pass Lodge, Poulsbo, Washington
Se ruega confirmar asistencia antes del primero de septiembre de dos mil veintitrés.

Suspiró, pensando en Velma, que estaba arriba en la habitación. Nunca le caería bien, así que nunca podría hacerle daño. Le importaban una mierda su casa flotante, Dexter y cualquier otra persona o cosa. La verdad era que ni siquiera matar a aquellas otras mujeres le había hecho sentir mucho mejor.

Calculó que en cuestión de semanas estaría muerto o en la cárcel. No le quedaba nada más que la risa.

Se guardó la invitación en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Quizás había llegado la hora de una última función.

39

La llovizna cesó una hora antes de la boda, y eso bastó para levantarle el ánimo a Austin. No es que se lo levantara por las nubes, pero sí lo suficiente para ponerse unos pantalones de pinza grises, una buena camisa blanca de botones, una americana azul y unos zapatos decentes.

Ya oía la música desde el aparcamiento mientras se adentraba en el Agate Pass Lodge, un encantador centro de celebraciones frente al mar en el lado oeste de la bahía de Liberty, en Poulsbo.

La ceremonia había sido íntima, solo para la familia más allegada, pero el banquete parecía un gran acontecimiento. Había oído a Jimmy y a Lucy discutir sobre los detalles durante semanas, puede que meses, pero, por lo que parecía, al final todo había salido bien.

El lugar bullía de actividad mientras los invitados se mezclaban por el recinto, bellamente decorado. Grandes arreglos florales adornaban el interior del imponente edificio del lodge y llenaban las salas de colores vivos. Habían colocado mesas altas y taburetes blancos tanto dentro como fuera; una fila de ellos se extendía por un gran césped con vistas al agua. De los altavoces salía música electrónica animada mientras los invitados bebían champán y cervezas artesanas locales de la barra libre.

Fuera, el aire fresco del otoño estaba lleno de risas y conversaciones. Los invitados paseaban por los senderos de piedra

que atravesaban los frondosos jardines y disfrutaban de las vistas de la bahía. Habían colgado guirnaldas de luces entre los árboles y las plantas que iluminaban el patio donde se servían los aperitivos.

El ánimo de Austin recibió otro empujón cuando vio a Ridley entrar del brazo de Rachel. La calva de Ridley relucía bajo las luces del lodge y las rastas de Rachel estaban recogidas en un precioso diseño de bucles y arcos que la hacían parecer que llevaba una corona. Ridley le había contado que al principio ella se había opuesto a que se presentara a gobernador por todas las fotos en las que tendría que salir, pero, al menos a juzgar por su aspecto, lo habían asumido.

Austin se acercó y le dio un abrazo a Rachel, y luego le dio una palmada en la espalda a Ridley mientras le estrechaba la mano.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Austin—. Pensaba que igual ya eras demasiado famoso para aparecer por bodas.

Rachel enarcó una ceja.

—¿Bromeas? A Rid le encanta arreglarse, aunque finja que no. Por fin puede sacar el Denzel que lleva dentro. ¿Te ha contado alguna vez que quería ser modelo?

Austin abrió los ojos como platos.

—Esto sí que *tengo* que oírlo.

—Ni se te ocurra —dijo Ridley, frunciendo el ceño a su mujer.

Rachel lo apartó de un empujoncito.

—Anda, ve a buscarnos algo de beber.

Ridley le dio un beso rápido en la mejilla y se marchó mientras Rachel se lanzaba a contar la historia de cómo una agencia de modelos se había puesto en contacto con Ridley cuando jugaba al fútbol americano en la universidad. Buscaban modelos más grandes y musculosos para una nueva marca de ropa masculina y, tras verlo en una entrevista en un canal de noticias local, habían pensado que podría encajar. La cosa no había prosperado, pero Rachel todavía le tomaba el pelo por cómo había fingido que no le emocionaba la idea de salir en catálogos y vallas publicitarias por todo el país. Lo había pillado más de una vez ensayando poses en el espejo.

Austin rio entre dientes cuando Ridley regresó con una cerveza para él y un agua con gas con lima para Rachel.

—¿Todavía te estás burlando de mí o qué? —preguntó Ridley.

Ella bebió un sorbo y le pasó un brazo por la cintura.

—Estás a un par de semanas de ser elegido gobernador. Tenemos que mantenerte humilde. —Miró a Austin—. El primer gobernador negro del estado de Washington. *Si* gana.

—Por no mencionar —añadió Ridley—, el primer gobernador independiente. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

—¿Van bien las encuestas? —Austin se había estado preguntando cómo habría afectado a la carrera electoral la autodestrucción pública de Daniels.

—Las encuestas internas dicen que hay un triple empate —dijo Rachel—. Pero Rid lleva la delantera.

Ridley pareció un poco avergonzado.

—Mientras no se sepa que no tengo ni idea de lo que hago, no habrá problema. Por cierto, Austin, me he enterado de que Daniels os ha «despedido» a ti y a Kendall. No te preocupes demasiado por eso. Mi director de campaña va a hablar con el suyo y a señalarle el aspecto que podríamos darle si filtramos los detalles a la prensa. —Suspiró—. Odio hacer politiqueo con el funcionamiento interno del Departamento del Sheriff, pero, joder, ese tipo está fuera de control.

Austin le dio otra palmada en la espalda. —El trabajo no siempre ha sido un camino de rosas, y no sé si darte las gracias o un puñetazo por ayudarme a conservarlo, pero gracias.

El rostro de Ridley se ensombreció ligeramente y entrecerró los ojos. —¿Anna? El artículo. Y con las noticias que te di..., ¿cómo lo llevas?

Austin miró a Rachel con incomodidad. —No hablemos de mí. Estaré bien.

Rachel parecía cabreada. —Rid me ha hablado del artículo. No me puedo creer que haya hecho eso.

Austin no quería hablar de ello, así que se disculpó y salió al césped cuando el móvil le vibró con un mensaje de Kendall. La lluvia de antes había dado paso a un día con una temperatura de casi veinte grados y un aire tan fresco y puro que le hizo pensar que era imposible que lugares como Nueva York estuvieran en el mismo planeta.

El mensaje decía: *Dexter Ackerly ha llegado a un acuerdo. Puede que necesite que vuelvas, pero de momento quédate ahí. Pronto te cuento más.*

Estaba a punto de llamarla para ofrecerse a marcharse en cuanto saludara a Jimmy y a Lucy, cuya limusina acababa de llegar, cuando Kendall le envió otro mensaje.

Nos lo va a contar todo a cambio de clemencia por agredir a un agente. El único problema es que no sabe gran cosa. O este gilipollas es el mejor mentiroso que he visto en mi vida o no sabe dónde está su primo. No creo que supiera que era un asesino. Lo único interesante que ha dicho es que Ackerly empezó a comportarse de forma extraña cuando su carrera de cómico empezó a irle mejor, a finales de los setenta. Lo había estado intentando durante todo el instituto, pero empezó a conseguir algunas actuaciones en Seattle, fue telonero de un tipo del que no he oído hablar en mi vida, pero que por lo visto era alguien importante por aquel entonces. En fin, que viene a confirmar mi teoría. Algunas personas estallan cuando la gente es cruel con ellas, cuando las cosas van mal. Otras, en cambio, es al revés: cuando eres bueno con ellas, cuando las cosas van bien, se enfurecen.

Austin se paseaba por el césped, mientras el alegre parloteo de los invitados llenaba el espacio entre sus pensamientos. Confiaba en que Kendall tuviera razón sobre Dexter Ackerly, pero eso lo dejó con una pregunta en mente: ¿por qué Velma Wakefield no había aparecido muerta y qué sería lo próximo que haría Ackerly?

40

Una voz sonó por los altavoces instalados en el lateral del Lodge. —Hola a todos, y bienvenidos a la boda de Jimmy y Lucy. Soy Brian Donahue y seré su maestro de ceremonias esta noche. Por ahora, disfruten de unas copas y ¡denle la bienvenida a Jimmy y Lucy! —Hizo una pausa para que aplaudieran mientras la feliz pareja entraba del brazo en el Lodge. Jimmy llevaba un traje azul y Lucy, un vestido de novia sencillo pero elegante, realzado con un discreto ribete verde.

Desde el césped, Austin los observaba a través de los grandes ventanales mientras daban una vuelta por el Lodge, saludando a los invitados y estrechando manos.

—El primer artista llega tarde —continuó el maestro de ceremonias—, pero, por favor, disfruten de una muestra de la herencia irlandesa de Lucy.

Algunos invitados empezaron a bailar mientras los animados sones de la música tradicional irlandesa salían del Lodge y flotaban en el aire del atardecer. Las alegres melodías del violín y los pujantes ritmos del *bodhrán* llenaron la fiesta de una energía cálida y festiva que hizo que hasta Austin marcara el ritmo con el pie.

Pero no podía quitarse a Ackerly de la cabeza. Dando por sentado que la evaluación psicológica de Kendall era correcta, había

algo que no encajaba. Era el hecho de que se hubiera llevado a Velma Wakefield para empezar.

Las tres primeras víctimas de Ackerly eran mujeres muy diferentes, pero todas compartían algunos rasgos comunes. Eran extrovertidas, simpáticas y más abiertas a tener contacto físico al principio de una relación. Más abiertas a mostrarle el tipo de afecto que lo haría estallar.

Velma, en cambio, era solitaria y, según ella misma admitía, difícil de complacer y no muy dada a las citas.

Si Ackerly mataba a las mujeres que se acostaban con él, o que eran amables con él —que marcaban *Sí*—, Austin dudaba que Velma Wakefield fuera a aparecer muerta. No, si ella había conectado con él a través de la aplicación, lo más probable es que fuera por su afición a la comedia. Quizá eso había sido lo que la había llevado a aceptar una cita en primer lugar. Pero era imposible que intentara intimar con él tan pronto.

Así que la pregunta era ¿qué haría Ackerly con una víctima potencial si no la mataba?

La visión de Anna saliendo del Lodge hacia la terraza contigua al césped, con una copa de champán en la mano, interrumpió sus pensamientos. Llevaba un vestido verde claro y un pañuelo blanco. Así como Jimmy había pedido a todos los hombres que llevaran algo azul, Lucy había pedido a todas las mujeres que llevaran algo verde.

Austin apartó la mirada cuando ella se giró hacia él. Luego se sintió mal al instante por haberlo hecho. No había forma de evitarlo.

Cuando volvió a mirar, ella ya estaba a medio camino.

—Hola —dijo ella.

Él endureció el rostro. —Hola.

Estaba a punto de intentar una conversación trivial cuando la atronadora voz del maestro de ceremonias estalló por el altavoz. —¡Demos todos la bienvenida a la pista de baile a la feliz pareja para su primer baile como marido y mujer!

Mientras la multitud vitoreaba, la música se ralentizó, pasando a ser un suave vals irlandés. El vocalista cantaba con una voz de tenor cadenciosa sobre el amor y la devoción mientras el acordeón tocaba acordes envolventes por debajo.

Desde el césped, Austin observaba a Lucy y Jimmy abrazados, meciéndose al son de la música.

Anna le tocó el brazo. —¿Creo que debería ir directa al grano. ¿Viste mi nota?

Él asintió. —¿Rebuscaste entre mis papeles? ¿Imprimiste cosas que no estaba listo para…? —Era inútil. No quería montar una escena en la boda y, la verdad, se sentía más resignado que enfadado. Había conocido a suficientes reporteros como para saber que debería haberlo previsto.

—Debería decirte —dijo Anna— que ahora soy la corresponsal a tiempo completo para los condados de Kitsap y King del *New York Times*.

Austin apretó los dientes.

Una corresponsal era una colaboradora autónoma que no estaba en la nómina fija de un medio de comunicación, sino que proporcionaba reportajes de forma puntual. Básicamente, un refuerzo de guardia para cuando una gran noticia estallaba en la zona. Era un logro enorme para Anna. El trabajo de sus sueños. Y el hecho de que lo hubiera traicionado para conseguir el puesto fue un puñetazo en el estómago para Austin.

No dijo nada.

—Y sé que piensas que escribí el artículo solo para impulsar mi carrera y..., bueno, quizá hubo algo de eso. —Apartó la mirada, hacia el agua, y guardó silencio.

El romántico vals creció en intensidad y emoción, y sus delicados instrumentos creaban una atmósfera dulce y melancólica.

Anna se volvió hacia él. —Pero eso no fue todo. De verdad. Te conozco, Austin. Quieres volver a Nueva York. Encontrar a ese tal Lopez, averiguar qué pasó. Cargarlo todo tú solo hasta que, o bien resuelvas el caso como el puto genio que eres, o te aplaste el peso de todo ello. —Esperó a que él la mirara—. La vida no tiene por qué ser así. Podrían matarte. ¿Lo entiendes?

Él no supo qué decir. Ella tenía razón sobre él, pero no sobre lo que había hecho. —¿Ni siquiera se te ocurrió que el artículo que publicaste alertaría a todos los implicados en el asesinato, en la

corrupción, para destruir pruebas, ponerse a cubierto, huir del país, para…? —Negó con la cabeza—. Da igual. No tiene sentido.

—No —convino Anna—. No lo tiene. —Dio un sorbo a su champán y sonrió en la dirección de Ridley y Rachel, quienes o no la vieron o fingieron no hacerlo.

La melodía agridulce creaba un ambiente encantador, perfecto para girar felizmente en los brazos de un amante, como hacían Lucy y Jimmy.

O, pensó Austin, para una despedida definitiva, que era a lo que le sonaba su conversación con Anna.

41

Se quedaron allí uno o dos minutos, sumidos en un denso e incómodo silencio, observando cómo más gente se unía a Lucy y a Jimmy en la pista.

Austin nunca se había alegrado tanto de sentir que el móvil le vibraba en el bolsillo. —Tengo que cogerlo —dijo mientras se alejaba, sin esperar a que Anna respondiera.

Al otro lado del jardín, lejos de la música, Austin contestó. —¿Qué pasa?

—Dexter ha admitido que le envió un mensaje a Wayne después de nuestro primer interrogatorio —era Kendall—. Fue a la casa flotante desde el puerto deportivo y, como Wayne no estaba, le advirtió de que no volviera a casa. Luego salió cantando la maldita canción marinera esa.

—Vale —dijo Austin—, pero eso ya me lo imaginaba.

—Hay más. Ha dicho que Wayne salió con la primera víctima, allá por 1979. No sabía su nombre y no creo que ni siquiera sospechara que la había matado. Pero ha confirmado que salió con una chica guapa que trabajaba en la floristería.

Aquello captó la atención de Austin. —Ahora lo tenemos relacionado con las tres víctimas.

—Y tanto, pero ¿dónde está ese tío? Por lo que Dexter sabe, no tiene amigos íntimos ni otros lugares seguros donde quedarse.

También dice que no tiene dinero. Así que hemos repartido su descripción por todos los hoteles de la zona y estamos llamando por ahí.

—Bien —dijo Austin, sentándose en un taburete de bar blanco justo en el borde del jardín. Ya estaba lo bastante lejos como para poder oír sus propios pensamientos y que nadie pudiera escuchar su conversación.

—Espera —dijo Kendall—. Estoy recibiendo varios mensajes de Samantha. Ha estado revisando todos los registros de hoteles que hemos podido conseguir voluntariamente para ver si coinciden con algún posible alias de Ackerly o si, con suerte, ha sido tan tonto como para usar su nombre real.

—Claro —dijo Austin.

Al otro lado del jardín y a través de las puertas de cristal del hotel, Austin vio cómo el baile se volvía más lento y oyó la voz del presentador a través del altavoz. —Jimmy me ha pedido que os cuente un poco sobre la tradición de su familia de traer un humorista a los banquetes de boda.

Justo en ese momento, Jimmy apareció en el escenario y apartó a su amigo en broma. —Os lo cuento *yo*. Todo empezó en 1952 —dijo.

—¿Austin? —preguntó Kendall—, ¿sigues ahí?

—Aquí estoy. —Austin ignoró a Jimmy y volvió a centrarse en Kendall.

—De momento, no hay suerte —dijo ella—, pero Samantha está en ello. Esa mujer es una fiera con el teclado. Con todo lo que critico esta zona, el hecho de que alguien como ella se haya metido a policía en vez de hacerse hacker o algún tipo de pijo tecnológico de Seattle… bueno, me da esperanzas para nuestro futuro.

Austin forzó una risita. —¿Y ahora qué?

—Todo se reduce a Ackerly. Sabemos que es nuestro hombre. Solo tenemos que averiguar dónde está.

—Basta, basta —dijo el presentador, apartando a Jimmy del escenario en tono de broma—. Ha habido un cambio de última hora en el programa, pero la agencia de contratación lo ha solucionado. Nuestro humorista original se ha puesto enfermo pero, si estáis listos

para reír, ¡denle la bienvenida al escenario al extraordinario comediante, Dustin Griffin!

42

Wayne Ackerly —o Dustin Griffin, como se hacía llamar— contemplaba a la multitud, a los sonrientes invitados de la boda que esperaban su número.

—¡Hola, Poulsbo! —empezó—. Soy Dustin Griffin. Espero que se lo estén pasando en grande y permítanme ser uno de los primeros en dar la enhorabuena a la feliz pareja.

Hizo una pausa para recibir los aplausos, intentando mantener la compostura, pero sentía cómo el sudor le arrastraba parte del bronceador que se había aplicado para cambiar su aspecto. Llevaba una cómica chaqueta de esmoquin de color azul pastel sobre unos vaqueros negros; era todo lo que había podido encontrar de su talla en el Goodwill con un presupuesto de cuarenta pavos. También se había puesto unas gafas que no necesitaba y se había peinado y puesto gomina después de cortarse el pelo en el baño del hotel.

—Una boda —continuó—, ¡qué acontecimiento tan esperanzador! —Se paseó por el escenario con el micro, empezando a relajarse. Volvía a estar en su salsa—. Dos jóvenes enamorados, listos para empezar su vida perfecta juntos. A uno le entran ganas de sonreír y llorar, ¿verdad?

Los invitados rieron por cortesía. No era gran cosa, pero era mejor que los abucheos. Sabía que se iba a pique, así que más le

valía pasar directamente a su mejor material, a ver si conseguía arrancar algunas risas de verdad antes del final.

—Dicen que el día de tu boda pasa volando. ¡No lo suficientemente rápido, en mi opinión! Más vale que empiecen a beber ya, porque pronto estarán rezando para que el tiempo se acelere durante esos brindis *interminables*.

Se oyeron algunas risas incómodas. Malo, pero no terrible.

—Si la novia lanza el ramo, les recomiendo encarecidamente que eviten cogerlo a toda costa. ¡A no ser que quieran ser los siguientes en ser arrastrados a los peligros del matrimonio!

Una voz desde el fondo gritó: «¿Quién coño es este tío?». Pero la mayor parte del público siguió bebiendo e ignorándolo. Se detuvo en medio del escenario, frunciendo el ceño con sarcasmo. —Pero pensemos en lo que viene *después* de este día mágico. ¿Esos votos que acaban de escuchar? No tienen la más mínima posibilidad. —Su tono cambió, su sonrisa se desvaneció—. Esa novia tan guapa no tardará en perder su belleza. Y el novio indeciso se cansará de ella en cuanto eso ocurra. No se puede decir matrimonio sin *MONOTONÍA.*

Murmullos de confusión se alzaron de las mesas. Parecía que ahora sí prestaban atención.

Ackerly continuó: —¿Y qué me dicen de esa devoción eterna? Se desmoronará, amigos míos, siempre lo hace. La pasión se desvanece, el aburrimiento se instala. Discusiones, celos, resentimiento. Pasarán rápidamente por los días buenos de su matrimonio, como una caja de bombones de San Valentín. Su amor se corroerá como sus dientes, y pronto se quedarán enfermos, gordos y desgraciados. Uno culpará al otro por su deprimente vida. Pero no se puede culpar a una caja de bombones vacía. Que es todo lo que serán para entonces: gastados, inútiles y sintiéndose culpables. ¿O no?

La multitud se removió inquieta en sus asientos mientras las palabras de Ackerly se oscurecían. —Así que disfruten de los brindis con champán mientras puedan —dijo con desdén—. Porque esta unión, como todos los lazos humanos, está condenada. Toda belleza

decae, todo amor muere. La única verdad real en la vida… —Su voz bajó de tono—. Es el dolor.

Algo pareció cambiar en la multitud. Oyó una ráfaga de risas genuinas. Sabía leer al público y, aunque la mayoría de los mayores seguían horrorizados, los más jóvenes... ¿qué era? Se estaban riendo. Incluso un par de los tipos que había visto en el hotel, que parecían demasiado borrachos para reconocerlo con su disfraz. Se estaban riendo *de verdad*.

Una joven del público se levantó y llamó a alguien del fondo: —¡Jimmy, cabrón enfermo, este tío es asquerosamente inapropiado. ¡Bien hecho! —Le sonreía a un hombre musculoso con un traje azul que, Ackerly supuso, era el «Jimmy» de la invitación de boda.

—¡Más! —gritó alguien—. ¡Hundamos este barco!

Iba a darles más. Mucho más.

Había venido aquí esperando que lo atraparan, o que lo mataran.

Pero ahora, por primera vez en su vida, sus risas y aplausos le sentaban bien, le parecían sinceros. Esta vez no necesitaba sabotearse a sí mismo.

Este era su momento, y quería que continuara. No sabía por qué les encantaba, pero así era, y quería que durara para siempre.

43

Austin siguió charlando con Kendall mientras deambulaba sin rumbo por el césped en dirección al Lodge. La mayoría de los invitados se habían reunido ya dentro; algunos escuchaban al monologuista mientras otros bebían algo en la barra o charlaban entre ellos.

—¿Habéis mirado en refugios o campamentos de indigentes? —preguntó Austin—. Si está sin blanca, puede que no tenga dinero para huir, quizá ni siquiera para un hotel.

—En eso había pensado —dijo Kendall—. Justo ahora vuelvo de uno, no muy lejos de la boda, de hecho, pero Velma Wakefield aún no ha aparecido, y no se la habría llevado con él. Por eso pensábamos en un hotel. Espera, un momento…

Kendall se quedó en silencio y Austin se puso a escuchar al monologuista, un señor mayor con unas gafas negras y gruesas, una chaqueta de esmoquin azul pálido y un pelo extrañamente engominado que parecía un peinado sacado del programa de Ed Sullivan en lugar de una boda moderna.

—Pero bueno, miradlo por el lado bueno —decía el monologuista con una risita extraña—. La mayoría de los matrimonios acaban en pura y simple desdicha y odio. ¡Pero algunos se vuelven verdaderamente sangrientos! Como mi colega Gus. Se divorció después de pillar a su mujer acostándose con el padrino. Digamos

que el bueno de Gus usó el juego de cuchillos de boda para algo más que cortar la tarta.

No era un humor precisamente apropiado para una boda, pensó Austin, observando la reacción del público. Muchos no estaban escuchando, pero entre los más mayores se oyeron algunos jadeos mezclados con risitas nerviosas, junto con carcajadas estruendosas de los más jóvenes. No estaba seguro de si se reían de él o con él, pero Jimmy y Lucy parecían entretenidos, así que Austin lo achacó a algo generacional.

El monologuista esbozó una sonrisa extraña, casi malvada. —Pero bueno, solo una boda me ha hecho feliz en la vida. —Su tono se volvió sombrío mientras las risas se apagaban—. La boda de mi madre con el borracho miserable que me hizo la vida imposible. El bueno de papá, que me molía a palos todos los santos días; que se pudra de dolor por toda la eternidad. Y mi madre, que se reía todo el tiempo.

Austin se quedó mirando al monologuista.

Ahora, hasta los jóvenes parecían conmocionados mientras el silencio se apoderaba del público.

Austin cruzó el césped lentamente hacia las puertas abiertas que daban al Lodge. Olvidándose de la llamada, se guardó el móvil en el bolsillo.

¿Qué demonios estaba pasando y por qué le resultaba familiar aquel monologuista? No le resultaba familiar su *aspecto*. Era el humor. Oh, Dios.

El pelo era diferente, el tono de piel era diferente. Pero bajo aquellas gafas gruesas, Austin reconoció los ojos de Wayne Ackerly.

—No hay alegría en esta farsa llamada vida —estaba diciendo mientras Austin se detenía en la entrada y lo miraba fijamente—. Ni amor, ni esperanza, solo una desdicha infinita hasta que la muerte nos lleve al olvido. ¡Así que brinden por eso, amigos míos! —Alzó su copa en un saludo burlón.

Austin corrió hacia el escenario y, antes incluso de saber lo que estaba haciendo, agarró a Ackerly por los brazos y se los retorció a la espalda. Aunque no tenía esposas, Austin redujo al hombre mayor con facilidad, poniéndolo de rodillas. Ackerly no se resistió; no

parecía sorprendido de que su retorcida actuación hubiera desembocado en su captura.

El público jadeó cuando Austin inmovilizó al hombre. —No pasa nada —dijo Austin—. Soy de la policía y…

—¿Pero qué cojones? —Fue el grito de un borracho, un tipo enorme con un traje azul sentado justo delante del escenario—. ¿Qué hace usted? El tío lo estaba petando.

El hombre se levantó, subió al escenario de un salto y alzó los puños hacia Austin, que buscó a Lucy o a Jimmy entre el público. No vio a Jimmy por ninguna parte, pero Lucy estaba en la primera fila, mirando alternativamente a Austin y a Ackerly, al parecer sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—Suelte al monologuista, colega. —Tenía la cara roja, farfullaba las palabras y el aliento le apestaba a licor rancio.

—Lucy —gritó Austin—, este es…

El tipo golpeó a Austin en el estómago con un puño macizo, derribándolo de rodillas y rompiendo el agarre que tenía sobre Ackerly.

—No —gritó Lucy—, es Austin. ¿Qué demonios…?

Desde el suelo, Austin levantó ambas manos en un gesto defensivo mientras el tipo gigante se cernía sobre él. Desde abajo del escenario, Lucy intentó intervenir, gritando palabras que él no lograba discernir a través de la neblina de dolor.

De repente, Ackerly estaba a su lado, tras haber saltado del bajo escenario a la primera fila.

La atención del gigante se desvió de Austin a Ackerly cuando el monologuista fracasado sacó una pequeña pistola plateada de la cintura y agarró a Lucy por el cuello, arrastrándola hacia atrás contra la pared.

44

—¡No! —gritó Austin mientras Ackerly salía marcha atrás del vestíbulo por una puerta abierta—. No haga esto.

El rostro de Lucy había pasado de la sorpresa al terror hasta volverse duro como una roca, todo en los treinta segundos que habían transcurrido. Miró a Austin y él supo que quería defenderse.

Él negó lentamente con la cabeza.

Lucy sabía defenderse en una pelea, pero enfrentarse a una pistola a puñetazos era una desventaja que a él no le gustaba nada.

—La mataré —deliraba Ackerly. Retrocedía arrastrando los pies por el césped hacia la orilla del agua, con la pistola apretada contra la sien de Lucy.

—Lucy —dijo Austin—. Tú tranquila. —No quería que hiciera un movimiento brusco y se arriesgara a que le pegaran un tiro en la cabeza. En esta situación, la mejor baza era hacer que Ackerly siguiera hablando. Aunque Austin no llevaba un arma encima, no creía que Ackerly quisiera matarla.

—Soy el único que sabe lo que le pasó de verdad —dijo Ackerly, todavía retrocediendo hacia el agua, con el rostro sudoroso y tembloroso. El maquillaje bronceador de un tono naranja oscuro le chorreaba por la cara y se levantó el antebrazo para secarse la frente, apartando la pistola de la sien de Lucy en el proceso. Lucy intentó liberarse con una sacudida rápida, pero Ackerly le apretó el

antebrazo de nuevo sobre el pecho para inmovilizarla. Le apuntó con la pistola debajo de la barbilla y lentamente volvió a subir el cañón hasta la sien. La parte delantera del vestido de Lucy estaba ahora manchada con el maquillaje sudado de Ackerly, y más gotas caían de su frente y manchaban la solapa de su esmoquin azul.

—Explíqueme qué quiere decir con *lo que le pasó de verdad* —dijo Austin—. ¿Qué le pasó de verdad a quién? ¿Se refiere a Velma Wakefield? ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

Ackerly negó con la cabeza. —No, a *ella* no. A nadie le importa ella. —Estaba a solo unos treinta metros del agua y lanzó una mirada frenética a sus espaldas, probablemente preguntándose qué iba a hacer—. Velma sigue viva, pero morirá si no la encuentra pronto. De todos modos, ella no me importa. Tampoco me importa Lucy. He encontrado a mi público. ¿Ha oído esas risas? ¿Me ha oído esta noche, antes de que me interrumpiera? He estado brillante. ¡Mi espectáculo *debe* continuar! Solo necesito a Lucy el tiempo suficiente para largarme de aquí. Deje que me vaya y avisaré. Llamaré para decir dónde está Velma.

Austin cruzó su mirada con la de Lucy. —¿Suena justo, verdad, Lucy?

Ella asintió.

No tenía ningún plan, no sabía qué hacer. Nunca había sido negociador de rehenes, pero sabía que *hacer que siguieran hablando* era un buen punto de partida. —De acuerdo, Wayne. Deje ir a Lucy y… —señaló una pequeña barca que había en la orilla—, coja esa barca. Le dejaremos ir y, cuando llegue a un teléfono, avise de la ubicación de Velma.

—¡No! —espetó Ackerly—. ¿Por quién me toma? —Retrocedió unos pasos por una suave pendiente que bajaba del césped a la orilla y se detuvo junto a la barca—. Ella viene conmigo.

—No puedo dejar que se la lleve —dijo Austin. Miró a sus espaldas, preguntándose dónde demonios estaría Jimmy. Los invitados, atónitos, observaban la escena con horror; algunos hablaban por teléfono, llamando al 112, supuso. Pero a Jimmy no se le veía por ninguna parte.

Ackerly apretó con fuerza la pistola contra la cabeza de Lucy, haciendo que su pelo rojo y rizado le cayera sobre la frente y los ojos. —No puede detenerme.

Austin oyó un coche entrar en el camino de acceso y miró a la derecha. Era Kendall, seguida por un coche patrulla.

—Tranquilo —le dijo Austin a Ackerly—. Mantenga la calma. La policía está aquí, pero no voy a dejar que le hagan daño; eso sí, solo si no le hace daño a Lucy. Si a ella le pasa algo, no tendrán más remedio que acabar con usted. ¿Entendido?

Los ojos de Ackerly se desviaron de Austin al aparcamiento, donde Kendall había saltado del coche y corría hacia ellos con las manos extendidas a los lados para que Ackerly viera que no llevaba ningún arma.

—Kendall, tranquila —dijo Austin mientras se detenía a su lado—. Wayne nos estaba diciendo dónde está Velma. Iba a dejar a Lucy aquí en la orilla y a coger esa barca. Y vamos a dejar que lo haga.

Ackerly negó enérgicamente con la cabeza. —Ese no es el trato. —Y empujó a Lucy dentro de la pequeña barca, apuntándola a la parte baja de la espalda con la pistola.

—¿Qué le pasó a Velma Wakefield? —preguntó Austin.

De vuelta en el agua, Ackerly tiró de la barca cosa de un metro y metió la mitad en las tranquilas aguas de la bahía. —No, a ella no. A Velma no le ha pasado nada…, todavía.

—¿De quién está hablando? —preguntó Austin—. ¿Hay otra víctima?

Ackerly no respondió mientras se subía a la barca detrás de Lucy, de cara a la orilla. Con la pistola aún apuntando a la espalda de ella, alargó un remo y se impulsó para alejarse. La pequeña barca se alejó a la deriva. Ackerly remaba con torpeza con un solo remo, pasándolo de un lado a otro de la embarcación, lo que hacía que esta se ladeara a la izquierda, luego a la derecha, a la izquierda y a la derecha.

—No puede ir a ninguna parte —le dijo Austin a Kendall en voz baja—. Esperaremos a que llegue a algún sitio y enviaremos a un equipo de francotiradores…

Se calló a media frase cuando Lucy se giró de repente y cogió el remo.

45

La barca estaría ya a unos cuarenta metros de la orilla y Austin observaba impotente cómo Lucy forcejeaba con Ackerly en la pequeña barca de remos. Le lanzó un puñetazo descontrolado que impactó en la mandíbula del asesino, obligándolo a aflojar el agarre. La barca se meció peligrosamente mientras forcejeaban y el agua salpicaba por los bordes.

La pistola se le cayó de la mano al suelo de la barca.

Al ver su oportunidad, Lucy le propinó un codazo en el estómago al hombre aturdido antes de lanzarse a por el arma. Pero Ackerly se recuperó enseguida, cogió el remo y lo descargó con brutalidad contra la cabeza de ella. Lucy se agachó justo a tiempo y el remo se astilló contra el costado de la barca.

Austin y Kendall escrutaron el agua en busca desesperada de otra embarcación, pero no pudieron hacer más que observar cómo Ackerly acorralaba a Lucy en la popa de la barca, que se inclinaba hacia un lado.

Con un rugido animal, descargó el remo con fuerza y la golpeó en el hombro. Lucy soltó un grito al perder el equilibrio y cayó por la borda al agua.

Ackerly soltó el remo y se abalanzó hacia la pistola que tenía a sus pies.

Pero el cambio de peso hizo que la barca diera una violenta sacudida. Cayó de rodillas, agarrándose al costado para no caer con una mano mientras aferraba la pistola con la otra.

Lucy salió a la superficie, boqueando y desorientada, pero empezó a nadar para alejarse de la barca.

Kendall desenfundó su pistola y apuntó a Ackerly. Este, consciente de su posición de inferioridad, se llevó rápidamente su propia pistola a la sien.

—Maldita sea —gritó Ackerly hacia la orilla. Se levantó despacio mientras la barca se balanceaba de un lado a otro—. *Pude haber tenido clase. Pude haber sido un aspirante. Pude haber sido alguien. En vez de un vago, que es lo que soy*. —Habló con un marcado acento que hasta Austin reconoció como el de Marlon Brando en *La ley del silencio*—. Supongo que esta no es mi noche.

—Sí —dijo Austin—. Esto se ha acabado. Ackerly, baje la pistola y traeremos la barca y a usted a la orilla.

—Aún nos queda tiempo para una última risa, ¿no? —dijo Ackerly —. *Claro* que nos queda tiempo para una última risa. —Se respondió a sí mismo.

—Se ha acabado —gritó Kendall.

—Te conozco —gritó Ackerly, todavía con la pistola apuntando a su propia cabeza.

—No creo —dijo Kendall—. Vivo en Los Ángeles.

—Puedes sacar a la chica de Kitsap —escupió Ackerly—, pero no puedes sacar a Kitsap de la chica. ¿No es así, Kendall Shaw? Sigues teniendo ese inconfundible acento del noroeste del Pacífico. Seguro que todavía juras lealtad a la *bandera* y metes la compra en una *bolsa*. Eres la hija de Daisy. Reconocería ese pelo oscuro y esas piernas largas en cualquier parte. *Preciosa*.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó Kendall, lanzándole a Austin una mirada acusadora—. ¿Cómo es que conoce a mi madre?

Austin se encogió de hombros y negó con la cabeza. Kendall retomó su posición táctica, con la pistola apuntando a las constantes vitales de Ackerly.

Mientras la barca seguía a la deriva, Lucy consiguió volver a la orilla, donde la recibió un Jimmy sin aliento que había aparecido de

dondequiera que hubiese estado. Y… ¿qué demonios llevaba puesto Jimmy? ¿Un disfraz de leprechaun, con sombrero de copa verde y todo?

—¿Dónde demonios *estabas*? —Austin pudo oír la voz acusadora de Lucy y el sonido sordo de sus golpes repetidos en el pecho de Jimmy—. ¿Por qué vas vestido así?

—Lo siento, cariño. Lo siento —suplicó Jimmy—. Me estaba cambiando. Era una sorpresa y… no sabía…

—¿Cómo sabe mi nombre? —le gritó Kendall a Ackerly—. ¿Cómo es que conoce a mi madre?

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Tu lista de víctimas ha estado incompleta todo este tiempo. Había otra más. Mi querida amiga, la única mujer que *realmente* se preocupó por mí. La conocí en el 89 cuando volví a Bremerton, quedándome en casa de mi primo. Ella estaba casada, pero nos hicimos muy cercanos, dos almas torturadas que encontraban consuelo en el dolor del otro. Nunca antes había tenido una amiga de verdad, al menos no una mujer. Y mucho menos una mujer tan deslumbrante y bondadosa como Daisy.

Austin miró a Kendall, que se mantenía firme, con el arma apuntando a Ackerly. Su rostro se había contraído al oír el nombre de Daisy salir de sus labios por segunda vez.

—Daisy vio mi lado oscuro, pero no se apartó. Estaba deprimida, era un alma oscura, como yo.

—¡Basta ya! —gritó Kendall.

—Y una noche —continuó Ackerly—, me dijo que iba a ingresar en un centro, que necesitaba recuperarse por el bien de su hija Kendall. Incluso llegué a conocerla a usted una o dos veces, aunque dudo que se acuerde de mí. No podía soportar la idea de perder a Daisy. Era mi mejor amiga. No durante semanas en un centro y mucho menos para siempre si llegaba a ponerse bien. Me la imaginé saliendo de allí, feliz, recuperada y sin querer volver a hablar conmigo jamás. Sabía que ella nunca me amaría *de verdad*, pero no soportaba la idea de vivir sin ella. A ella no la marqué, pero la ahogué y la dejé en el agua como a las demás.

—¡Ya *basta*! —repitió Kendall, ahora con voz temblorosa.

Él sonrió. —Lo llamaron suicidio. Pero la ahogué para que no dejara de ser mi amiga.

Austin se desplazó lateralmente hacia Kendall. Su expresión no se parecía a nada que él hubiera visto antes. Era como si la conmoción, el horror y la rabia se hubieran fusionado en una única emoción divina que se había apoderado del rostro de Kendall.

Austin vio su dedo moverse hacia el gatillo.

—Kendall, no lo hagas —susurró—. Se nos… se nos puede ocurrir algo mejor.

Ackerly perdió el equilibrio y, para estabilizarse, apoyó un pie en uno de los asientos, apartó el arma de su sien y apuntó directamente a Kendall.

46

Entonces Austin lo oyó.

Pum, pum.

El sonido retumbó sobre el agua en una rápida sucesión.

Ackerly se desplomó.

Kendall bajó el arma, con la expresión de horror y dolor todavía presente en su rostro.

Había vivido la mayor parte de su vida creyendo que su madre se había suicidado, que se había ahogado en Dyes Inlet a solo una milla de su casa. Y en los últimos minutos había descubierto la verdad: su madre planeaba buscar ayuda para su depresión; pero, en su lugar, Wayne Ackerly la había matado.

Sin previo aviso, Kendall cayó de rodillas y lanzó un aullido de dolor que Austin pudo sentir, aunque no comprender. Luego se desplomó sobre la hierba y empezó a sollozar sin control mientras Austin corría a su lado.

Doblada sobre la hierba, Kendall respiraba con grandes y entrecortadas bocanadas entre sollozos. A Austin le pareció que estaba liberando años, quizá décadas de dolor.

Pero a los pocos minutos se puso en pie, se sacudió la ropa y examinó el césped, donde los agentes ya estaban acordonando la zona con cinta policial amarilla entre los árboles para aislarla de los invitados a la boda. Miró hacia la orilla, donde Lucy le lanzaba una

cuerda a Jimmy mientras este nadaba junto a la pequeña barca que transportaba el más que probable cadáver de Ackerly, con su sombrero de leprechaun flotando a pocos metros.

—¿Debo declarar? —preguntó—. Quiero decir, tendré que declarar, ¿no?

—Los dos tendremos que hacerlo —dijo Austin.

—No tenía ningún sentido que nos mojáramos *los dos*, Jimmy —le gritó Lucy a Jimmy—. Podría haber cogido yo la barca.

—Ninguna esposa mía va a sufrir las aguas gélidas dos veces en su noche de bodas —respondió Jimmy—, cuando ya perdí mi primera oportunidad de rescatarla.

Cuando la barca tocó la orilla, Jimmy se inclinó para tomarle el pulso a Ackerly. —Está muerto —anunció Jimmy. Sin dedicarle otra mirada al cuerpo, subieron la pequeña pendiente y se reunieron con Austin y Kendall en el césped.

Antes de que nadie pudiera hablar, una joven agente a la que Austin no reconoció se acercó a toda prisa desde el aparcamiento. Se dirigió a Lucy. —¿La posible tercera víctima se llamaba Velma Wakehill?

—Wake*field* —la corrigió Lucy, apartándose el pelo mojado de la frente.

—Eso, Wakefield. La han encontrado. En un hotelito. El equipo de limpieza la encontró atada, con la boca sellada con cinta aislante. Pero por lo demás, ilesa.

Austin respiró aliviado. Kendall sonrió de una forma más amplia y creíble de lo que él le había visto sonreír desde que se conocieron.

—Además —continuó la agente—, hemos encontrado a un hombre atado en el maletero de un coche abandonado. Dice que iba a ser el monologuista de esta boda. Está en el hospital, donde lo están tratando de una herida leve en la cabeza. También en el maletero, un cuchillo de caza ensangrentado envuelto en una camiseta vieja.

Aquel cuchillo, supuso Austin, tendría sangre que coincidiría con la de Karen Sturgis, Sandra Seville y, posiblemente, Miriam McKenzie.

Ridley y Rachel se agacharon para pasar por debajo de la cinta policial y se unieron a ellos. Mientras Austin se giraba hacia ellos, vio de refilón a Anna de pie al otro lado de la barrera, con la libreta y el móvil en la mano. Parecía preocupada, pero también interesada en la historia. Se preguntó si habría sacado fotos de todo. De hecho, probablemente habría grabado todo el incidente en vídeo.

Mientras Ridley atraía a Lucy hacia sí en un largo y silencioso abrazo, Austin pensó en Anna. Debería haber sabido que una relación entre una periodista y un detective nunca funcionaría, pero cuando se conocieron, él *no* era detective. Se había convencido a sí mismo de que podía dejarlo atrás, dirigir su pequeño café, su tienda y su tienda de cebos, y seguir adelante con su vida. Pero no había seguido adelante con nada. Ni con el trabajo, ni tampoco con Fiona. Aunque al principio se había mostrado reacio a unirse a Ridley, la verdad era que no había sido tan difícil arrastrarlo de nuevo al trabajo. Esto era lo que amaba y para esto estaba hecho.

Y Anna era igual. Necesitaba informar, necesitaba conseguir la exclusiva, con la misma desesperación con la que él necesitaba resolver casos. Iba más allá de la responsabilidad profesional y se adentraba en una necesidad más profunda. Muy posiblemente era una adicción para ambos. Anna no solo lo había vendido por un trabajo, decidió, lo había vendido porque no podía evitarlo y, quizá, porque pensaba que era lo correcto.

Austin suspiró. De todos modos, ya no importaba. No había vuelta atrás en la relación. Quizá encontraría la forma de perdonarla en algún momento, pero habían terminado. Lo suyo se había acabado.

Lucy se apartó a regañadientes del abrazo de oso de Ridley.

—¿Quieres recuperar este trabajo, Rid?

Ridley se rio.

—Ni de co*oooooooña*. Preferiría posar para cien sesiones de fotos, besar a mil bebés y comerme un millón de platos de pollo tibio en almuerzos del Club de Rotarios antes que volver a este trabajo.

Lucy se sentó en la hierba con las piernas cruzadas, todavía con el vestido de novia empapado y teñido de verde, y echó la cabeza hacia atrás.

—Vale, pero cuando seas gobernador, ¿puedes al menos conseguirnos más fondos? Nos vendría bien otra Kendall o dos en nuestro equipo.

Kendall se sentó a su lado.

—No *hay* más Kendalls —dijo—. Soy única.

Austin sonrió y se sentó junto a Kendall en la hierba. Una vez había oído a Andy, el gerente de su cafetería, cantar una canción de hip-hop sobre *recuperar el rollo* después de una ruptura. Por mucho que la chulería de Kendall le hubiera molestado al principio, había llegado a tolerarla. Más que eso, en realidad. Siempre que estuviera respaldada por un buen trabajo, empezaba a disfrutarla.

—Ya veremos —dijo Ridley—. Os diré una cosa, para esta no necesitaréis entrenamiento de tiro. —Señaló a Kendall con el pulgar —. ¿Qué eran, ochenta metros? El tío estaba en una barca que se tambaleaba y te lo has cargado.

Por primera vez, Kendall pareció insegura.

—Iba a disparar, ¿verdad? ¿Alguien más lo ha visto?

Austin asintió.

—Y tanto que sí. Ha pasado de apuntarse a la cabeza a apuntarte a ti. —La cogió por los hombros y la miró a los ojos, que todavía estaban húmedos por las lágrimas, pero no mostraban la misma incertidumbre que había visto antes—. Has hecho lo correcto. Y me da que alguien detrás de nosotros puede que lo haya grabado todo con la cámara del móvil.

Kendall miró a Anna.

—¿Le pedirás que se lo envíe a la junta de revisión?

Austin asintió.

—Haremos que envíe lo que sea que tenga.

Se sentaron en silencio durante un buen rato, sin que nadie supiera muy bien qué decir.

Finalmente, Lucy le sonrió a Jimmy.

—Te dije que era una idea horrible traer a un monologuista a una boda.

Jimmy le devolvió la sonrisa.

—Si crees que eso ha sido malo, tendrías que haber visto el número del leprechaun rapero que mis colegas y yo íbamos a hacer.

47

Dos días después

Austin se puso una chaqueta y salió por la puerta trasera de su apartamento. Cruzó la única carretera que atravesaba el pueblo y se coló por la puerta abierta de la iglesia comunitaria de West Sound. La entrada daba a un pequeño almacén que, a su vez, comunicaba con una cocinita.

Conteniendo la respiración, Austin se adentró en la nave, una zona de unos cincuenta y cinco metros cuadrados con diez hileras de asientos. Se sentó en un banco de madera de la última fila y cerró los ojos, aunque todas las luces del lugar estaban apagadas. Soltó el aire por fin e inspiró hondo.

Normalmente, su sinestesia hacía que se le cruzaran los cables con los sabores, las palabras y los sentimientos. Pero desde la primera vez que había visitado esa iglesia, algo en el olor le traía de vuelta a *Fiona*.

Pero esa mañana, esa sensación había desaparecido. Fiona se había ido.

En las últimas cuarenta y ocho horas había repasado todos los papeles que le había dado Ridley y había llamado seis veces a Sean y a Claire, suplicándoles más información. No había llegado a ninguna parte.

También había llamado a sus antiguos colegas de Nueva York. O nadie sabía nada sobre Lopez o nadie estaba dispuesto a hablar. Por lo que pudo deducir, el artículo de Anna había causado un pequeño revuelo, pero no había resuelto el caso como ella había predicho.

Lo único que sabía era que Fiona se había estado viendo a escondidas con un agente del FBI llamado Jorge Lopez y que la paz que una vez había sentido en esa iglesia se había desvanecido.

—Llevaba un tiempo sin verte, Nueva York —dijo el pastor Johnson, que había aparecido detrás de él tras entrar por una puerta lateral.

Austin se giró. —¿Puedo preguntarle algo?

—Sigo sin verlo por aquí un domingo en horario de culto.

Austin asintió. —Lo sé. Como le dije, últimamente no soy muy de unirme a grupos. Esto me sienta bien. Lo otro no.

—Dispare —dijo el pastor, sentándose a su lado.

—Una vez, cuando tenía trece años, dos amigos míos quisieron *coger prestado* el coche de mi madre para dar una vuelta. Ella estaba en el trabajo, pero mi padre la había llevado, así que mis amigos y yo estábamos solos y sus llaves colgaban del gancho. Ellos tenían catorce y decían que estaban aprendiendo a conducir. Me negué una, dos y tres veces, pero en el fondo sabía que iba a dejar que lo cogieran. Y que yo iba a ir. Aunque sabía que estaba mal. —Austin hizo una pausa—. Olvídelo.

—No, no, continúe. No he oído una pregunta en sus palabras, pero creo que sí la oigo en su tono, hijo.

—Bueno, pues cogimos el coche y mi amigo casi atropella a una madre que empujaba un carrito de bebé. —Hizo una mueca al recordarlo—. Pero volvimos de una pieza. Al final nadie salió herido. Eso se me quedó grabado.

—¿Y? —preguntó el pastor Johnson.

—¿Cómo se llama eso? Cuando sabes a ciencia cierta que no deberías hacer algo y también sabes a ciencia cierta que lo vas a hacer. Es como si tuviera que oponerme a que cogieran el coche para dar una vuelta para aplacar mi culpa, pero era pura fachada.

El pastor Johnson se levantó. —Eso se llama Dios ofreciéndole una elección entre el bien y el mal, señor Austin. Con el tiempo, a

medida que crecemos, la mayoría de las veces, tomamos las decisiones correctas. Y tengo la sensación de que usted no está pensando en coger un coche para dar una vuelta.

No lo estaba. Desde que había visto las fotos de Jorge Lopez y Fiona, los recibos, las cartas, lo único que había querido hacer era lo único que sabía que no debía hacer.

—Creo que sabe qué es lo correcto —dijo el pastor Johnson—. Ese recuerdo de esa vuelta en coche con sus amigos, Dios se lo ha dado para que tuviera la opción de hacer lo correcto ahora. Esa fue una prueba que no superó. Entonces, todavía era un crío. La cuestión es, ¿qué hará ahora?

Austin se quedó pensando un buen rato mientras el pastor Johnson se dedicaba a sus quehaceres, preparando almuerzos para un equipo de limpieza de playas en la cocinita.

Estaba bastante seguro de que estaba a punto de suspender otra prueba.

—Sí, sí, ¿entonces llegará mañana? —preguntó Austin—. Bien. Yo no estaré, pero el encargado del restaurante, Andy, firmará la recepción del pedido, ¿vale? Bien, gracias. —Colgó el teléfono y se giró hacia Andy, que estaba preparando una tanda de doce de sus tortitas Bananas Foster en la plancha—. ¿Lo tienes? —preguntó Austin.

—Sí —dijo Andy, dándole la vuelta a una tortita—. Entrega a las nueve mañana.

—¿Estás seguro de que puedes encargarte de esto un rato?

Andy echó un vistazo por la abertura de la pared que daba al pequeño comedor. Aparte de una mesa de seis y del señor y la señora McGuillicutty sorbiendo café en una esquina, el local estaba vacío. —Se ha acabado el verano, el sitio está un poco más tranquilo. Mientras no me fallen muchos, yo me encargo.

—Le diré a los de nóminas que te apliquen el aumento con carácter retroactivo desde la semana pasada. Has estado manteniendo este sitio a flote, y te lo agradezco.

Andy sonrió. —¿Sabes que voy a añadir unos seis platos nuevos al menú mientras no estás, verdad? ¿Y quizá empezar a vender las camisetas personalizadas que hago?

Austin echó un vistazo a la cocina. Parecía extrañamente vacía y fría a pesar de la cara sonriente de Andy y los cálidos aromas a azúcar moreno, mantequilla y plátanos. —Vale —dijo.

—¿Estás bien, tío? —preguntó Andy—. Quiero decir, acabo de decirte que voy a cambiarte el menú y tú… no pareces estar bien.

Austin solo había estado escuchando a medias. Lo había dado todo por esta cafetería, había sudado la gota gorda con cada uno de los platos del menú, probado cada receta cien veces. Pero Andy tenía razón. Ahora le daba igual.

Le dio una palmada en la espalda a Andy. —Confío en ti. —Y dicho esto, se marchó.

Austin lanzó el frisbee tan lejos como pudo y miró el móvil, que había vibrado con un mensaje de Anna. Respiró hondo y lo leyó.

Sé que no puede perdonarme, y no lamento lo que hice. Pero espero que algún día lo entienda. De verdad me importa y espero que lo sepa.

Sé lo que está pensando hacer, y espero que me escuche ahora: no lo haga.

Aunque no vuelva a hablarme nunca más, no quiero poner las noticias y oír que han matado a un exdetective de la policía de Nueva York y que un corgi llamado Run se ha quedado huérfano.

Quiso borrarlo y bloquear su número, pero no pudo. Odiaba dejar cabos sueltos, odiaba dejar una llamada sin devolver, un mensaje sin responder, un caso sin resolver. Miró al otro lado del estrecho. En la distancia, los bosques de hoja perenne en la costa de la isla de Whidbey hacían que pareciera una esmeralda bajo el sol de media mañana.

Run regresó y se dejó caer en la arena, sujetando el frisbee entre los dientes mientras descansaba. Se había agotado con unas

cincuenta carreras playa abajo persiguiendo su frisbee durante la última hora, y era momento de un descanso.

Escribió un par de mensajes más largos para Anna antes de borrarlos y optar por algo más sencillo: *Quizá lo entienda algún día. Pero todavía no.*

Mientras lo enviaba, oyó una voz a su espalda.

—He de decir que, para ser un pueblucho de playa de mala muerte, Hansville no está nada mal. —Era Kendall y su corgi cárdigan, Ralph, que había entrado en la playa a todo correr, zambulléndose en la arena junto a Run como si fueran viejos amigos o parientes a los que hacía mucho tiempo que no veían. Tras un momento de curiosos olisqueos, los dos corgis se pusieron a jugar como locos; Ralph le mordisqueaba los talones a Run mientras esta giraba y saltaba para esquivarlo. Sus patitas los llevaban veloces por la playa, levantando arena a su paso mientras se perseguían y forcejeaban encantados. Run parecía emocionada de tener un nuevo compañero y Ralph, supuso Austin, nunca había visto una playa tan grande con tan poca gente.

Parecía que se habían hecho amigos enseguida.

—Solo, ¿verdad? —preguntó Kendall, tendiéndole un vaso de café —. De lo mejorcito de Hansville.

—Gracias —dijo Austin, cogiendo el vaso de cartón que reconoció como uno de su tienda.

Se sentó a su lado en el tronco, vestida como de costumbre: vaqueros y chupa de cuero. —Bueno, las playas de Los Ángeles son más cálidas, la gente es más guapa y las olas son mejores para hacer surf…

—¿Pero…? —dijo Austin.

—¿Pero qué? Eso es todo.

Austin soltó una risita. —Venga ya, sabes que te encanta esto.

—Diré esto: las playas están mucho menos concurridas y los inmuebles son más baratos.

Durante unos minutos observaron a los perros. Run, habiendo recuperado el resuello, estaba en el otro extremo de la playa. Parecía que le estaba haciendo una visita guiada a Ralph.

—Bueno —dijo Kendall—, supongo que no te enamoraste de mí. Pero puede que Ralph se esté enamorando de Run.

Austin se rio y luego se puso serio. —¿Cómo estás, de verdad?

—He estado mejor, pero también he estado peor. Debo decirte que esa amiga tuya —o es tu novia—, Anna...

—A estas alturas no es ni una cosa ni la otra —dijo Austin. No le había contado a Kendall lo del artículo y no estaba de humor para dar explicaciones.

—En fin —continuó Kendall—. Ha enviado el vídeo que grabó a la junta de revisión. Entre eso, el testimonio de Lucy y el tuyo, estoy absuelta.

—¿Han dictaminado que el uso de la fuerza fue justificado? —preguntó Austin.

Ella asintió.

—Bien. No me sorprende. Este caso estaba cantado, pero..., bueno, ¿eso significa que vas a seguir en el departamento?

Kendall observó a Ralph y a Run, que parecían haber descargado la mayor parte de su agresividad jugando y ahora paseaban juntos por la playa, olisqueando conchas de cangrejo y percebes pegados a las pequeñas rocas que salpicaban la orilla.

—Me quedo —dijo Kendall—. Daniels, nuestro intrépido líder, empezó ayer la rehabilitación. Al parecer, su equipo político pensó que era la única manera de salvar sus cifras en las encuestas, que se hundieron como una piedra cuando se supo lo de su conducción bajo los efectos del alcohol. Ha anulado nuestros despidos.

Austin dijo: —Me alegro de oír eso. No me importaría volver a trabajar contigo.

—Pero no lo harás, al menos por un tiempo, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

Austin le entregó un juego de llaves de su apartamento. —Te agradezco que aceptaras cuidar de Run.

—Claro, y te agradezco que me dejes quedarme en tu casa. Apenas me he instalado en mi apartamento y, bueno, me vendrían bien unos días en la playa antes de deshacer mi vida aquí. A Ralph parece que le encanta la playa, y a Run también. —Tras una pausa, continuó—. Sabes, Stacy Holmes me dijo algo cuando estaba en su

desván. Algo sobre tener algo en tu vida que te acompaña tanto tiempo, algo en lo que basas todas tus decisiones. Entonces, un día te das cuenta de que no significaba lo que pensabas, que lo habías entendido todo mal. Y entonces piensas: «¿Qué demonios he estado haciendo? ¿Cuál es mi vida ahora?».

Austin sabía que se refería a su madre, que había estado planeando buscar ayuda para su depresión, que no se había quitado la vida. Austin sentía algo parecido, aunque la noticia sobre Fiona que había hecho tambalear sus cimientos era de una naturaleza muy diferente. —Te entiendo —fue todo lo que dijo.

—En fin —continuó Kendall—. No has respondido a mi pregunta. Tengo una semana de permiso retribuido por el tiroteo.

Austin dijo: —Volveré tan pronto como pueda.

—*Sigues* sin responder a mi pregunta.

La miró a ella y luego al agua. —No estoy seguro de cuánto tiempo tardaré, ni siquiera de lo que estoy haciendo.

Su mirada le indicó que estaba pensando en pedir detalles, pero decidió no hacerlo. —Bueno, ¿cuándo es tu vuelo de vuelta?

Austin se puso de pie, metió las manos en los bolsillos y se irguió contra el viento helado. —Mi billete es solo de ida.

48

Al día siguiente
Manhattan Beach, Brooklyn, Nueva York

Austin miró a través del cristal empañado la cálida luz que brillaba desde el interior de la casa. Había aparcado el coche de alquiler al final de la calle donde se encontraba la pintoresca casa de Jorge Lopez en Brooklyn, una caja de ladrillo de dos plantas que era indistinguible de las demás residencias de la calle.

El hombre probablemente estaría cómodamente sentado dentro, quizá viendo un partido de fútbol americano o una película, ajeno a la tormenta que se estaba gestando en la mente de Austin.

Bajó la ventanilla cuando se empañó demasiado para poder ver a través de ella. El olor a asfalto mojado y a hojas húmedas llenó el coche, mezclándose con el olor rancio del sudor de Austin.

Llevaba allí sentado cuatro horas. Una docena de veces había decidido aporrear la puerta y enfrentarse a Lopez. Y otra docena más había decidido volver a subirse a un avión a Seattle y no regresar jamás a Nueva York.

Y, aun así, seguía allí sentado.

Observó el parpadeo apagado de los televisores en los salones a lo largo de toda la manzana. En los escalones de la entrada de una

casa, una calabaza de Halloween apagada sonreía, a la que sin duda pronto se unirían otras decoraciones festivas.

Sus emociones estaban a flor de piel. Tristeza, confusión, dolor. Pero sobre todo era una ira al rojo vivo que le corría por las venas; su imaginación lo atormentaba con imágenes de traición mientras se imaginaba a Jorge y Fiona riendo juntos, conspirando a sus espaldas.

Durante el vuelo en avión, un pensamiento peor que todos los demás se le había clavado en el corazón. Quizá era incluso peor que una aventura. Tal vez Jorge había mandado matar a Fiona para *tapar* el asunto. Austin lo había visto una docena de veces. Una aventura termina mal, uno de los amantes amenaza con contárselo a un cónyuge o, en el caso de los personajes públicos, a los medios de comunicación. Y los resultados son mortales.

Fuera como fuese, tenía que saber la verdad, tenía que oírla de boca del propio Jorge.

Pero ¿y luego qué? Austin no tenía ningún plan, ni idea de lo que pasaría una vez que estuvieran cara a cara. Le temblaban las manos por la emoción, con los nudillos blancos sobre el volante. Fantaseaba con la violencia, pero sabía que no actuaría, que no podría actuar, siguiendo esos impulsos. Lo único que podía hacer era quedarse allí sentado, consumiéndose en la confusión y el dolor mientras la lluvia arreciaba, golpeando el techo de metal como una manada de caballos que lo pisotearan.

Se terminó lo que quedaba de su café frío. Eso y una bolsa de cacahuetes de la gasolinera era todo lo que había comido en todo el día.

Una luz se encendió en el salón de la casa de los Lopez y una figura pasó por delante de la ventana. Un borrón de pelo castaño. Un hombre que se movía por el interior, corpulento y no especialmente alto. No podía estar seguro, pero creyó que era Jorge.

Entonces, algo hizo clic en su interior.

No supo qué ni por qué, pero se vio caminando bajo la lluvia hacia el porche. Entonces oyó una serie de golpes secos en la puerta y descubrió que era *su propio* puño el que golpeaba. Era como si

estuviera en otro lugar, apenas observando lo que sucedía, lo que estaba haciendo.

La puerta se abrió. El hombre parecía desconcertado. —¿Puedo ayudarle en algo? —la voz de Jorge era amable y agradable, aunque un poco confusa.

Austin no dijo nada.

Jorge era al menos quince centímetros más bajo que Austin, corpulento, con una cara redonda y agradable y una perilla que parecía de otra época. Llevaba unas finas gafas de montura metálica que le daban un aspecto estudioso, casi académico.

Una voz de mujer llegó desde la cocina. —Cariño, ¿quién está en la puerta? —Una mujer más alta, de largo pelo castaño, se colocó a su lado, con un niño pequeño aferrado a su pierna, escondiéndose tímidamente tras ella.

Jorge se interpuso delante de ella, con una expresión de preocupación cada vez mayor en el rostro. —Me suena su cara. ¿Quién es usted? —exigió—. ¿Y por qué está en mi puerta? —Su mano cayó a un costado.

Austin reconoció ese movimiento.

Iba armado.

—Austin —se oyó decir—. Thomas Austin. —Tosió mientras las palabras se le atascaban en la garganta, con la boca pastosa y seca, lo que le dificultaba hablar.

La mano del hombre dejó de moverse. Se quedó con la boca abierta.

Se miraron fijamente durante un buen rato, sin decir palabra.

Fue la mujer quien habló a continuación. —¿El marido de *Fiona*? ¡Oh, Dios mío! Soy Maria, tiene que entrar.

La casa estaba impecablemente limpia, con las paredes cubiertas de fotos de niños sonrientes, citas de la Biblia bordadas a mano y una gran cruz de metal.

Maria los condujo a una mesa redonda en la cocina y, al ver que Austin se había quedado mirando la cruz, dijo:

—Es una antigüedad. De una iglesia de Colombia, de donde soy.

Los tres se sentaron y compartieron un silencio desconcertante.

—¿Es usted de allí también? —le preguntó Austin a Jorge por fin. Le pareció absurdo entablar una conversación trivial, pero es que no había contado con la presencia de la mujer y el hijo de Jorge. En su mente, había imaginado un centenar de escenas, pero todas habían sido un cara a cara.

—¿Yo? Nacido y criado en Brooklyn —dijo Jorge—. Mis abuelos son de México.

Austin asintió, con la cabeza dándole vueltas. —¿Cómo conocía a Fiona? —le preguntó a Maria—. ¿*Qué* es lo que sabía?

Maria miró a Jorge, quien le lanzó una mirada extraña. Entonces él dejó escapar un largo suspiro, como si liberara años de preocupación y frustración contenidas. —No sabía si debía llamarle después de lo que pasó. No me lo permitieron, pero cogí el teléfono para llamarle un centenar de veces.

Austin levantó la vista. —Estuvo viéndose con Fiona en secreto durante semanas, meses. Tenía un viaje planeado con ella.

Jorge frunció el ceño. —Sus investigadores privados consiguieron entrar de algún modo en una de mis cuentas de correo antiguas hace unas dos semanas. Recibí una notificación, pero ya era demasiado tarde. Una de las razones por las que nunca lo llamé fue que pensé que nunca se enteraría. Pensé que tal vez tendría una vida mejor si no lo sabía.

Austin sintió que le hervía la sangre. Empujó la silla hacia atrás y se puso en pie. —¿Que estaba teniendo una aventura con Fiona?

Jorge abrió los ojos como platos. —¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Cálmese, hombre!

—No estaban teniendo una *aventura* —intervino Maria—. Estaban trabajando juntos en un caso de drogas tan grande que haría sonrojar al Chapo.

Jorge y Maria tardaron más de una hora en explicarse. Y Austin tardó otra hora en repasar la historia para creérselos.

Pero, al final, los creyó.

En su puesto de fiscal adjunta del distrito, Fiona había estado trabajando con Jorge Lopez, por entonces un agente encubierto del FBI infiltrado en una banda de narcotraficantes de Nueva York bajo el nombre de Señor Brick. Juntos, Jorge y Fiona formaban parte de un pequeño grupo de trabajo secreto creado por el mismísimo alcalde de Nueva York. Su objetivo era desmantelar el clan criminal de los Namgung y cualquier elemento del Departamento de Policía de Nueva York, del FBI o de otras fuerzas del orden que hubieran sido comprados por los poderosos narcotraficantes.

Jorge había estado al frente del caso dentro del FBI y Fiona había estado asesorando para garantizar que cada paso del caso fuera procesable en la ciudad de Nueva York cuando llegara el momento. Se habían reunido en secreto docenas de veces: en hoteles, en restaurantes, en parques. A veces, otros miembros del grupo de trabajo habían estado presentes. Otras veces, habían estado solos.

No se lo habían dicho a Austin ni a Maria porque era absolutamente secreto. Estaban a solo unas semanas de una serie de detenciones cuando Fiona fue asesinada. Al mismo tiempo, otro agente encubierto que se había infiltrado en los Namgung fue asesinado, aunque esto nunca salió en la prensa. Esos dos asesinatos habían devuelto el caso al punto de partida.

La única razón por la que Maria sabía de la existencia de Fiona era porque los había pillado una vez cuando Jorge cargó por accidente una habitación de hotel a su tarjeta de crédito compartida, en lugar de a su tarjeta de crédito del FBI. Conoció a Fiona y le explicaron todo el asunto porque, llegados a ese punto, no tuvieron más remedio que ponerla al corriente.

Las cartas falsas que Jorge le había enviado a Fiona eran parte de un esfuerzo por borrar sus huellas. Sabían que podían ser descubiertos por las bandas que intentaban desmantelar, por lo que dejaron migas de pan que harían parecer que estaban teniendo una aventura. Si los descubrían, eso podría desviar a sus adversarios de la pista de la investigación. Al final, no funcionó.

Tras la muerte de Fiona, Jorge sufrió una serie de misteriosos traslados y degradaciones. Finalmente decidió que los elementos corruptos de la ciudad habían ganado, así que se retiró del FBI para regentar un restaurante, que es a lo que se había dedicado desde entonces.

Austin dio un sorbo al café que María le había ofrecido, fuerte y espeso, servido en una tacita de cerámica.

—¿En qué punto se encuentra el caso ahora? —preguntó.

Jorge deslizó lentamente la taza de un lado a otro sobre la mesa.

—En ninguna parte. María ha dicho que era un caso de drogas que habría hecho sonrojar al Chapo. Es cierto. Pero también habría sido el mayor caso de corrupción en la historia del FBI y de la policía de Nueva York —negó con la cabeza—. Lo enterraron. Sabían que el caso estaba muerto y que yo no tenía nada sólido, que es probablemente la razón por la que me dejaron vivir.

—Llevo semanas con cuatro nombres en la cabeza —dijo Austin —. Christopher Palini, Jackson Baker, Gretchen Voohrees y usted. Esos fueron los nombres que aparecieron como anómalos cuando una amiga informática los pasó por su algoritmo.

Austin vio cómo a Jorge se le iluminaban los ojos como a un niño en Navidad.

—Esa amiga suya es lista, o el algoritmo es bueno. Palini es un pez gordo. Jefe de la Oficina de Control del Crimen Organizado. Utiliza su cargo para controlar las investigaciones sobre la familia criminal Namgung y desviar a los policías de sus operaciones principales. También encierra a muchos otros delincuentes, en parte para conservar su puesto y en parte para facilitarles las cosas a los Namgung. A cambio, vive a cuerpo de rey gracias a los sobornos y comisiones del cártel. Baker es sargento de la policía de Nueva York y hace el trabajo sucio de Palini: intimida a testigos, destruye pruebas y, a veces, asesina directamente a quienes amenazan con destapar la conspiración. Voohrees es analista del FBI, chantajeada para manipular datos y ocultar el alcance de los crímenes de los Namgung. Y yo, bueno, ya sabe lo mío.

Austin dio un sorbo a su café.

—¿Quién lo dirige, quién es el verdadero jefe? ¿Hay alguien más arriba en la policía de Nueva York, o en el FBI, o es alguien de los Namgung?

—Ojalá lo supiera —dijo Jorge.

—¿Alguno de esos tres tendría la influencia para ordenar el asesinato de Fiona?

Jorge negó con la cabeza.

—No lo creo. En resumidas cuentas, teníamos a esos tres y a otra gente de bajo nivel. Queríamos arrestarlos y conseguir que delataran a quienquiera que estuviera al mando. Pero nunca tuvimos la oportunidad.

—Y no sabe quién apretó el gatillo, ¿verdad?

Jorge negó con la cabeza.

El frigorífico zumbaba en voz baja mientras la pregunta sin respuesta de Austin flotaba en el aire. La cocina olía a comino y cilantro, probablemente los aromas de una cena que la familia había disfrutado mientras Austin se consumía en el coche.

—Así que —dijo María, poniéndose de pie—, ¿ha venido hasta aquí porque pensaba que tenían una aventura?

Austin asintió.

—¿Y qué va a hacer ahora?

Austin se terminó el café; el líquido espeso le dejó un sabor amargo en la lengua. No respondió, pero sabía exactamente lo que iba a hacer.

Iba a quedarse en Nueva York. Iba a presionar a Jorge Lopez para sacarle hasta el último dato que tuviera. Iba a recurrir a todos los favores que le debía cada persona en la ciudad de Nueva York.

Iba a escarbar. Iba a arañar. Iba a cazar.

Y no volvería a casa hasta que hasta la última persona implicada en el asesinato de Fiona hubiera sido puesta de rodillas.

-Fin-

¡Gracias por leer! Si has llegado hasta aquí, creo que ya sabes hacia dónde se dirige la serie, y no querrás perderte el Libro 7: La pesadilla en Manhattan Beach.

NOTA DEL AUTOR

¡Gracias por leer!

Thomas Austin y yo tenemos tres cosas en común. Primero, los dos vivimos en un pequeño pueblo costero no muy lejos de Seattle. Segundo, a los dos nos encanta cocinar. Y tercero, probablemente pasamos más tiempo del que deberíamos hablando con nuestros corgis.

Muy pronto habrá más traducciones al español, así que te invito a descubrir la serie completa de misterios de Thomas Austin. Aunque cada libro puede leerse como un misterio independiente, recomiendo leerlos en orden, ya que los personajes y las situaciones evolucionan a lo largo de la serie.

Si disfrutas de mi serie de Thomas Austin, puede que también te gusten mis otras series: *FBI Task Force S.W.O.R.D.*, una serie de misterio trepidante ambientada en el noroeste del Pacífico, así como *Silas West: Misterio Psicológico*. Ambas series también estarán disponibles en español muy pronto.

No dudes en visitar mi página web, donde encontrarás fotos de los lugares reales que aparecen en los libros, una sección de preguntas frecuentes y mucho más. También publico a diario en redes sociales, donde comparto vídeos, fotos entre bastidores… y, por supuesto, fotos de mi corgi.

Cada día tengo la suerte de poder crear personajes y escribir historias, y todo esto es posible gracias a lectores como tú. Así que,

una vez más, te agradezco de corazón que hayas descubierto mis libros. Te deseo cientos de horas de apasionante lectura por delante.



MÁS NOVELAS DE D.D. BLACK

Si has disfrutado de este libro, otros títulos — de las series *Thomas Austin*, *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y *Silas West*, así como otras novelas independientes — estarán disponibles muy pronto en español.

La serie de thrillers criminales de Thomas Austin
Book 1: Los huesos de Point No Point
Book 2: Las sombras de Pike Place
Book 3: Los caídos de Foulweather Bluff
Book 4: El horror en Murden Cove
Book 5: El terror en la Ciudad Esmeralda
Book 6: El ahogamiento en Dyes Inlet
Book 7: La pesadilla en Manhattan Beach
Book 8: El silencio en Mystery Bay
Book 9: La oscuridad en Deception Pass
Book 10: La desaparición en Opal Creek
Book 11: Los secretos de Second Beach
Book 12: Los cuerpos en Horse Heaven Hill

Serie FBI Task Force S.W.O.R.D.
Book 1: La quinta víctima
Book 2: Nada olvidamos
Book 3: Las viudas de Medina

Book 4: Bajo cielos de cicuta
Book 5: Susurros a medianoche

La serie de misterios psicológicos de Silas West
Book 1: El Quebrantador de Mentes
Book 2: El Coleccionista de Pecados
Book 3: El Comerciante del Caos

Títulos independientes
La crónica del crimen
Lo que ella robó

SOBRE EL AUTOR



D.D. Black es el autor de los *thrillers* criminales de Thomas Austin, de la serie *FBI Task Force S.W.O.R.D.* y de otras novelas policíacas ambientadas en el noroeste del Pacífico. Cuando no está escribiendo, se le puede encontrar paseando por las playas del noroeste del Pacífico, preparando la cena para su esposa y sus hijos, o lanzando la pelota a su corgi una y otra vez. Descubre más en **ddblackauthor.com** o en las páginas siguientes.

facebook.com/ddblackauthor
instagram.com/ddblackauthor
tiktok.com/@d.d.black
amazon.com/D-D-Black/e/B0B6H2XTTP